

EL EQUIPAJE

DEL

REY JOSÉ

PARTE II

XV

—Señor cura —dijo Garrote—, ahora que nos encontramos solos, quiero que conversemos un poco sobre un asunto que me está escociendo por adentro.

—Ya le entiendo, amigo mío; usted es de parecer que, en vez de unirnos a la partida de Longa, marchemos solos al encuentro de los franceses.

—No es nada de eso, señor don Aparicio, lo que me preocupa.

—Ese fusil que lleva usted —añadió el cura—, es un arma de príncipes; en cambio, esa espada no sirve sino para degollar palominos.^{p.}
121 Por el contrario, mi sable vale un imperio, y esta escopeta no lo es más que en el nombre. Hagamos, pues, un cambalache: darele a usted el sable, pues la principal habilidad de usted consiste en el tajo, mientras que siendo mi fuerte la puntería, cogeré, por lo tanto, su fusil.

—No es eso tampoco lo que tenía que hablar.

—Usted tiene muy cansada la vista y no puede hacer la puntería.

—Que no es eso —repitió Garrote con enfado.

—¿Pues qué, hombre de Dios?

—Un caso de conciencia.

—¿Esas tenemos? —dijo el cura riendo—. Esta mañana estuve una hora en el confesonario sin que nadie se me acercara, y ahora que monto a caballo...

—No pierde el sacerdote el sacramento por ir a horcajadas.

—Jamás he visto que el ilustre Garrote se confesara; ¿y ahora que va a la guerra le entran esos escrúpulos? ¿Hay algún pecado nuevo? Pero no sé por qué recuerda ahora... Esa maldita Perpetua...

—No, los antiguos. Por lo mismo que voy a la guerra, siento un vivo deseo de reconciliarme con Dios... Aunque hombres como yo no mueren a dos tirones, quién sabe si por artes del enemigo me cogerá una bala...

—Y adiós alma... Nada, nada —dijo el cura—, aun los hombres más bravos deben venir a estas fiestas con el alma preparada... Aquí^{p. 122} donde usted me ve, voy como un angelito de Dios... Me podrían enterrar con corona de rosas como a los niños.

—Vamos a ver. Si los pecados se perdonan con el arrepentimiento y la penitencia, los míos ya los puedo dar por idos. Estoy arrepentido de los males que he causado, y ahora que soy viejo y nada puedo, he caído en la cuenta de que hice mal, muy mal. En cuanto a la penitencia, ¿no es suficiente esta que yo mismo me impongo de dejar la tranquilidad y bienestar que disfrutaba en mi casa de Peñacerrada, para echarme al campo en busca de las privaciones, de las hambres, de las heridas, de los fríos, de los calores y quizás, quizás, de la muerte? Y todo esto no por una causa cualquiera, sino por la causa de Dios, de la religión y su santa Iglesia primero, y del rey y de España después.

—Mi parecer es —dijo el cura sonriendo y tentando de nuevo sus bolsillos y la alforja para ver si se le olvidaba algo— que con lo hecho por usted, con su arrepentimiento primero y el sacrificio de su bienestar después, hay para irse derecho al cielo.

Don Fernando respiró con desahogo, y muy vivamente añadió:

—Si ofendí a Dios con mis calaveradas, ahora le sirvo con mi heroísmo: ¿no es verdad? Váyase lo uno por lo otro. Jamás cometí acción ninguna indigna de un caballero... pues... ya me entiende usted... porque hay pecados de pecados.

—Es evidente... Pero si el arrepentimiento^{p. 123} y la penitencia limpian el alma, no está de más un poco de palique con el cura...

—Ya, la confesión.

—La humillación del alma ante Dios, y aquello de reconocer verbalmente sus faltas y avergonzarse de ellas delante del sacerdote...

—Por hablar no quedará —dijo Garrote—; pero es lástima que esto no lo hiciéramos despacito en el pueblo, en vez de hacerlo a caballo por estos andurriales.

El cura rompió a reír.

—¡Qué singulares cosas tiene don Fernando Garrote! —exclamó avivando el paso de la cabalgadura—. Esta noche, cuando lleguemos a cualquier mesón... ¿Pero está usted triste, señor Navarro; a qué viene tanto mirar al suelo y ese gesto de ajusticiado?

—Amigo don Aparicio —repuso el guerrero—, no puedo apartar de mi pensamiento la idea de que me coja una bala.

—Los bravos no mueren...

—Si el caso llega —añadió el guerrillero muy preocupado y entristecido—, no moriré sin decir antes a voz en grito, ante Dios y los hombres, que siempre fui católico, apostólico, romano, y defensor de la santa Iglesia, cuyos dogmas creo desde el primero hasta el último.

—Bien, eso es lo principal... Ahora, señor Garrote, deme usted su fusil —dijo el cura con vivísimo interés mirando a un punto lejano hacia la izquierda—. ¿No le parece que se distingue por allí el morrión de un francés?

—No puede ser, hombre.

p. 124—Será algún rezagado. Anoche pasó por aquí el ejército enemigo.

—Pues como iba diciendo —prosiguió Garrote ensimismado y algo sombrío—, toda mi vida he sido católico, apostólico, romano... Jamás he robado a nadie el valor de un real. No he levantado falsos testimonios, y si dije alguna mentirilla leve, fue sin hacer daño a nadie, o por galanteo, pues... cosas de mujeres. Si he jurado en falso ha sido en asunto de amores. Honré a mis padres mientras vivieron; no he matado a nadie, ni...

—Ni deseado la mujer ajena —dijo el cura interrumpiéndole con risas.

—¡Alto, alto!, que ahí está el *busilis* —gritó don Fernando.

—¿Qué, qué es lo que está? —dijo Respaldiza mirando con zozobra a un lado y otro.

—Nada, hombre; no hay que asustarse: lo principal de mis pecados, digo...

—Creí que había divisado usted algún destacamento enemigo. ¿Pero por dónde vamos, amigo Garrote?

—Vamos bien: adelante —dijo Navarro, tan solo preocupado de su conciencia.

Iban por un terreno bastante solitario, compuesto de cerros que se sucedían unos a otros, elevándose cada vez más. De trecho en trecho hallábanse pequeñas llanadas.

—Ya se sabe qué clase de pecados son los míos —continuó Garrote sin poder apartar el pensamiento de aquella idea—. No son en verdad de los que más afean al hombre; y en el mundo vemos que mientras se niega el agua^{p. 125} y el fuego al asesino, al galanteador, no solo no se le niega nada, sino que todo el mundo le admira, le señala, y con su amistad se honran tontos y discretos, buenos y malos.

—Así es, en efecto —dijo Respaldiza—; lo cual no quita que el galantear sea pecado, porque es el desenfreno del más feo y torpe vicio, y con él se injuria a la familia, al mundo y a Dios.

—Por más que me diga el señor cura, no puedo creer que el galanteo sea vicio tan inmundo como el robar, el calumniar y blasfemar. Al hacer cocos a una doncella o mujer casada, parece como que se tributa cierto holocausto al Señor por las maravillas que puso en el alma y en el cuerpo. El espíritu pone de manifiesto lo que encierra de más noble, y la materia...

—Tate, tate, señor don Fernando —dijo entre risas Respaldiza—. Al querer confesarse está usted haciendo la apología de sus pecados, y revistiéndolos con las mentirosas formas de la voluptuosidad. Es una singularísima manera de arrepentirse... Vaya un polvito —añadió, sacando la tabaquera.

—No, no: ya estoy arrepentido, señor don Aparicio. Ya estoy arrepentido de todo —afirmó Garrote con decisión—. No sirvo ya para maldita cosa. ¡Quién me había de decir en aquellos tiempos, cuando todo el mundo me parecía pequeño para mis aventuras, que se me había de acabar la vigorosa energía!...

—Punto final, amigo mío —dijo el cura mirando a la izquierda.

p. 126—Iba a decir que ahora aborrezco todo aquello, y que lo deploro... Pero me pasa una cosa singular, amigo, y es que me arrepiento, pero no estoy tranquilo. El corazón me baila en el pecho, y siento en mí no sé qué comezón y zozobra.

El bravo cura se irguió de repente, alzándose sobre los estribos, y gritó con ansiedad:

—Señor don Fernando, el fusil, venga el fusil, ¡por todos los santos!

—¿Qué hay? ¿Viene algún destacamento francés? —preguntó el guerrero mirando al mismo punto hacia el cual se dirigían los atónitos ojos del presbítero.

—¡Un morrión! Por allí va el morrión de un francés.

—¿El morrión solo?

—Bajo el morrión ha de ir una cabeza, y bajo la cabeza un cuerpo; solo que va por aquel camino hondo y no se ve más que el cimborrio... Ese fusil, señor don Fernando, ¡por amor de Dios!

—Ya, ya le veo —dijo Garrote, poniéndose la palma de la mano sobre los ojos en forma de visera—. Pero es un hombre solo, un pobre soldado rezagado, quizás un prisionero fugitivo. ¿Qué hacemos?

—¡Bonita pregunta! Matarle. Un enemigo menos tendrá España.

—Pero si no me engaño —dijo don Fernando mirando a todos lados con inquietud—, nos hemos perdido. ¿En dónde están mi hijo y los demás amigos?

—Delante van. Ese fusil, señor don Fernando: ^{p. 127} veremos si el cura de la Puebla desmiente la fama de ser el mejor tirador de todo el condado, y aun de toda Álava.

—Amigo, ¿por dónde vamos? —repitió Navarro deteniendo el caballo—. Con esta conversación de mis pecados y de la bondad de Dios que todos me los perdona, nos hemos distraído, y sin saber cómo nos hallamos separados de los demás de la partida.

—¿Cómo es eso? ¡Gran geógrafo tenemos aquí! —exclamó el cura—. ¿Pues no es este el camino de Uralde?

—No, con mil demonios: aquellas casas que a lo lejos se parecen son las primeras de Añastro. Carlos y la compañía se han ido camino derecho a Uralde, y nosotros, ¡ahora caigo en ello, con cien mil pares de Satanases!, nos equivocamos en la encrucijada donde está la venta de Martín.

—Adelante —dijo el cura con resolución—. Buscaremos un atajo por aquí a la izquierda... ¿Hay miedo, señor don Fernando? Lo mismo da ir por Uralde que por Añastro. Usted tiene la culpa, pues charla que charla...

—No hagamos calaveradas —dijo Garrote bastante intranquilo—. Casi estamos en país enemigo. A lo mejor saldrá de detrás de una mata un puñado de franceses.

—Aquel que allí está no se me escapa —dijo el cura, observando siempre el morrión que por el camino hondo se movía—. ¿Nos vamos a él?

—¡Dos contra uno! —exclamó con desdén don Fernando—. Esta heroicidad no es de las mías.

p. 128—¿Pero si ese uno se convierte en seis dentro de un rato? ¿Quién sabe lo que habrá detrás de aquella colina?

—Pues vamos a él —dijo don Fernando dirigiendo su caballo por un sembrado y hacia el punto donde el formidable morrión aparecía—. Esta guerra en detalle es la que a mí me enamora, y la verdad es que hecha con inteligencia, no hay ejército invasor que a ella resista.

—¡El fusil, ese fusilito, por amor de Dios y de María Santísima!

—¡Ahí va!... ¡que Dios esté en la chispa, en la pólvora y en la bala!

Galoparon buen trecho por el sembrado, y de pronto, como liebre que levantan perros, viose salir del camino hondo un soldado francés, el cual, azorado y temeroso al ver sobre sí dos tan disformes jinetes, echó a correr con ligerísimos pies, mirando hacia atrás a cada instante para ver si era perseguido.

—Alto ahí, amiguito —gritó el cura—, que no te salvarás aunque tengas mejores piernas que Mercurio el de los alados talones... ¡Alto!

—Ríndete y nada te haremos por ser dos contra uno —gritó don Fernando llevándose la mano al sombrero, que con el fuerte viento se le tambaleaba sobre el cráneo—. Date, tunantuelo, que somos generosos y caballeros.

—¡Borracho, ladrón! Ríndete o te tiendo...

Aunque muy velozmente corría el francés, al poco rato pusieron los caballos a medio tiro; disparó don Aparicio su fusil, hiriendo al fugitivo con tan fatal acierto en mitad de lap. 129 espalda, que después de dar algunos pasos vacilantes cayó al suelo.

—¡Qué ojo! ¡Señor Garrote! Por Santa Lucía bendita. ¡Qué puntería! —exclamó con júbilo Respaldiza—. Yo mismo me admiro, yo mismo me alabo, yo mismo me hago mi apoteosis, porque soy en esto del tirar una de las más grandes maravillas de la creación.

—La verdad es que, como cacería, esto ha sido admirable —repuso Garrote—; pero como acción de guerra no se puede poner al lado de las de Wellington. Ese pobre muchacho lo pasa mal.

Llegaron al sitio donde el francés se revolvía en su sangre, profiriendo injurias y blasfemias contra sus perseguidores.

—Arriba, muchacho; eso no es nada —dijo Navarro, cuya generosidad, como hemos dicho, se mostraba en todas ocasiones—. Dinos dónde está el destacamento a que perteneces, y te perdonamos la vida.

—El destacamento —repitió el cura—. Sí: para huir de él.

—O para atacarle si es de poca gente. Usted con su puntería y yo con mis puños...

A esta bravata siguió un rato de silencio, porque el pobre francés herido se había desmayado. Mirábanse Garrote y don Aparicio sin saber qué partido tomar, cuando sintiose a lo lejos ruido de caballos; y como alzaran a un mismo tiempo la vista cura y seglar, vieron que hacia ellos se dirigía por el camino hondo hasta una docena de franchutes a caballo. Púsose más pálido que la cera de su iglesia el p. 130 buen Respaldiza, y don Fernando, a pesar de su garrotesca bravura, frunció el majestuoso ceño. El primer impulso del tirador fue huir; mas detúvole su amigo, bien porque creyera imposible la fuga, bien porque la impavidez de su alma atrevida gozase en la temerosa aproximación del peligro.

—¡El sable, el sable! —gritó tomando el arma de su amigo, a quien entregó la espada vieja.

La mano del cura temblaba.

—Hemos cometido una acción villana asesinando a un hombre —exclamó con solemne acento Garrote—; Dios nos castiga. Ahora... pelear como buenos españoles, y morir como caballeros cristianos.

—¿Qué hacemos?

—¿Qué hemos de hacer? ¡A ellos! Dios sea con nosotros.

No hubo muchos ni variados lances en aquel suceso, porque en el espacio de pocos minutos los enemigos se acercaron a nuestros dos héroes, diciéndoles en castellano que se rindieran.

—Son españoles.

—Afrancesados... mala gente... —murmuró don Aparicio.

—¡Que me rinda yo! —gritó Navarro esgrimiendo el sable—. Ahora sabréis, canallas, traidores, cómo acostumbra a hacer sus rendiciones don Fernando Garrote el de la Puebla. Si he de morir, moriré matando.

Y sin más dimes ni diretes, comenzó a descargar sablazos sobre los que más cerca tenía. En tanto Respaldiza, viendo a su amigo enredado p.

131 con los franceses, quiso ponerse en salvo; pero se lo impidieron, y en un santiamén fueron ambos desarmados. Garrote había descalabrado a uno y herido levemente a otro, recibiendo en cambio dos pistoletazos, que por fortuna solo hicieron estragos en el alto sombrero. Gritó, vociferó, injurió en nombre de Dios, del rey y de España; pero al cabo, ambos fueron conducidos prisioneros sobre sus mismas cabalgaduras, y muy bien vigilados por los doce dragones, que se pusieron en marcha después de recoger el herido.

XVI

Así acabó la grande, la memorable expedición de don Fernando Garrote y del reverendo beneficiado de la Puebla. Mientras esto sucedía, Carlos Navarro y la compañía buscaban inútilmente a los dos viejos adalides en el camino de Uralde.

Silenciosamente y abrumados de amargura y desesperación, marchaban los dos prisioneros el uno tras el otro; los caballos que montaban no parecían menos tristes que sus amos, a juzgar por la lentitud de su paso y la inclinación de la cabeza. Los españoles y franceses que les habían cogido y les custodiaban, iban charlando en una y otra lengua mezcladamente, y uno de ellos dijo:

p. 132—A estos tunantes no les perdonará el general Gazán... han asesinado un francés, y ya sabemos con qué moneda se pagan estas deudas.

—El uno de ellos parece cura.

—Y el otro sacristán.

Don Fernando Garrote se puso lívido al oír que se le llamaba sacristán, y después se le encendió hasta la raíz del cabello el pálido rostro. Si hubiera tenido armas, habría castigado en el acto tanta insolencia en menos que se dicen castañas. Respaldiza, durante el camino, sintiéndose sediento, pidió que le dejaran beber de un arroyo cercano.

—Tiempo hay de beber. En Aríñez no falta agua, padrito. Y si no, tome un buche de la del bautismo, que como cura debe de tener tan a la mano... Beberá antes que le despachen.

—¡Despacharme! —exclamó don Aparicio con acento compungido—. ¿Qué es eso de despachar?

Garrote, colérico por la cobardía que mostraba su amigo, le miró con ojos fieros.

—¡Que nos despachen! —gritó—. ¿Qué mayor gloria para buenos españoles que morir a manos de estos tunantes?

—Cierre el pico el vejete sacristán —gritó un jurado—, o no aguardamos a llegar al Cuartel general.

—¡Traidor! Tu persona es para mí tan despreciable como la de un vil esclavo, y tus palabras como los ladridos de un perro —exclamó con admirable entereza Navarro—. Si quieres darme la muerte aquí mismo, dámela. Ni porque me mates he de aborrecerte más, ni porque ^{p. 133} me dejes vivo he de estimarte. Soy un hombre leal que sirve a su patria, y tú un cobarde desleal que sirve al enemigo.

En aquel mismo instante se acabara la vida, y con la vida las hazañas de don Fernando Garrote, si el sargento que mandaba la tropa no impusiera silencio a todos, mandándoles seguir adelante.

Después de tres horas largas y penosas de camino, llegaron a Aríñez, y los dos prisioneros fueron presentados a un coronel. Las tropas francesas entre las cuales se encontraban, pertenecían a la división del general Gazán. Caía la tarde, y los soldados se preparaban a pasar la noche lo mejor posible: encendíanse las cocinas de campaña, y en torno a las casas de labor se veían alegres corrillos. Los caballos bebían en una gran acequia que de un punto a otro atravesaba el pueblo, y los oficiales organizaban sus meriendas al aire libre.

Don Fernando Garrote se quedó sin alma cuando se vio entre aquella gente. Deseaba morir, o que la tierra se abriese para tragársele, o que reventase a su lado el más poderoso de los cañones franceses. Lleváronle de Herodes a Pilatos durante largo rato de la tardecita, cual si no supiesen qué hacer de él, y unos le tenían lástima, otros le miraban con desdén o con ira. Pero el que excitaba más sentimientos de enojo era don Aparicio, por ser muy aborrecidos entre los extranjeros los curas armados; así es que después que le concedieron el apagar la rabiosa sed en la misma

acequia donde hociqueaban los caballos, echáronle una cuerda al p. 134
cuello, sin consideración alguna a las órdenes sacerdotales.

No fueron tan crueles con Garrote, quizás porque mostraba dignidad en su infortunio, y no hacía aspavientos ni exhalaba femeniles quejas como su compañero. Lleváronles a los dos a un gran patio, contiguo a una casa grande y vieja, el cual parecía servir de taller de herrería y carretería, porque en él había varios soldados artífices trabajando, y allí podían discurrir libremente los dos prisioneros; mas no escaparse, porque un centinela guardaba la puerta.

Respaldiza, despavorido y medio muerto de terror, echose al suelo para llorar su desventura. Navarro se paseaba de largo a largo, sin hablar a su amigo ni a nadie. En las bardas de aquel corral que caían a poniente, había unas rejas por donde se veía la carretera de Vitoria. No cesaban de pasar por ella carros cargados de cajas y arcones de diversos tamaños, los cuales venían del lado de la Puebla, y se detenían, acomodándose en el estrecho camino para dar descanso a las caballerías. También había multitud de galeras y sillas de posta, donde iban las familias españolas que abandonaban la Corte con los franceses. El ruido y el tumulto de aquella parte del camino, donde se reunían y amalgamaban tantos vehículos y caballos, eran espantosos. Unida esta algazara con los martillazos de los que trabajaban sobre el yunque dentro del patio, resultaba una música infernal que hubiera vuelto loco a don Fernando Garrote si el cerebro de este pudiera descomponerse p. 135 por otra causa que por el espantoso hervir de las ideas.

Paseábase el esclarecido varón con la barba clavada en el pecho y las manos dentro de los bolsillos; su espíritu, después de vagar un buen espacio por las dulces regiones del pensamiento religioso, se irritó de repente, y la idea del suicidio se le puso delante siniestra y halagüeña a la vez, aterrándole y consolándole. Miró Navarro a los que machacaban hierro sobre el yunque, y consideró que le harían merced en dejarle poner su vieja cabeza entre ambos hierros. Después fijó su atención en las diversas herramientas que pendían del techo de un tingladillo donde estaban la fragua y el fuelle; pero no creyó posible apoderarse de ellas, ni menos usarlas contra su vida sin ser inmediatamente visto y atajado. Volviendo al inquieto pasear, puso sus miradas en un pozo que en mitad del patio había, y al punto hizo resolución de arrojarle en él de cabeza; pero tardaba mucho en decidirse a ello, y observaba de soslayo la soga y

polea. Acercose al brocal para mirar al fondo, y vio allá abajo su imagen temblorosa y desfigurada dentro de un círculo luminoso. En esta contemplación se detenía, cuando un francés le arrancó de allí, señalándole la fragua.

—Camarada —le dijo en mal español con sonrisa burlona—, allí hacen falta vuestros servicios.

Un español joven, moreno y agraciado acercose en tanto al cura, que no se apartaba de su rincón, y con acento de chacota le dijo:

—¿Qué bueno por aquí, señor Respaldiza?^{p. 136} Parece que la expedición no ha salido bien.

—¡Ay, Salvadorcillo de mi alma! —exclamó acongojado el cura—. Al verte, me parece que veo un ángel del cielo... Dime, ¿nos matarán?... ¿Intercederás por nosotros? Yo te ruego que olvides las palabrillas coléricas que se cruzaron entre nosotros anoche en casa de tu madre. Yo suelo gastar esas bromitas...

—Olvidadas están, señor cura; pero me parece que nada puedo hacer por ustedes. ¿Quién es el compañero?

—Allí lo tienes junto al pozo, don Fernando Garrote, el primer caballero de toda la comarca.

—Le hubiera conocido —dijo Monsalud observándole— nada más que por la semejanza que tiene con su hijo Carlos.

Y acercándose a Navarro, que en aquel instante disputaba con el francés, tomó nuestro joven una expresioncilla bastante insolente, y habló de este modo al infeliz anciano:

—Señor don Fernando, aquí dicen que vaya usted a menear el fuelle, y yo creo que este honroso oficio nadie puede desempeñarlo mejor que un señor de la llave dorada.

Miró Garrote al atrevido soldado con tanta ira, que los ojos parecían saltársele del casco.

—Mozuelo sin honor ni vergüenza —exclamó con dignidad y altanería—, ¿piensas que un hombre como yo ha venido aquí para oír tus necedades, ni menos para obedecerte? Estos miserables exterminarán a la gente honrada; pero no la deshonrarán.

—¡Al fuelle! ¡Al fuelle! —gritaron varias voces,^{p. 137} y con más fuerza que ninguna la del mozo que hasta entonces había movido sin descanso la enfadosa máquina.

—¡Soplad vosotros, canallas! —gritó Navarro, echando inmediatamente mano al lugar donde debía estar el puño de la espada.

—No hay que apurarse por tan poca cosa —dijo de improviso el cura levantándose del suelo y acudiendo oficiosamente al lugar de la disputa—. Si es preciso que alguien sople, yo soplaré, que lo haré muy bien, caballeritos, y bueno es un poco de ejercicio a estas horas.

Deseando congraciarse con sus verdugos, Respaldiza, cuya poquedad de ánimo y corazón pequeño se habían mostrado ya, a todo se prestaba.

—¿Qué más da? —decía entre dientes—. Más padeció Jesús por nosotros. A él le pusieron atado a una columna y le abofetearon y escupieron. Movamos el fuelle, herreros de Satanás. Si vuestros cuerpos estuvieran dentro del fuego, ¡con qué ganas soplaría!

Metió la mano en la argolla, y tirando de la cadena, infló el depósito de viento. El caño de la fragua resonó con ardiente resoplido, como la respiración de un cíclope, y las moribundas ascuas revivieron lanzando llamas rojizas. Al compás del canto de los herreros, tiraba de la cadena el cura, afectando en su semblante cristiana humildad; pero lleno de cólera, y más que de cólera, de miedo.

La noche sin luna oscurecía el cielo y la tierra; pero no cesaba el espantoso ruido dentro y fuera del patio.

p. 138 La roja claridad de la fragua iluminó los diversos grupos, y don Fernando, que tenía en su alma todas las oscuridades de la tristeza y todas las llamas de la desesperación, no pudo pensar en echarse al pozo, porque los franceses lo cerraron.

A ratos le causaba profunda pena ver la degradación y falta de dignidad de su compañero de desgracia, el cual seguía en su tarea, y aun sonreía ante los soeces herreros con mengua de su honor y de la jerarquía sacerdotal. Por fin cesó el trabajo; entraron varios soldados españoles y dos o tres renegados, trayendo un par de zaques de vino, a cuya vista se regocijaron todos, disponiéndose a dejarlos vacíos. En el mismo instante llegó Monsalud con algunos soldados, y ordenando a los prisioneros que le siguiesen, entró con ellos en el piso bajo de la casa contigua, que lo era de labor y estaba destinada en su parte alta a alojamiento de oficiales. Sin decirles cosa alguna, encerró a cada uno en una pieza baja, separadas ambas por un tabique ruinoso, sin puerta que las comunicara. Luego que don Fernando entró en lo que parecía mazmorra, echose en el desnudo piso sin mirar al que le había encerrado. Este arrojó un pan en el suelo, y

como cayese a regular distancia del prisionero, el sargento empujó la hogaza con la punta del pie, diciendo:

—Ahí tiene usted para pasar la noche. Estoy de guardia hasta las doce y me han encargado la custodia de los dos prisioneros. Traeré también agua y algo de carne, si hay.

p. 139—No necesito nada —dijo Garrote sin mirarle—. Yo no como tu pan.

Incorporándose, dio tan fuerte puntapié a la libreta, que la lanzó al otro extremo de la pieza.

—Mal genio tiene usted —dijo el joven con lástima—. Hay que llevarlo con paciencia. El coronel me ha mandado que después de encerrar e incomunicar a usted y a su compañero, les notifique...

—Ya lo sé... que seremos arcabuceados...

—A la madrugada. El general no quiere carnicerías; pero el jueves cogió Mina a diez franceses y a todos los fusiló.

—Hizo bien —dijo don Fernando—; y es lástima que no te cogiera también a ti, español renegado a lo que pareces... Si Dios me sacara de esta cárcel, y recobrara yo mi libertad y mis armas, a ningún afrancesado perdonaría.

—Amigo —dijo el mancebo—, la situación en que usted se halla no es la más propia para vituperar la conducta de los demás y poner cual no digan dueñas a los que, por razones que usted ignora, servimos a los franceses.

—Mi situación no me espanta —repuso el viejo con gravedad—. Moriré por la patria, por la religión, y Dios me acogerá en su seno. La muerte que me espera no la cambiaría por cien vidas como la tuya, infeliz joven, por esa vida deshonorada en flor.

El mozo guardó silencio.

—¿Quién te engañó? ¿Quién te sedujo? ¿Sabes lo que es servir al enemigo y hacer causa común con los verdugos de la patria?

—Hablador es el viejo —dijo Salvador un p. 140 poco enojado—. Hará usted bien en descansar y en tranquilizarse, señor Navarro. Adiós.

—¿Cómo sabes mi nombre?

—Me lo dijo Respaldiza. Conozco mucho al cura de la Puebla de Arganzón, donde he vivido dos años.

—¿Cómo te llamas?

—Salvador Monsalud... yo soy de Pipaón.

El anciano dio un suspiro profundo echando hacia atrás la cabeza, que al chocar bruscamente contra el tabique produjo un triste y hueco sonido, como el de un cántaro que está a punto de romperse.

—Adiós —dijo Salvador con la mayor indiferencia—. Volveré después a traer a ustedes alguna cosa. Me da lástima de los que van a morir aunque se lo tengan muy merecido... ¿Conque agua? Si hubiera carne... Veremos.

XVII

El estado moral de don Fernando Garrote fue, desde que se quedó solo, el más espantoso que imaginarse puede. La imagen y la idea de la muerte, que poco antes ocuparan por completo su espíritu, huyeron como accidentes fútiles y pasajeros, indignos del pensamiento. Toda su vida pasada, sus culpas, sus glorias se le pusieron delante, juntamente con el infeliz joven cuyo nombre acababa de saber. Veía tan claro^{p. 141} el designio de Dios, que hasta con los ojos del cuerpo estaba viendo al mismo Dios delante de sí, grave, ceñudo, majestuoso y admirablemente sobrenatural y divino. Don Fernando sintió el terror más vivo que un alma humana puede sentir; miedo semejante tan solo a los terrores bíblicos que sobrecogían al pueblo elegido, cuando entre rayos y truenos sonaba la voz que había mandado a la luz que se hiciera, y a la tierra separarse de las aguas.

El anciano se prosternó en tierra, y apoyando contra las frías baldosas su ardiente cabeza, dijo en voz alta:

—¡Señor, Señor, lo merezco! ¡He sido un malvado! ¡Cúmplase tu voluntad! ¡Justicia terrible, pero justicia al fin! ¡Digna de mi vida es esta última hora que has dispuesto para mí!

Después siguió balbuciendo en voz baja oraciones piadosas y vehementes, hasta que su alma se fue tranquilizando poco a poco, y las terribles majestuosas facciones del semblante de Dios, que delante creía ver, se amansaron. El pobre anciano respiró, y, levantándose del suelo, fue tentando las paredes hasta el rincón más próximo, donde se acurrucó,

cruzando las piernas y los brazos, y entre estos escondiendo la cabeza de tal modo, que parecía un ovillo. En tal postura, solo, sin movimiento, profundamente abstraído y encerrado dentro de si mismo, como el gusano en su capullo, dijo, palabra más o menos, el soliloquio siguiente, examen sincero de sus muchas culpas:

«Consagré mi juventud al vicio. Obediente a la ley de Dios tan solo en lo superficial y externo,p. 142 falté a todos los deberes cristianos. Iba todos los días a misa y rezaba el rosario, ambos actos sin devoción y por pura rutina, pues en misa no atendía más que a las mujeres que poblaban la iglesia. Llamándome buen católico, y defendiendo de palabra y aun de obra la religión siempre que se ofrecía, mi conducta no dejaba de ser execrable. ¿De qué valía, digo yo, a mi alma el ser presidente por derecho hereditario de la sagrada congregación de *Esclavos de Cristo*, ni hermano mayor de la Virgen de la Asunción y guardián de su camarín, cuyas llaves se han conservado siempre en las arcas de mi familia, con el derecho de vestir la imagen en las grandes fiestas?... ¡Ay! He sido un perverso que se ha burlado de todas las leyes divinas y humanas. Amonestome un buen religioso francisco; pero me burlé de sus palabras, atendiendo más que a él a los que me adulaban fomentando con viles alabanzas mi disolución.

»Diome el Cielo fortuna, sin duda por probarme en el empleo que de ella haría, y más valiera que me criara Dios pobre y desnudo, para que así mi natural vicioso se encaminase a la virtud, y con las abstinencias se educara firme y valerosa mi alma. Mas yo empleé mi hacienda en deslumbrar con engañosos oropeles la inocencia, en seducir con mentidas promesas a honradas familias, en corromper dueñas y criadas. Hice del honor mercadería que con el oro se compra y se vende, y de la paz y buena fama de las familias, un juego caprichoso. El demonio, mi aliado y en realidadp. 143 mi Dios, sugeríame a cada instante artificios nuevos para derrocar la honestidad y vencer la resistencia que la templanza y el recato ofrecían a mis abominables apetitos. Todo lo atropellé; pisoteé los sentimientos más puros como pisotean los cerdos las flores de un jardín, sin comprender su belleza.

»Dios me tocaba a veces el corazón, dándome ratos de profunda tristeza, en los cuales mi conciencia, aclarándose ante mí con prodigiosa luz, me ponía delante la fealdad horrenda de mi conducta; mas estos momentos, que coincidían siempre con mi cansancio, eran breves como

los relámpagos en la noche oscura, y mi alma envilecida dejaba el arrepentimiento para la vejez. Mi memoria, con ser portentosa, no puede recordar uno por uno todos los desafueros que cometí, los planes execrables que realicé, ni las víctimas todas de mi salvaje descomedimiento. Pero en estos momentos terribles en que mi conciencia, a la vista de un hombre, se ha abierto de súbito como una sima llena de horrores, y se me ha presentado Dios con el semblante de la justicia, aprestándose a juzgarme sin misericordia, porque no la merezco, uno solo de mis crímenes se me ofrece visible y claro entre los demás, porque a todos los compendia, y con su magnitud oscurece a los otros.

»La ejemplar persona sacrificada vive, al parecer, para mi castigo. ¡Ay! A muchas seduje, a muchas atropellé; pero con ninguna fue el engaño tan torpe y miserable como con esta. Cuanto puede hacer un hombre para disimular^{p. 144} su vil intención, yo lo hice; cuanto puede inventarse para aparecer bueno sin serlo y apasionado sin estarlo, mi entendimiento, fecundo siempre para el mal, lo inventó con pasmoso ingenio. Burlame después de la desgraciada joven a quien sacrificué, y yo mismo aplaudí su deshonor en reunión de inicuos amigos y calaveras. Llevado de no sé qué perversos instintos, que desde entonces han sido causa en mí de espantosos remordimientos, llegué hasta a suponer en aquella infeliz faltas que no había cometido, y torpezas y tratos con otros hombres que jamás se acercaron a ella. Escupir el cadáver de la víctima que se acaba de inmolar, no es tan vil como lo que yo hice. ¡Ay! ¿Por qué no taladró mi lengua un hierro encendido como esos que he visto esta tarde en la fragua del patio? ¡Oh, Dios mío! ¿Por qué no quedé paralítico, ciego y mudo, sin sentido para la maldad, y solo con pensamiento para meditar en mi merecida ruina y pensar en mi salvación?

»Nació un niño, a quien pusieron por nombre Salvador. Me lo dijeron, y lo oí como si oyera decir: «La vaca del vecino ha parido un ternero.» Yo no volví a Pipaón desde que proyecté casarme con otra mujer. Olvidado de mi aventura, llegué, sin embargo, a entender que la hermosa hija de don Pablo el Riojano había quedado en la miseria. Nada hice por ella; poco a poco fue envolviéndose en nubes de misterio lo sucedido, y la madre y el hijo no existieron para mí. Hace tres años dijéronme que un joven llamado Salvador Monsalud había aparecido^{p. 145} en la Puebla en

compañía de su madre, mujer melancólica, piadosa y enferma. Sentí cierta aflicción inexplicable; pero nada hice. El amor de mi hijo legítimo me ocupaba por entero. Hace poco, y aun hoy mismo, doña Perpetua me ha recordado la antigua y casi olvidada deuda; mas preocupado con mis preparativos de guerra, y soñando con gloriosas hazañas, apenas detuve el pensamiento en los dos desgraciados seres que tan cerca estaban de mí...

»Ha tiempo, sin embargo, que el arrepentimiento trabaja en mi alma, labrándose en ella un hueco con lentitud, pero con constancia. He vuelto los ojos a Dios, aunque de soslayo, y a fuerza de pensar en mis culpas y en la justicia divina, he llegado a considerar que el mejor desagravio que a Dios podía ofrecer era sacrificarle los últimos días de mi vida, combatiendo por la fe verdadera contra los herejes y renegados. En mi necio orgullo, no he comprendido hasta ahora que Dios no podía aceptarme como diligente servidor, ni menos premiar mi arrojo. Clara, como la luz del sol al medio del día, veo ahora su mano llevándome al destino y fin deplorable que merecía; veo su lógico designio, obra de la perpetua justicia, en los sucesos de esta tarde; y más que en otra cosa alguna, en la presencia de ese joven, de ese ejemplo vivo de mis crímenes, de esa venganza humana y celeste, de ese malaventurado hijo mío, que con la frialdad de los verdugos y la crueldad de un enemigo vencedor se me ha puesto delante para anunciar la muerte que^{p.} 146 merezco. ¡Oh! Merezco más, mucho más, Señor: merezco vivir después de lo que he visto.

»Las facciones de ese muchacho han producido en mí incomprensible turbación; su nombre, pronunciado por él mismo, ha caído sobre mí como un rayo celeste. Ya sé cómo suenan las trompetas del Juicio. Dios mío, estoy humillado, vencido, y me arrastro por el suelo como un insecto miserable, buscando tu pie soberano para que me aplaste. Me creo indigno hasta de mirar la luz del día, que criaste lo mismo para los buenos que para los malos. Señor, la muerte que me aguarda no será bastante cruel para lo que yo merezco. Un hombre que lleva mi sangre y debiera llevar mi nombre, me custodia en esta mazmorra hasta que llegue el instante de la muerte; y él mismo, si se lo mandan...»

Don Fernando no se atrevió a continuar la frase, que no era dicha, sino pensada, y aun así la sofocó, cortando el vuelo de su pensamiento, suspendiendo la fórmula oscura del lenguaje con que discurrimos a solas

y en silencio; pero no pudo cortar, ni atajar, ni detener la idea que surcó por su cerebro como un relámpago. Espantado de ella, se afirmó con ambas manos las abrasadas sienes, sacudiéndose a un lado y otro la cabeza. Si quisiera arrancársela y arrojarla lejos de sí, como un despojo inútil, no lo hiciera de otra manera.

Oyó una voz alegre que cantaba, y al mismo tiempo abrieron la puerta. Monsalud entró alumbrándose con una linterna; además traía una botella de vino.

p. 147—Señor don Fernando —dijo desde la puerta—, aquí le traigo esto para que entone el cuerpo y le ayude a pasar los malos ratos de esta noche.

XVIII

Salvador adelantó con paso inseguro, dirigiendo la luz de la linterna a todos los lados de la estancia.

—¿En dónde se ha metido? —dijo riendo a carcajadas como quien ha perdido el equilibrio de sus facultades—. ¡Ah! Está usted en el rincón... ¡Qué postura! De ese modo piden los ciegos en el camino.

Don Fernando Garrote, ante aquellas burlas, sintió que su sangre se trocaba en hielo.

—Entre esta gente —dijo con mucha aflicción—, ¿es costumbre burlarse de los desgraciados que van a morir?

—Perdóneme usted —añadió el joven luchando con el extravío de sus sentidos—. No sé lo que digo... esos pícaros hicieron propósito de embriagarme, y si no me levanto pronto...

—Vicio muy feo es el de la embriaguez —afirmó Garrote—. Un joven valiente y noble como tú, ¿será capaz de degradarse, abusando del vino?...

—No, no señor —repuso Salvador, en quien la vergüenza pudo por un momento más quep. 148 la turbación de su mente—. Nunca he sido borracho; pero de poco tiempo a esta parte, me dan tales tristezas y se me

acongoja el alma de tal modo, a consecuencia de mis desgracias, que algunas veces...

—¡Pobre muchacho! —dijo el guerrero acercándose a Monsalud, que, puesta en el suelo la linterna y la botella, se había sentado junto a ellas—. Me parece que como joven inexperto y sin fundamento, no te vendría mal recibir algunos consejos, y voy a dártelos.

—Pues toca la casualidad de que yo no he venido a recibir consejos, sino a acompañar a usted un tantico y traerle algo confortativo, porque siempre me da mucha compasión de ver a un hombre condenado a morir por cosas de guerra; y aunque este hombre sea mi enemigo, sí, mi enemigo por varias causas, siempre procuro que sus últimas horas no sean muy tristes. Conque guárdese usted los consejos, y beba vino, si gusta.

—No beberé —repuso don Fernando—; pero pues dices que vienes a hacerme compañía, acepto el obsequio de un poco de conversación.

—¿De qué vamos a hablar?

—De ti.

—¡De mí! —exclamó Salvador, otra vez atacado de la nerviosa hilaridad que tanto disgustara a Garrote—. ¡Bonito asunto! Tanto vale hablar del infierno.

—Al verte entre franceses, joven, apuesto, y con esa expresión de nobleza que tiene tu persona...

—¡Oh qué lisonjero está el buen hombre! ^{p. 149} —dijo Monsalud—. Señor mío, no me adule usted, pues aunque compasivo, no me vendo por alabanzas.

—Al verte así —continuó Garrote— he pensado que solo seducido y engañado ha podido un joven de tanto mérito entrar al servicio del rey José y de los enemigos de la patria y de la religión.

—Ni seducido, ni engañado, sino por mi propio gusto y libre voluntad —respondió el mancebo con firmeza.

—¡Y por tus venas corre sangre española! ¿No aborreces a esos herejes, asesinos y ladrones, de cuyos crímenes horrendos eres cómplice, sin duda por inocencia?

—No les aborrezco, sino que les estimo.

Don Fernando cruzó las manos y elevó los ojos al cielo.

—Les estimo —prosiguió Monsalud— porque ellos me ampararon cuando de todos era abandonado; diéronme de comer cuando me moría

de hambre, y me pusieron este uniforme que han llevado los primeros soldados del mundo y los vencedores de toda Europa.

Garrote se estremeció de espanto, y un abatimiento angustioso sucedió a su anterior excitación.

—¿Pero tan pobre estabas y tan desamparado de todo el mundo, que necesitas venderte a los franceses para vivir?

—Pobre y desamparado, sí, porque mi madre había perdido la poca hacienda heredada, y no teníamos sobre qué caernos muertos. Yo fui a Madrid, y un tío que allí tengo me ^{p. 150} metió en un regimiento de la guardia jurada.

—Pero tu deber es pelear por la patria. ¿No ves a toda la nación en masa sublevada contra esos viles? ¿No ves el desprecio y el odio que inspiran? Observa bien que entre los pocos españoles que sirven en las filas francesas, no hay uno solo que sea persona honrada.

—¡Calumnia! Los hay muy buenos, y yo no me tengo por ladrón, señor Garrote —dijo Monsalud enojándose un poco—. Y punto en boca sobre esa materia.

—Poco a poco, joven: no he querido ofenderte —repuso Navarro con tanta humildad y timidez como un chico de escuela—. Te diré cuál ha sido mi intento. Al verte, sentí profundas simpatías hacia ti, y tanto me entristeció ver a un joven de mérito en la vil condición de afrancesado y en la torpe esclavitud de esa canalla, que me atreví a esperar que los consejos y la autoridad de este infeliz anciano, próximo a morir, tendrían alguna fuerza para desviarte de ese infame camino. ¿Me equivocaré, Salvador? —añadió con expresión muy afectuosa—. ¿Será posible que tu buen corazón y clara inteligencia no respondan a esta cariñosa súplica mía, a este deseo de que te conviertas, de que vuelvas a la santa fe de la patria en que todos los buenos españoles vivimos y morimos?

Monsalud miró a don Fernando por breve espacio, de hito en hito, y después rompió a reír con estrépito y descaro. El insigne Garrote no pudo contemplar por mucho tiempo aquella faz burlona, porque tuvo que esconder ^{p. 151} la suya entre las palmas de la mano para ocultar el llanto.

—No ha sido malo el sermón, padrito —dijo el mozo—. Y usted ¿qué pedazo de pan se lleva a la boca porque yo sea afrancesado o deje de serlo? A fe que me divierto oyéndole. ¡Buen modo de disponerse a una buena muerte! A ver, padrito —añadió llenando un vaso de dos que

había traído—, echemos un trago a la salud del gran Napoleón I, Emperador de los franceses y señor de todo el mundo.

—No —dijo don Fernando rechazando el vaso—, no puedo creer que digas tales disparates formalmente. Eres joven, has bebido más de lo regular, y no sabes lo que sale de tu boca... Comprendo bien la causa principal de tu falta. Te sentías con ardor guerrero, heredado, sin duda, del que te dio el ser y la vida, y como los franceses tienen buena labia para deslumbrar a los jóvenes hablándoles de las grandezas del Imperio y de sus fabulosas batallas de Italia y Alemania, caíste en la trampa. ¡Qué necedad! La más arrebatada fantasía no puede soñar triunfos tan grandes como los que hemos alcanzado nosotros en esta guerra contra los decantados ejércitos de Napoleón. Nuestras batallas de Bailén, de la Albuera, de Tamames, de Talavera, y las defensas gloriosísimas de Zaragoza, Gerona y Tarragona, no tienen igual ni aun en los fastos de la antigüedad heroica. Y si estos hechos no fuesen aún de suficiente magnitud para lo que ambiciona tu grande espíritu, ahí tienes diseminadas por toda la redondez de España esas inimitables^{p.} 152 partidas de guerrilleros, los más bravos, los más atrevidos, los más generosos y leales hombres de la tierra, los verdaderos libertadores de la patria, los que al fin rescatarán a nuestro adorado Fernando, los que devolverán a la sagrada religión su esplendor y a Dios su reino predilecto.

Antes que concluyera, Monsalud había empezado a reír. Tomó las elocuentes amonestaciones del anciano como materia de placenteras burlas, y resuelto a contrariarle en todo por convicción, le dijo:

—No me hable usted de los guerrilleros, que si hay en la tierra plebe inmunda digna del presidio, ellos lo son. Compónense las partidas de los asesinos, ladrones y contrabandistas de cada lugar, con más los holgazanes, que son casi todos. Hacen la guerra por robar, no por echar de aquí a los franceses; y si algún día se acabaran estas misas, el rey Fernando tendría que colgarles a todos para poder reinar en paz.

Don Fernando exhaló hondísimo suspiro; mas no desesperanzado todavía de tocar alguna fibra sensible en el corazón del mancebo, le habló así:

—Aunque los guerrilleros fueran como dices, que no son sino lo contrario, no podrías justificar tu conducta. A todos has hecho traición, Salvador: a lo divino y a lo humano; has hecho traición a la patria; a los

españoles, que son tus hermanos; has hecho traición a tu madre, que, sin duda, es española también y enemiga de nuestros enemigos; has hecho traición^{p. 153} al rey, bajo cuyo amparo nacimos y en cuya veneranda persona se representan nuestro hogar y el sol que nos alumbra, y, principalmente, has hecho traición a Dios, cuya fe, más pura y fuerte en la nación española que en ninguna otra, han venido a destruir los franceses, introduciendo aquí, con la herejía, mil costumbres y prácticas nuevas que no conducen sino al pecado.

—Dios... ¡Buen caso hago yo de Dios! —exclamó el mancebo con un cinismo que llevó a su último extremo los temores de don Fernando—. ¡Qué atrasada está la gente por aquí!... No hay ninguno que haya leído a Voltaire, como lo he leído yo en todas las paradas del viaje desde que salí de Madrid.

—¡Desgraciado! —exclamó el anciano poniendo sus manos sobre los hombros del joven—. ¿Qué estás diciendo?

—¡Dios! Una palabrota y nada más. Si lo hay, que lo dudo mucho, estará allá arriba acariciándose la barba blanca y sin meterse en nuestros asuntos. Dígolo porque muchas veces lo llamé y... ¿me oyó usted? Pues él tampoco.

—¡Desgraciado! —repitió el anciano—. ¡Mil veces más desgraciado que si cayeras para siempre traspasado por las bayonetas de tus viles amigos! ¿No crees en Dios omnipotente, justo y misericordioso? ¿No crees en la Santísima Trinidad? ¿No crees en la Encarnación del Hijo de Dios, ni en su pasión y muerte por redimirnos del pecado?

—¡Oh cuánta monserga y cuánto embrollo!^{p. 154} —repuso Monsalud riendo—. ¡La Trinidad! Tres que son uno y uno que viene a ser tres. Bonito lío han armado... Jesucristo no era más que un buen predicador y tan hombre como yo. Y de la llamada Virgen María, ¿qué puedo decir sino que...?

—Calla, calla, blasfemo infame —gritó con encendida cólera don Fernando, poniendo su mano en la boca del descomedido muchacho—. Tú no eres, no puedes ser lo que yo creí.

—¿Qué hombre ilustrado cree hoy semejantes paparruchas? Todo eso lo han inventado los frailes para engañar y dominar al pueblo, embobándole con pantomimas ridículas y prácticas necias. ¡Los frailes! —añadió con cierta petulancia—. ¿Hay casta de cerdos más inmunda en todo el orbe? Yo digo que hasta que no ahorquen al último Papa con las

tripas del último fraile, no habrá paz en el mundo. Ellos son los que promueven las guerras, los que hacen estúpidos a los reyes; ellos son los que han levantado a la nación española, no por religiosidad, sino porque saben que el deseo de Napoleón es quitarles sus inmensas y mal empleadas riquezas, para dárselas a los pobres.

—¡No, no —repetía don Fernando con vehemencia, contemplando atónito a Salvador—, no eres tú lo que yo creí; no eres tú quien yo creí, no, mil veces no, voto a...! Afrancesado, traidor a la patria, desleal con el rey, irreligioso, blasfemo, no te falta sino ser mal hijo para que eternamente estés separado de mí.

—¡Mal hijo! Si lo soy no es culpa mía —dijo el mancebo bebiendo el vino que había escanciado^{p. 155} para el señor Garrote—. Mi madre es una excelente mujer; pero muy sencilla e inocente, y se ha dejado dominar por doña Perpetua y por los frailes de la Puebla. Empeñose en que abandonara mis banderas; negueme a ello, echome de su casa, yo salí, se desmayó... Las mujeres no atienden más que a su capricho; son vanas, frívolas, superficiales, mojigatas, y le aburren a uno con sus rezos... No hagamos caso de tales simplezas y bebamos, señor don Fernando. Otro traguito.

—Tu madre —dijo don Fernando— es, según tengo entendido, una santa y honrada mujer, de sanos principios.

—Pues sus principios no son los míos, ni lo serán nunca. Ella adora las atrocidades de los salvajes guerrilleros, y yo las aborrezco; ella se mira en Fernando VII, y yo lo tengo por un principillo corrompido y voluntarioso; ella detesta a los afrancesados, y yo les tengo por muy buenos patriotas, porque quieren regenerar a España con las ideas de Napoleón; ella no puede ver a los que han hecho la Constitución de Cádiz ni a los que se llaman liberales, y yo les admiro por creerles inclinados a echarse en nuestros brazos...

—¡Perdido, perdido para siempre! —exclamó don Fernando con inmensa angustia—. ¡Sin honor, sin principios, sin patriotismo, sin religión, sin lazo alguno con la sociedad, ni con España, ni con la familia, ni con Dios...! ¡Oh, qué aflicción, qué castigo, Dios mío!

—Puesto que usted no quiere probarlo —dijo el sargento, echando otro medio cuartillo—,^{p. 156} me lo beberé yo. Luego dormiré seis horas, y así se olvidan ciertas cosas, cosas terribles, señor don Fernando, que atormentan noche y día.

—Dios te tocará en el corazón, infeliz joven —dijo Navarro—, y hará penetrar un rayo de su divina luz en tu oscuro entendimiento, y te reconciliarás con España, con Dios, con tu madre y... conmigo.

—¿Reconciliarme yo? —dijo el joven severamente dejando a un lado el vaso vacío—. Yo no me reconciliaré jamás; eché los dados. Me voy a Francia; consagraré mi vida a trabajar contra esta fementida patria que aborrezco.

—Justamente despreciado por los hombres y maldecido por Dios, tu vida será un infierno, y tu muerte horrorosa y desesperada como la mía. Mírame, en mí tienes un ejemplo de cómo castiga Dios en la última hora a los que han olvidado su doctrina. Sin ser blasfemo ni traidor, como tú, yo he sido muy pecador. He vivido largo tiempo con vida placentera y feliz; pero en esta postrera noche de mi vida, me considero el más desgraciado de los hombres, no seguramente por la muerte que me amenaza, y que merezco y deseo, pues los españoles debemos morir como caballeros y como cristianos. Uno de los más amargos motivos de pena para mí, es verte insensible a mis ruegos, degradado, envilecido; verte en el camino de tu total mengua y perdición, sin poder remediarlo; verte en ese estado de locura y embriaguez, aferrado a la maldad. Si respondieras, aunque solo fuese con eco muy débil, a mis sentimientos y a mis ideas; si no me parecieses,^{p. 157} como me pareces, un verdadero monstruo, esta pasajera amistad que nos une podría ser un sentimiento más grande, Salvador, mucho más grande y hermoso para ti y para mí.

Monsalud le miró con sorpresa.

—He sentido vivísima inclinación hacia ti —continuó el anciano—. En esta soledad en que me encuentro, ausente de los míos, con un pie dentro del sepulcro y la eternidad llamando a mi alma, tú podrías ser consuelo inefable de este anciano moribundo, recibiendo, en cambio, de mí lo que jamás has tenido, ni esperas tener.

Monsalud se levantó, y con súbita cólera apostrofó al anciano en estos términos:

—Viejo astuto, ¿quieres engañarme con lisonjas y gatuperios para que te deje escapar? Yo no soy como los guerrilleros, que se venden por un pedazo de pan. Su señoría de la llave dorada no conoce con qué clase de personas está tratando. ¡Pues no es poco sabihondo el viejecito!...

—¡Miserable! —exclamó don Fernando, sin poder contener su cólera y levantándose también—. Veo que en ti no puede caber ningún

sentimiento generoso. ¡Mereces la abyección en que vives! Márchate, quiero estar solo.

—¡Si será preciso ponerle algunas arrobas de hierro en los pies al don Quijote de la Puebla! —dijo Monsalud dando algunos pasos con escasa seguridad—. Parece que se tambalea el piso... Adiós, hasta después.

Don Fernando fue de aquí para allí con inmensa^{p. 158} agitación. Su espanto se resolvió en una violenta y súbita cólera.

—¡No eres tú, tú no eres, no! —exclamó con atronadora voz—. ¡Me he equivocado! Dios se está burlando de mí... es un castigo; ¡pero qué castigo, Señor!

Sin comprender lo que oía, Salvador se detuvo ante el agitado anciano. La generosidad de su noble corazón, eclipsada por falsas ideas, y la turbación física en que se hallaba, inspire algunas palabras consoladoras para el caballero; mas un hecho trivial le desvió de aquel buen camino, separando a uno y otro personaje más de lo que estaban. En la versatilidad de sus juicios, Salvador achacó las incoherentes palabras de Garrote a extenuación y debilidad mental, ocasionada por la falta de sustento y el pavor de la próxima muerte. Pensándolo así, echó en el vaso cuanto en la botella restaba, y con intención compasiva le dijo:

—¡Vaya, pelillos a la mar! Señor Garrote... Beba usted y le caerá bien... Luego llevaré otro gaudeamus al señor cura.

—Quita allá —contestó don Fernando, apartándose con horror del joven—. Tú no eres quien yo creí... Tú eres de casta de borrachos y traidores.

Recibió Salvador con paciencia el insulto, y empujando el codo, dijo:

—Puesto que usted no lo quiere, no se desperdiciará tan buen vino. Se lo quitamos a unos arrieros que venían de la Nava.

La cabeza de Monsalud, de poca resistencia^{p. 159} para la bebida, a causa de su antigua sobriedad, luego que su cuerpo recibió aquel trasiego, se desorganizó completamente; se oscurecieron sus facultades; desmayó su cuerpo; entrole de improviso la innoble estupidez y el repugnante cinismo de que había dado ya algunas pruebas en la conferencia con su madre, y perdió su carácter, su generosidad, su buen juicio, su discreción; perdiólo todo, para no ser más que un vulgar soldado.

—Señor Garrote... —dijo tambaleándose—, adiós... Parece que se mueve el piso... ¿Por qué baila usted?

—Vete, vete, déjame solo —replicó don Fernando sin mirarle.

—¡Bonito fin han tenido las campañas del padre Respaldiza y del señor Navarro! —exclamó lanzando una carcajada de imbecilidad que retumbó en la estancia como un eco infernal—. ¡Bonito fin!... ¡Échese su merced a guerrillero!... ¡Quién lo había de decir!... aquí tenemos al primer caballero del condado, el de la llave dorada, el gran don Fernando Garrote, que quiso derrotar él solo los ejércitos de Napoleón... ¿Por qué no trajo consigo a Carlitos para que le sacara del paso?... Me hubiera gustado ver a todo el hato de salteadores de caminos distribuidos en estas cámaras reales, esperando la orden del coronel... ¡Adiós, señor don Fernando Quijote, adiós... buen viaje!...

Don Fernando se acercó a Salvador, y asiéndole el brazo y apretándole con tanta fuerza como si su mano fuese una tenaza de hierro, le dijo sombríamente:

p. 160—Salvador, cuando me saquen de este calabozo haz fuego sobre mí: mi destino es ese, mi castigo no será el castigo que merezco, si no sucede así. ¡Dios lo quiere!

—¿Fuego yo? —repuso el joven con sonrisa de demente—. Yo me voy... Salgo de guardia ahora... Entrará otro... No quiero matar... me da mucho temblor y me pongo malo.

Lucharon por breve rato en la acongojada alma del guerrero sentimientos diversos. Luego sintió que las lágrimas brotaban de sus ojos; una aflicción horrible le abrumaba. Apartose del joven; corrió luego hacia él; mas su aspecto, su habla, su embriaguez le llenaron de espanto.

—Mi muerte —exclamó—, por las circunstancias espantosas que la rodean, no se parece a ninguna otra muerte. Creo que toda la naturaleza se desquicia en derredor mío, y que, en medio del cataclismo general, vivo muriendo. Me parece que la muerte del malvado, como la del justo entre los justos, no puede verificarse sino entre tinieblas horrorosas y confusión del cielo con la tierra. ¿Es de noche? ¿Es de día? ¿Eres un ángel o un demonio?... Huye de aquí, monstruo mío... No sé lo que siente mi alma al verte y al oírte... ¿Esto es vida o qué es esto? Dios poderoso, acoge mi alma... y basta, basta ya de suplicio.

El señor Garrote se arrojó al suelo. Monsalud, a causa del vino, no vio en todo aquello más que demencia y miedo. Hasta que no se halló fuera y recibió en el rostro el fresco de la noche, no se aclararon sus juicios, ni pudo conocer que había estado inconveniente, cruel y... grosero.

XIX

Cuando se quedó solo, elevó don Fernando de nuevo su pensamiento a Dios. Adquirió con esto cierta tranquilidad, reposo emanado de la profunda convicción de su inmensa desgracia, y aceptando aquella amargura se engrandecía a sus propios ojos. La fogosidad de su imaginación llevábale a compararse con los colosos de infortunio, pero superándoles; tan pronto recordaba a Job, de la antigüedad hebraica, como a Edipo, de los tiempos heroicos, y hasta en sus coloquios, en sus alegatos, ora tiernos, ora coléricos con la divinidad, se les parecía.

Después de un instante de estupor contemplativo sintió anhelo vivísimo de comunicar a alguien la congoja de su alma, y se acordó de su amigo Respaldiza, cuya voz había oído poco antes al través del tabique sin hacerle caso. La endeble pared consistía en un armazón de maderas y adobes, a trechos cubierta de yeso, que formaba en sus irregulares claros y fajas al modo de un fantástico mapa. Por diversas partes, y principalmente junto al suelo, había muchos agujeros por donde podían pasar el ruido y la claridad; pero no objeto alguno de más volumen que un dedo. Golpeó don Fernando el tabique, diciendo:

p. 162—Señor don Aparicio, señor Respaldiza, ¿está usted ahí?

El cura contestó desde la otra parte:

—Sí. Señor don Fernando, aquí estoy más muerto que vivo. ¿Con quién hablaba usted?... ¿Hay esperanzas de salvación? Me parece que trataba usted con Salvadorcillo Monsalud... Es mal sujeto, y no hay que fiarse mucho de él.

—Amigo Respaldiza —dijo Garrote sentándose en el suelo y apoyando su rostro en la pared, junto a un sitio donde menudeaban las grietas—. Acérquese usted a este sitio donde me encuentro, y óigame. Tengo que hablarle.

—Ya estoy... ¿Hay esperanzas de escapatoria?

—No hay que pensar en escaparse, señor cura. Nuestra muerte es inevitable.

—¡Oh! ¡Dios mío Jesucristo! —exclamó Respaldiza con voz desfigurada por la aflicción y el llanto—. ¿Qué hemos hecho para tan triste fin?... ¿Pero no será posible intentar...? Echemos abajo este tabique; juntemonos, y entre los dos ejecutaremos algo ingenioso para salir de aquí.

—Es difícil. Por mi parte no intentaré nada para salvar esta miserable vida, que es para mí un horroroso peso. ¡Somos muy pecadores!

—Yo no tanto... ¿pero es posible que no logremos...? ¡Oh! Desde aquí siento los aullidos de esos lobos carniceros, de esos demonios del infierno que nos guardan. Están borrachos, y parece como que bailan y juegan.

—No nos ocupemos de nuestros enemigos,^{p. 163} y pensemos en la salvación de nuestras almas —dijo con unción don Fernando—. Señor Respaldiza, usted es sacerdote.

—Sí, sacerdote soy —repuso con desesperación el clérigo—, y como sacerdote digo que esto es una gran picardía, una infamia, un asesinato horrendo. ¡Ya se las verán con Dios!

—Usted es sacerdote —añadió don Fernando—, y un buen sacerdote, piadoso, instruido, aunque ahora caigo en que no cuadraba muy bien a su estado el tener tan buena puntería; pero sea lo que quiera, usted es un hombre excelente y un sacerdote cristiano, a cuyas manos baja Dios en el santo oficio de la Misa.

—Sí, sí.

—Pues bien: siendo usted sacerdote y yo pecador, quiero confesarme en esta hora suprema; quiero confesarme, sí, después de treinta y tantos años de impenitencia.

Prolongado silencio anunció el estupor del sacerdote.

—¿No me contesta usted? —preguntó impaciente Navarro.

—¡Confesarse!... Linda ocasión ha escogido usted... Sobre que todavía puede ser que nos indulten.

—No hay que esperar tal cosa. Seamos dignos de nosotros mismos, y muramos como caballeros cristianos.

—¡Morir, morir! —repitió angustiosamente el cura.

Retembló el tabique con sordo estampido. La cabeza de Respaldiza había chocado violentamente contra él.

^{p. 164}—Señor don Aparicio —dijo don Fernando después de una pausa—, he visto a Dios.

—¿A Dios?... ¿Dónde, amigo mío, dónde?

—Aquí, aquí mismo, en este oscuro calabozo. He visto pasar ante mí también mi vida entera, y me han ocurrido cosas que espantarán a usted cuando se las refiera.

—¡Es singular! ¡Ver a Dios y no pedirle que nos sacara de aquí!... ¡Ah! Usted tiene razón: seamos piadosos y buenos cristianos en esta hora suprema, único medio de que nos favorezca el Señor. Chillar y jurar con desesperación en estos trances no es propio del espíritu cristiano. Recemos, señor don Fernando; oremos humildemente con toda la compostura y devoción posibles. No se me olvidó el rosario, aquí está. Pidamos a Dios de todo codo corazón que...

—Antes conferenciemos un poco —dijo Garrote—, pues no solo tengo que revelar a usted secretos muy graves, sino pedirle consejo y parecer sobre algún punto delicado de conciencia.

—Ya soy todo oídos.

—Bien sabe usted, venerable amigo, que he sido gran pecador, un hombre disoluto, despreocupado, vicioso, un libertino. Verdad es que jamás me separé de la Iglesia; pero esto no atenúa mis grandes faltas, ¿no es verdad?

—Verdad. Respecto a sus escándalos, amigo Garrote, muchos y grandes han sido en la Puebla. He oído contar horrores; mas nunca me atreví a reprenderle, por ser usted un excelente sujeto y haber tenido conmigo delicadas^{p. 165} deferencias. Tratándose de los más humildes feligreses de mi parroquia, sí me atrevería yo a reprenderles sus vicios; pero a un señorón como usted...

—La ley de Dios es igual para todos... Pero vamos adelante. Desafueros cometí, honras atropellé, causé desdichas, y no hubo casa donde yo pusiese mi planta maldita que al instante no se inficionase con la corrupción y deshonor que llevaba conmigo.

En este tono y con verdadera humildad cristiana prosiguió don Fernando refiriendo sus culpas, sin detenerse en los casos particulares, hasta que, llegando al punto capital de su confesión, dijo lo que sigue:

—Pero la más grave de mis faltas, por el cúmulo de circunstancias denigrantes que en ella hubo, fue la deshonor de una doncella de Pipaón, a quien engañé valiéndome de pérfidas astucias, impropias de un caballero; sí: pérfidas astucias y torpísimas artes que voy a enumerar una

por una, aunque al referirlas la lengua parece que se me abrasa, y el rubor que enciende mi cara es como si una llama la envolviera toda.

Respiró con ansia, y luego refirió lamentables escenas y acontecimientos, que omitiremos por no ser de indudable interés para esta historia. Con los ojos cerrados, apoyada la calenturienta sien contra el tabique, entreabierta la boca, la mano izquierda en el suelo, para apoyarse, y la derecha sobre el corazón, iba contando don Fernando sus execrables ardidés, y soltaba las palabras una a una, cual si sup.
166 arrepentida conciencia se recrease en las torpezas que echaba fuera, para quedarse pura y limpia. Cuando concluyó aquel capítulo bochornoso, oyose la débil voz de Raspaldiza que decía:

—Horroroso, infame, execrable es todo eso; pero el arrepentimiento es sincero, y por grandes que sean las culpas de los hombres, mucho mayor es la misericordia de Dios.

—Nació un niño —dijo don Fernando, cuya alma se iba sublimando a medida que adelantaba la confesión—, y aquí vienen nuevas infamias mías, pues sabiendo que la madre y el hijo estaban en la miseria, no me cuidé de socorrerles. Un día pasé por Pipaón y enseñáronme al muchacho que estaba jugando en las eras. Tenía los zapatos rotos y todo su vestido hecho pedazos. Causome su vista cierta aflicción pasajera; pero nada más: salí de Pipaón aquella misma tarde, y no volví a acordarme de ellos. Por último, después de más de veinte años de olvido, he aquí lo que sucede... Salgo en busca de fabulosas hazañas, y a los pocos pasos mis ilusiones se disipan como el humo... ¡la mano de Dios!... Me traen aquí prisionero, y sin más lances me destinan a morir y me encierran en este calabozo... ¡la mano de Dios!... Luego se presenta un joven, le hago algunas preguntas, me dice su nombre, que es el de Salvador Monsalud, y en él reconozco a mi hijo... ¡por tercera vez la mano de Dios!...

—¡Salvador Monsalud! —exclamó el cura alzando las manos—. ¡Ese perdido, ese afrancesado, ese traidorcillo borracho!...

p. 167—El mismo, el mismo —dijo Garrote—; es un monstruo, es como el crimen que le engendró, y Dios me le ha puesto delante para hacerme conocer la horrible magnitud de mis culpas, como un ejemplar vivo del pecado que engendró el pecado.

—Conozco a la pobre doña Fermina, y ahora me explico algunas frases oscuras que sorprendí algunas veces... ya... Es una excelente mujer; pero a Salvador le tengo por un muchacho arrebatado y sin

discreción, ni prudencia, ni honor, ni respeto a los mayores; sin amor a la patria, ni religiosidad, ni sentimiento alguno que le recomiende. ¡Bendito sea Dios, y qué cosas hace! ¡Que de un caballero tan cumplido como usted, de un noble señor, algo libertino, sí, pero ilustre y generoso, descienda esa bestezuela desleal, ese muchacho sin pudor ni honor!... ¡Bien dice usted que ha sido para castigo!... ¿Está usted seguro de...?

—Hijo mío es. Mi vida abominable no podía dar otro fruto. Es hermoso de cuerpo; pero su alma es horrible. Si por favor especial del cielo yo viviera, la idea de haber dado el ser a criatura tan execrable, sería para mí causa de constante horror.

—¡Oh, sí... le conozco!... Diré a usted, amigo mío: antes de marchar a Madrid, Salvadorcillo no era mal muchacho, aunque muy casquivano y distraído; pero después que se juntó con su tío y renegó, hasse vuelto el más despreciable muñeco que puede verse.

—La vergüenza que me causa la paternidad de un renegado envilecido —dijo don Fernando—, ^{p. 168} de un joven cuyas absurdas ideas son tales que parece que habla Satanás por su boca, es uno de los mayores tormentos de esta última noche de mi vida... Varias veces tuve las palabras en la lengua para revelarles los lazos que a mí le unían; pero enmudecí, porque todo lo que de noble y honrado existe en mi alma se sublevaba contra el fatal parentesco, y aquí, Señor don Aparicio de mi alma, entra el grave punto de conciencia que quería consultar con usted después de mi confesión.

—Sepámoslo... pero se me figura que aumenta la algazara de esos borrachos. Parece que se acercan a las puertas de este edificio, y aúllan junto a ellas como una manada de lobos carniceros.

—La cuestión es esta —dijo Garrote sin hacer caso del terror de su amigo—. Dadas las deplorables circunstancias del carácter de Salvador, sus infames ideas, su irreligiosidad, su traición, su envilecimiento, ¿debo revelarles que es mi hijo?

Calló Respaldiza largo rato, y al fin, repetida la pregunta por don Fernando, contestó:

—Según y conforme... Perverso es el niño, e indigno por todos conceptos de tener por padre a un caballero ilustre y tan patriota como el Señor don Fernando, en quien algunas faltas, hijas de la flaca condición humana, no disminuyen sus altas prendas: despreciable es el muchacho, digo; pero por malo que le supongamos, y aunque su herejía y

envilecimiento hayan secado en él el manantial de todos los sentimientos generosos, es imposible que al ver^{p. 169} a su padre en esta mazmorra, acompañado de un infeliz amigo, no imagine alguna bellaquería o travesura para ponerles a entrambos en libertad.

Garrote dio un suspiro, cambiando de postura, por serle insoportable la que desde el principio del diálogo tenía.

—Yo pregunto con mi conciencia y usted contesta con su egoísmo... Monsalud no puede salvarnos... además, yo no quiero salvarme; no, ¡mil veces!, yo deseo la muerte.

—¿No puede salvarnos? —preguntó el cura con desconsuelo.

—No, porque sus compañeros no se lo consentirían; además, ha dejado hace un rato de ser nuestro carcelero, y en este momento quizás esté con su regimiento camino de Vitoria.

—¡Oh qué desgraciada suerte!... ¡Me parece que esos condenados nos quieren asesinar!... ¿Oye usted sus infames carcajadas?

—Las oigo, sí, pero no las escucho... El parecer de usted es lo que me preocupa y lo aguardo con impaciencia.

—Por todos los santos, si no ha de ver más a Salvador, ¿para qué ha de quebrarse los cascos por saber lo que más conviene decirle?

—Únicamente pido a usted consejo —dijo Navarro con impaciencia— sobre mi conducta pasada. Es decir, ¿hice bien o hice mal en callar el secreto, dejando a ese desgraciado en la orfandad lastimosa que a mi juicio merece?

—Bien, bien, admirablemente hecho —repuso el clérigo con cansancio—. El infame mozuelo que se ha vendido a nuestros enemigos,^{p. 170} que abandonó a su madre, que se burló descaradamente de mí, amenazándome con ahorcarme, no tiene derecho a ser hijo de alguien, no, ni menos a enfatuarse con descender del nobilísimo tronco de los Navarros.

—Pero revelar todo habría sido grande humillación, habría sido ponerme al nivel de su bajeza, de su herejía, de su villanía, y, por tanto, habría sido también expiación de mis culpas, y nuevo purgatorio añadido al que merezco y necesito.

—No tanto, no tanto —afirmó el cura—. Bastante ha padecido usted en descargo de sus pecados. Revelar a Salvador la nobleza de la sangre que por sus venas corre, sería en cierto modo santificar sus errores, y conviene que siga abandonado a su triste destino. Allá se las entenderá

con Dios. El deber de usted consiste en perdonarle y pedir a Dios que ilumine al perverso mancebo.

—Pecador fui, pecador soy —dijo don Fernando elevando al cielo los ojos y cruzando las manos—; pero he conservado los sentimientos fundamentales, el amor de Dios y el honor... Aborrezco todo lo que Dios aborrece, y amo todo lo que Él ama... ¡Oh, señor mío Jesucristo, tú que me ves en esta última hora regenerado por el arrepentimiento y la penitencia, no quieres, no puedes querer que ese miserable lleve mi nombre; no puedes querer que en su detestable vida asocie su infamia a mi apellido, y ya que no me deshonoró en vida con su traición, me deshonoré muerto! ¡La traición! Solo al pronunciar esta palabra tiemblan mis carnes,^{p. 171} y mi alma entrevé un infierno de vergüenza, más espantoso que el de las llamas que abrasan el cuerpo. ¡La traición! ¡Pasarse al enemigo, ser bandido como él, ateo como él, ladrón como él, borracho como él! ¡Ah! Todos los crímenes, incluso los que yo he cometido, me parecen faltas veniales comparadas con esta. Quédese, pues, ese malaventurado hijo mío en la oscuridad de su nacimiento, que será perpetua y profunda, como las tinieblas que envuelven su alma. Él ha querido ser espúreo, espúreo será. Si la naturaleza nos hizo proceder el uno del otro, entre un renegado por convicción y un caballero español, entre un insensato ateo y un cristiano piadoso, entre un jacobino de esta nueva raza execrable, condenada por Dios, y un hombre recto, vasallo humilde de su rey, no debe, no puede haber parentesco.

Dijo esto don Fernando Garrote en alta voz, al modo de oración, y tan creído estaba de que Dios, a quien tal discurso dirigía, aprobaba sus sentimientos y su rigurosa intolerancia, que se quedó muy tranquilo, meditando sobre las profundidades del ancho abismo abierto entre él y su abandonado hijo.

—¿No les oye usted? —gritó de pronto Respaldiza, golpeando el tabique—. Han vuelto a acercarse a la puerta de este cuarto, y gritan y juran. ¡Parece que se alejan! ¿Oye usted, Señor don Fernando?

—Y si por favor especial de Dios —repuso Garrote, indiferente al pánico de su compañero de desgracia y mortificado por punzantes^{p. 172} dudas—, ese infeliz muchacho al verse honrado por mi nombre, se enmendara de sus extravíos...

—¡Enmendarse! —exclamó el cura—. Haríalo hipócritamente por engañarle a usted si vivía...

—Es verdad, es verdad, no puede ser —añadió don Fernando—. Los que nos han puesto el infame mote de *serviles*; los que insultan a los valientes guerrilleros, llamándoles ladrones de caminos y asesinos; los que en sus inmundas gacetas hacen befa de las cosas santas y de los ministros de Dios, y parodian a los franceses, imitando su lenguaje, sus costumbres, sus ideas, esos no pueden ser nuestros hijos, ni nuestros hermanos, ni nuestros primos, ni nada que con nosotros se roce y enlace; no pueden de ningún modo nacer de nosotros... Esa gente no es gente, esos españoles no son españoles. Entre ellos y nosotros, lucha eterna.

—Para poner motes se pintan solos —dijo el cura, dejando caer una gota de humor festivo en la amarga copa que uno y otro bebían—. A nosotros nos llaman *lechuzos*, y a la Santa Inquisición la llaman *Chicharronismo*. No puede darse desvergüenza igual. Por eso es cosa corriente en el país, que a los guerrilleros de estas montañas les queda mucho que hacer, después de acabar con los vándalos de fuera.

No lo oyó don Fernando, porque se había arrastrado a gatas hasta el centro de la pieza, y allí, puesto de hinojos, alzados los brazos y la mirada fija en el techo, entabló nuevop. 173 coloquio con la Divinidad en estos términos:

—Señor que me has criado, que me has conducido a este fatal término, mi castigo ha sido grande, pero merecido... ¡Oh!, si volviera a nacer, no saldría jamás del camino de la justicia y del deber... Me has puesto delante el monstruo engendrado por mis errores; me lo has puesto delante para que vea cuán horribles frutos deja en el mundo la depravación. Para tormento, para horrorosa penitencia mía, el dulce regocijo que la naturaleza debía infundirme en presencia de ese joven, se ha trocado en vergüenza, en aborrecimiento, en horror. ¿No es bastante pena, Dios mío?... Cumpro con mis deberes de cristiano resignándome a morir, y sufriendo el bochorno que mi parentesco con tal monstruo me produce; cumpro con mis deberes de caballero y de español, repudiando a ese hijo precito, apartándole de mí y de mi memoria para siempre. ¿Es de tu agrado esta conducta, Dios mío? Mi conciencia está tranquila, y muero en ti, fiando en que mis pecados serán perdonados, y mi conducta como cristiano, como caballero y como español aprobada en tu supremo tribunal.

¿Qué respondió Dios a esto? Pronto lo sabremos.

Don Fernando se humilló en el suelo, y dijo para sí:

«¡Virgen santa! ¿Por qué me empeño en estar tranquilo y no lo estoy?»
Respaldiza le llamó, diciéndole con voz angustiada:

p. 174—Señor don Fernando de mi alma, ¿no les oye usted? Parece que quieren echar abajo la puerta de este cuarto. Chillan, chillan y vociferan... Sin duda quieren asesinarme; señor don Fernando, por amor de Dios, ampáreme usted.

En efecto, oíase violento rumor de golpes y porrazos. Don Fernando, que hasta entonces no había tenido miedo a la muerte, sintió escalofríos en todo su cuerpo, y el corazón le palpitó con vivísima inquietud.

«No, no estoy tranquilo —dijo para sí—. ¡Si permitirá Dios que tenga miedo en esta hora tremenda!... Conciencia mía, ¿estás tranquila?»

—Esos salvajes quieren penetrar aquí para ensañarse en mi cuerpo miserable —gritó entre sollozos el cura—. ¡Señor mío Jesucristo, piedad! ¡Piedad, santa Virgen de la Asunción, señora y patrona mía!

—Esto es horroroso —exclamó don Fernando corriendo de un lado para otro en la oscura pieza—. Que nos fusilen... pero que no nos arrastren, ni nos destrocen, ni nos escupan, ni nos insulten... ¡Piedad, misericordia!

Los gritos de la salvaje turba que graznaba en la puerta del calabozo, donde, viviendo aún, moría de terror el desgraciado don Aparicio Respaldiza, aumentaban de rato en rato, y al fin era tanto el ruido, que don Fernando no pudo oír los lamentos de su infeliz amigo. Oyó, sí, que la puerta se rompía; conoció que multitud de soldados franceses y algunos españoles entraban en tropel, rugiendo como bestias^{p. 175} coléricas; comprendió que se abalanzaban sobre el pobre sacerdote, y oyó estas palabras en claro y soez castellano:

—Cortarle las orejas.

Después llegaron a sus oídos agudos ayes y clamores de la infeliz víctima; sintió que la llevaban fuera atropelladamente; la fúnebre y horrenda procesión se presentó a su fantasía con formas tan espantosas que tuvo miedo, un miedo indescriptible, inmenso, y cayó de rodillas, clamando:

—Señor mío Jesucristo, ¿todavía más?

Parecía que una voz contestaba en lo alto:

—Sí, más todavía.

XX

A poco de salir de la prisión, Monsalud se serenó un tanto; mas por algún tiempo estuvieron aún sus entendederas en lastimoso eclipse. No era de aquellos a quienes la bebida impulsa a desaforados disparates de palabra y obra, sino que, por el contrario, en aquella su embriaguez primera, después de algunos minutos de estúpida animación, sintiose amodorrado y con tristeza tan congojosa, que el cielo parecía habersele puesto sobre los hombros. Sus amigos españoles renegados y franceses bebían y jugaban a los naipes, reunidos en alegres grupos dentro de la sala que servía de p. 176 cuerpo de guardia, y también en el patio. Los del convoy, paisanos y militares, habían ido allí atraídos por el olor de los riojanos pellejos; pero como se acercara la hora de partir y el descanso de bestias y hombres había sido grande, se disponían a seguir su camino.

Advirtió Salvador que algunos jurados y cazadores franceses, soliviantados por el vino, hacían tan infernal ruido como si todo el ejército de José estuviese bailando dentro de una sola pieza. Mareado y aturdido, anhelando silencio y reposo, Monsalud huyó de su compañía y fue al patio, donde algunos paisanos graves y sargentos con ínfulas de coroneles, dirigiendo en pomposas espirales hacia el limpio cielo, cual si quisieran empañarlo, el humo de sus pipas, hacían cálculos sobre la campaña emprendida y los acontecimientos que se aguardaban para el día siguiente.

—Salvador —dijo un francés, asiendo a nuestro amigo por un botón de su uniforme—, ¿has oído algo?

—¿De qué? —preguntó Monsalud dejándose caer sobre un banco y cerrando los ojos.

—De la campaña. Toda la división está en movimiento. ¿No oyes las carcajadas al otro lado del Zadorra?

—Sí, ya las oigo.

—Buena hora has escogido para dormir —añadió el francés intentando poner en pie al aturdido joven—. Arriba, muchacho, que nos vamos.

—¿A dónde?

—A Vitoria con el convoy grande.

p. 177—¡Con el convoy grande! —repitió Salvador alargando los brazos, cual si quisiera alcanzar el cielo con ellos—. ¿Pues no ha salido ya?

—¡Bestia! El vino te ha puesto el entendimiento del revés. Salieron los carros que llevó consigo el general Maucune.

—¿Y nosotros salimos ya, o estamos aún aquí? —preguntó Salvador—. Juro a usted, señor Jean-Jean, que no lo sé.

—Te lo explicaré a puñetazos —repuso el formidable dragón.

Zumbido lejano atrajo entonces la atención de todos.

—¡Un tiro de cañón! —exclamaron unos.

—¿Hacia qué parte?

—Juro que es hacia Subijana.

—Hacia la Puebla.

Monsalud, participando de la general curiosidad, trató de sacudir el pesado sopor que embargaba sus sentidos.

—¡Una batalla!... ¿pues qué hora es?

—Quizás las avanzadas estén reconociendo alguna posición... Señores, mañana 22 será un día de sangre: lo dice Plobertin, que ha visto el sol de muchos días de batalla.

—Es desgracia que no podamos asistir a la gran acción que se prepara, señor Jean-Jean —dijo Salvador—, y que a hombres de tal temple se les destine a custodiar cofres y estuches.

—¡Oh, joven Epaminondas! —repuso con socarronería el astuto dragón—, no envidies a los que se han de cubrir de gloria en el día de mañana. Soldado viejo soy, y te juro que mientras más cruces gano para mí y más tierras conquistop. 178 para nuestro Emperador, más anhelo la paz. Marchemos tras los cofres y por el camino. Seamos galantes con las señoras que van en el convoy, recomendándonos a ellas como soldados de Friedland y de Essling; glorifiquemos a la Francia y bendigamos a Napoleón... por no habernos llevado a la campaña de Rusia.

Reinaba cierta inquietud entre la tropa que no había perdido el sentido con la embriaguez. Por otra parte, varios paisanos y bagajeros, y unos cuantos soldados franceses de la peor especie se habían cogido del brazo y recorrían parte del camino en burlesca procesión, gritando y cantando: algunos de ellos, que apenas podían tenerse en pie, eran llevados en vilo por sus compañeros. Luego que berrearon a sus anchas, insultando a las infelices señoras que aguardaban junto a sus coches la partida del

convoy, tornaron al patio, y acercándose a la puerta que daba entrada a las habitaciones de los presos, la golpearon de tal modo con patadas y puñetazos, que a ser débil se quebrantara al instante hecha menudas piezas. La turba embriagada quería que le entregaran a los dos infelices prisioneros para anticipar el castigo impuesto por la superioridad militar.

—¿Pero aquí no manda nadie? —dijo el francés que respondía al nombre de Plobertin—. Esta canalla hará una atrocidad si la dejan.

—¡Que nos entreguen al cura, al cura! —gritaba la turba furiosa—. Al cura y al sacristán.

Y golpeaba la puerta, que a fuerza de porrazos comenzaba a resentirse.

—Aquí viene el capitán —dijo Jean-Jean—. p. 179 Mandará dar veinte palos a los borrachos, y hará cumplir la sentencia.

Un capitán francés reprendió a los revoltosos su estúpida crueldad, amenazándoles con fuerte castigo; pero aquel, como los demás oficiales alojados allí, estaba en gran zozobra por causa más grave que las travesuras de algunos soldados ebrios, y regresó al lado de sus compañeros, dejando tras sí el tumulto.

—Vámonos por no ver esto —dijo Plobertin—. Parece que algunos carros se han puesto ya en marcha...

—Nosotros formamos a retaguardia —dijo Monsalud—; hay tiempo todavía.

—La gentuza vuelve a las andadas —indicó Jean-Jean—. La puerta no resistirá mucho tiempo más: no es esa la Zaragoza de las puertas.

—¡Que las paguen todas juntas! —afirmó otro individuo del respetable cuerpo de dragones—. Ese cura y ese sacristán son guerrilleros, que es como decir salteadores de caminos. Pues qué, ¿hemos de tratarles con mimo, después que ellos han asesinado a centenares de hombres pertenecientes, como quien no dice nada, a la nación francesa?

—¡A la nación francesa! —repitió el zapador Plobertin encendiendo su pipa—. La nación francesa pide venganza... La verdad es que el cura y el sacristán no merecen mis simpatías.

—Pues yo —dijo Monsalud con resolución—, si encontrase quien se decidiera, arremetería contra esa chusma y les haría entrar en razón.

—Joven Temístocles —exclamó Jean-Jean—, p. 180 menos fuego. ¿Pueden tus paisanos colgar de los árboles racimos de franceses, descuartizarlos, meterlos en los pozos y asarlos en los hornos, y nosotros

no podemos ni siquiera desorejar a uno de tus desalmados curas y monagos?

—El honor de la Francia —dijo Plobertin— pide que se les fusile al momento.

—Pero sin martirizarles vergonzosamente —añadió con viveza Monsalud—. Si el rey lo sabe, castigará a los que le están deshonrando con esta algarada salvaje.

—En esto de mortificar a los guerrilleros y curas con pistolas —afirmó Jean-Jean—, yo digo como nuestro rey Luis XV de la antigua dinastía: *Laissez faire, laissez passer*. Conque a caballo, señor Monsalud, que marcha el convoy.

La confusión y el alboroto iban en aumento, y no había autoridad que mandase, ni voz alguna que contuviese a los desalmados. Fueron y vinieron algunos oficiales; pero sin desplegar la energía que el caso requería, porque acostumbrados a considerar a los guerrilleros como bestias malignas, toleraban los desmanes de la embriagada soldadesca, o al menos no se cuidaban de atajar una brutalidad que creían justificada por la salvaje fiereza de los partidarios.

La puerta cedió al fin, y los gritadores se precipitaron por ella dentro del edificio. Encontrábase primero frente a la puerta principal, otra más pequeña, que era la que daba ingreso a la celda del cura, y que, por ser endeble, fue brevemente echada al suelo de una patada.^{p. 181} Pocos momentos después, el infeliz don Aparicio Respaldiza salía empujado y arrastrado por la soldadesca, mutilado el rostro, cubierto de sangre, abofeteado, injuriado, escupido. Medio muerto de espanto, encomendaba el desgraciado su alma al Señor, y en aquel momento angustioso, aquel hombre no exento de faltas, aunque tampoco perverso; mal sacerdote sin duda, pero antes por error y falsas ideas que por maldad, si tuvo la flaqueza de pedir misericordia a sus viles verdugos, luego que se vio arrastrado irremisiblemente al suplicio sin vislumbrar remedio, les perdonó a todos y supo morir como cristiano.

Llevo la turba a un campo cercano, donde algunos robustos árboles convidaban a colgar del alto ramaje el cuerpo del infeliz enemigo vencido, indefenso, y mientras se consumaba el sacrificio, se regocijaban con la idea de repetir la función en la persona del que llamaban sacristán, a pesar de que su aspecto no indicaba tan humilde oficio.

Monsalud, que desde el patio presenciaba la feroz escena, baldón del humano linaje, mas no por eso rara en aquella guerra, que tanto tenía de heroica como de salvaje, sentía en su alma violentísimo coraje y vergüenza. Al ver que llevaban al suplicio, ya mutilado y moribundo, al infeliz Respaldiza, acordose del otro preso; un vago sentimiento le agitó, sintió algo semejante a dulce recuerdo, o a esos misteriosos rumores del corazón que a veces gimen en los oídos de nuestra alma, sin que entendamos claramente lo que quieren decirnos. Inquieto^{p. 182} y dominado por profunda aflicción, que no acertaba a explicarse, dirigióse a la rota puerta del edificio. Allí estaba el sargento poco antes encargado de la custodia de los prisioneros, y en compañía de dos o tres bárbaros como él contemplaba estúpidamente, con las manos juntas atrás y su pipa en la boca, el fúnebre *via crucis* del cura hacia el monte cercano.

—¡Bestia! —le dijo enérgicamente Monsalud—. ¿De ese modo guardas a los prisioneros?

El sargento soltó la carcajada de la insensibilidad aumentada por el vino, y alzando los hombros, repuso:

—¿Y qué?... ¿No les habían de matar de madrugada?... ¿Dónde están los oficiales? Si ellos no cumplen con su deber, ¿qué puedo hacer yo?

—¡Miserable! —gritó el joven con furia—. Si esos verdugos se hubieran empeñado en romper esa puerta antes de las doce, hora que salí de guardia, me habrían cortado a mí las orejas antes de tocar el pelo de la ropa a los prisioneros... Déjame entrar; queda ahí dentro un infeliz, que no morirá como mueren los cerdos.

El sargento y los suyos hicieron como que querían defender la puerta.

—¡Atrás! —gritó Monsalud—. Dame la llave de la prisión del sacristán.

Briosamente arrebató la llave de manos de carcelero.

—Monsalud —dijo el sargento, fingiendo la entereza de un hombre de bien—, ¿quieres salvar a ese hombre? Está más loco que don Quijote,^{p. 183} y a todos los que entran a verle les llama hijos para que le pongan en libertad.

—¡Estúpido farsante! —repuso el joven—. ¿Te atreves a darme lecciones de disciplina, de honor y de obediencia, tú que has faltado a todas las leyes de la Ordenanza y de la humanidad?

—Lo digo —añadió el carcelero blasonando de decencia— porque para sacar de aquí el sacristán, pasarás sobre mi cadáver.

—¡Y sobre el mío! —repitieron los otros, alguno de los cuales no se podía tener de borracho.

—¡Atrás, a un lado! —vociferó Monsalud abriéndose paso y tomando la linterna que estaba en el suelo—. No puedo salvar a ese hombre, porque el general le ha condenado a morir; pero mientras yo aliente, canallas cobardes, un caballero honrado y decente no morirá, ya lo he dicho, como mueren los cerdos. Los infames vuelven: no hay tiempo que perder. Adentro.

Abrió con mano firme la puerta del aposento en que gemía don Fernando Garrote. El infeliz anciano, al comprender que sacaban arrastrado a su compañero, después de mutilarle, había sentido, como antes dijimos, un terror violentísimo que dio al traste con toda su entereza y varonil grandeza de ánimo. Extravióse su razón, dio voces, y cuando entró el sargento le habló como si fuera Salvador. Levantose del suelo en que yacía, y como loco corrió de un muro a otro buscando salida, y se aporreó las manos contra ellos, cual si a puñetazos pudiese horadarlos. La unción religiosa^{p. 184} huyó de su mente: huyeron la resignación, la paciencia, la cristiana humildad, dejando tan solo el impetuoso instinto. Gritaba con desesperación:

—Jesús divino, ¡solo tú sabes padecer, solo tú sabes morir! Soy hombre y acepto la muerte; pero no el tormento, no la vergüenza, no el martirio, no las manos ni la saliva de la soez plebe en mi rostro, ni la ignominiosa cuerda en mi cuello, ni el filo villano de sus navajas en mi piel... ¡Piedad, misericordia, Dios mío! ¡No tengo valor! Soy una mujer, un pobre niño.

Con febril ansiedad, y aunque sabía que ninguna arma llevaba sobre sí, registró todos sus bolsillos y ropas, buscando un cortaplumas, una aguja, un alfiler con que darse la muerte.

—¡Nada, nada! —exclamó con desesperación—. Dios poderoso, ¿tan malo, tan perverso he sido?...

En aquel instante una claridad rojiza deslumbró sus ojos, y en medio de ella, como el ángel de una aparición divina, vio don Fernando Garrote a Salvador Monsalud. Sorprendido por aquella imagen que en el momento más angustioso de su vida se le presentaba, don Fernando cayó de rodillas.

—¡Eres tú, Salvador, hijo mío querido, eres tú! —exclamó desahogando con efusión su alma—. Vienes a salvarme... sí, sí. Tengo

miedo: Dios me abandona, y no me permite morir con la dulce y tranquila muerte del buen cristiano.

p. 185—He tenido lástima —dijo Salvador con voz balbuciente— y he venido...

—¡A salvarme!... ¡Oh justicia! ¡Oh lección divina! —gritó vertiendo amargas lágrimas don Fernando Garrote—. ¡Has sido tú más generoso que yo! Sí, más generoso, querido hijo mío... Bien me decía el corazón que mi conducta era egoísta y mezquina. Salvador, por orgullo, por preocupaciones más fuertes para mí que la razón, por egoísmo, te oculté un secreto, cuya confesión debía ser para mí una deuda sagrada.

Salvador no comprendía nada, y pensando tan solo en el objeto de su visita, dijo:

—Pronto llegarán: aún puede usted...

—He sido un miserable, he sido un egoísta: las ideas adquiridas en las disputas de los hombres, las he sobrepuesto a los sentimientos más dulces de mi corazón, a mi conciencia y a mis deberes. Salvador, este miserable que ves aquí a tus pies, humillado y envilecido, es el que te ha dado la vida, es tu propio padre, que por su mala suerte y su indisculpable apatía no ha tenido hasta hoy la dicha de conocerte.

El semblante de Salvador, atónito primero, expresó después la más desconsoladora incredulidad. Una sonrisa, impropia ciertamente del lugar y de la ocasión, vagó por sus labios; pero recobrando al punto su seriedad, y movido a gran compasión por el triste estado mental que en el anciano suponía, le dijo con frialdad:

—Señor Garrote, yo no tengo padre.

Estas palabras atravesaron como una espada^{p. 186} de hielo el corazón del desgraciado Navarro.

—En nombre de tu santa y buena madre, en nombre de Dios —dijo—, en nombre de Dios, no me desmientas... He sido un infame egoísta, he sido un necio lleno de orgullo hasta en esta ocasión tristísima, pues hace un momento me horrorizaba la idea de llamar hijo a un traidor renegado. Dios me ha castigado por esto; pero, siempre misericordioso conmigo, te me ha puesto delante en mi última hora, para que mi confesión sea completa. ¡Bendito sea Dios!

—Desgraciado loco —dijo Monsalud, contemplando al reo con impasible calma lastimosa, tan extraño a los sentimientos que este expresaba, como si fueran de otro mundo—. Comprendo que en

situación tan aflictiva trate de seducir a sus carceleros llamándoles hijos. Todo es inútil conmigo, porque no he venido aquí a librarle a usted de la muerte.

—¡No me cree! —rugió don Fernando arrojándose en el suelo—. Dios mío, Dios justiciero, que así prolongas mi castigo, ¿más todavía?

Una voz del cielo pareció responder:

—Sí, todavía más.

—Viendo que era inevitable para usted un fin tan horrible como el del pobre Respaldiza —dijo Salvador llevando la mano al cinto, donde tenía las pistolas—, y suponiéndole hombre de valor, he creído que era caritativo proporcionarle un medio de evitar la ignominia de martirio tan bárbaro.

Don Fernando se levantó de súbito. Parecía^{p. 187} un esqueleto con vida, y con toda la vida en los ojos. Oyéronse en aquel instante los desaforados gritos de la turba que volvía. Estremeciose el anciano, dominado nuevamente por un terror congojoso; aparentó luego serenidad heroica, y contemplando al mancebo con altanería, exclamó:

—Un hombre de honor, un caballero como yo, no morirá a manos de viles sicarios; un hombre como yo, no será sacrificado salvajemente por tus crueles amigos. He cumplido contigo y con mi conciencia. No contaba con mi desgraciado destino ni con tu incredulidad... Que Dios me perdone lo que voy a hacer. Salvador, dame un arma cualquiera, y adiós.

Con la seguridad de quien ve realizado su pensamiento, Monsalud entregó una pistola a don Fernando Garrote, diciéndole:

—Eso mismo pensaba yo... Un hombre de honor, un caballero decente, no debe... Que Dios le ampare a usted.

Don Fernando irguió con altivez la majestuosa frente, miró a su hijo con calma desdeñosa, le miró mucho durante un rato, relativamente largo, y luego, con voz trémula y solemne, en la cual había como un acento de pesadumbre mezclado de sarcasmo, habló de esta manera:

—Salvador, gracias, muchas gracias... Que Dios te ampare y te perdone. Adiós.

—Adiós —dijo Monsalud desde la puerta, saliendo rápidamente.

Cuando la brutal soldadesca entró atropelladamente en donde estaba el bravo guerrero,^{p. 188} halló su cadáver caliente y tembloroso sobre el

suelo, la sien partida y destrozado el cráneo. Su mano palpitante asía con rabioso vigor el arma.

XXI

¡Cuántos habrá que al leer las escenas que acabo de referir, las hallarán excesivamente trágicas, tal vez hiperbólica la terrible pugna que en ellas aparece entre los lazos de la naturaleza y las especiales condiciones en que los sucesos históricos y las ideas políticas ponen a los hombres! Yo aseguro a los que tal piensen, que cuanto he contado es ciertísimo, y que en el lamentable fin de don Fernando Garrote no he quitado ni puesto cosa alguna que se aparte de la rigurosa verdad de los acontecimientos. Vivió el citado Garrote en los mismos años que le presento, y fueron su carácter, sus costumbres y sus ideas tales como he tenido el honor de pintarlas, salva la diferencia que entre el artificio de la narración y la verdad misma existe y existirá siempre mientras haya letras en el mundo. Cierta fue también su malograda expedición con el cura Respaldiza, y evidente su desastroso cautiverio y fin horrendo, aunque no le cupo peor suerte que a otros muchos, quier españoles, quier franceses, víctimas entonces del furor de las desenfrenadas pasiones.

p. 189 En cuanto a las circunstancias verdaderamente terribles que acompañaron al último aliento de aquel desgraciado varón, no son tales que deban causar espanto a la gente de estos días, la cual, viviendo como vive en el fragor de la guerra civil, ha presenciado en los tiempos presentes todos los desvaríos del odio humano entre seres de una misma sangre y de una misma familia; ha visto rotos todos los vínculos en que principalmente apoya su conjunto admirable la sociedad cristiana. ¡Oh!, si en el santo polvo a que se reduce la carne y los huesos de tantos hombres arrastrados a la muerte por el fanatismo y los rencores políticos, quedase un resto de vida, ¡cuántas íntimas reconciliaciones, cuántos tiernos reconocimientos, cuántos perdones no calentarían el seno helado de la fosa, donde el insensato cuerpo nacional ha arrojado parte de sus miembros, como si le estorbasen para vivir! Y si la eterna vida disipa las

nieblas que oscurecen aquí el pensar de los hombres, ¡cuántos seres habrá que, en la desolación de la impenitencia y en su solitario vagar por la desconocida esfera, maldecirán la mano corporal con que hirieron el uno al hijo, el otro al hermano! La actual guerra civil, por sus cruentos horrores, por los terribles casos de lucha entre hermanos, y aun por el fanatismo de las mujeres, que en algunos lugares han afilado sonriendo el puñal de los hombres, presenta cuadros ante cuyas encendidas y cercanas tintas palidecerán, tal vez, los que reproduce el narrador de cosas de antaño. El primer lance de este gran drama español,^{p. 190} que todavía se está representando a tiros, es lo que me ha tocado referir en este, que, más que libro, es el prefacio de un libro. Sí: al mismo tiempo que expiraba la gran lucha internacional, daba sus primeros vagidos la guerra civil; del majestuoso seno ensangrentado y destrozado de la una salió la otra, cual si de él naciera. Como Hércules, empezó a hacer atrocidades desde la cuna.

Púsose en marcha el largo convoy bastante después de media noche. Todo el camino real, desde las últimas casas de Aríñez hasta Gomecha, estaba ocupado. ¡Con cuánta ansiedad veían que España se iba quedando atrás las infortunadas familias que buscaban un refugio en Francia!

—Si podemos llegar a Vitoria —decía Jean-Jean, que iba a caballo junto a Monsalud en la retaguardia—, estamos en salvo. Allá se las entiendan el rey y el mariscal Jourdan con Wellington y Hill. ¡Gran batalla tendremos hoy!... Pero créeme: daría una de mis manos por no verla.

—Han dado orden de marchar más a prisa, señor Jean-Jean —dijo Salvador—. La cosa apremia. Usted da una mano por no ver esta batalla, y yo daría las dos por verla.

—¡Oh, joven Bayardo, caballero sin mancilla! ¿Sabes lo que es una batalla? Un engaño, chico, una farsa. Los generales embaucan a los pobres soldados, les hablan de la gloria, les arrastran a la barbarie, les hacen morir, y luego la gloria es para ellos. Pónense a mirar la batalla^{p. 191} desde una altura lejana, a donde las balas no llegan, y echando el anteojito a un lado y otro, hacen creer a los tontos que están observando distancias y calculando movimientos. Así como los nigromantes hablan de estrellas, ciclos, conjuros para engañar a los necios, los generales hablan de paralelas, ángulos, cuñas, etc..., y hacen garabatos en un

papel... ¡Oh, yo he medido la Europa con el compás de mis piernas; yo he escupido mi saliva en el Austria y en la Rusia, y sé lo que es una acción de guerra! Después que los unos han destrozado a los otros a fuerza de brazo, porque aquí todo se hace a fuerza de puños, el general recorre a caballo el campo de batalla, y con sonrisa hipócrita da gracias a los soldados; manda que se asista a los heridos, y los cirujanos empiezan a trabajar en la carne como los ebanistas en la madera. Enterramos a los muertos, damos una muleta a los cojos y una venda a los ciegos. Nuestros nombres no se escriben en ningún monumento, ni nadie los sabe, ni los pronuncia más boca que la de nuestros compañeros. No así el general, que se pone un calvario en el pecho, y se echa auestas un título como una casa, de tal modo, que si hoy derrotásemos a ingleses y españoles en cualquiera de estos sitios que atrás dejamos, no faltaría un general que se llamase mañana *Duque de Subijana de Álava*, o *Príncipe del Zadorra*. Luego viene la historia con sus palabrotas retumbantes, y entre tanta farsa caen unos reyes para subir otros, sin que el pueblo sepa por qué, y los políticos hacen su agosto chupándose^{p. 192} la sangre de la nación, que es lo que a la postre resulta de todo.

Iba a contestarle Salvador, cuando una sonora y fresca voz de mujer gritó:

—Señor Monsalud, señor Monsalud, ¡gracias a Dios que se le ve a usted! ¡Qué prisa tiene el caballerito para dar cuenta de los encargos que recibe!... ¡Oh, qué prisa, sí!

Monsalud, a pesar de la oscuridad, distinguió perfectamente un rostro femenino que por la portezuela de un coche asomaba, acompañado de una mano con quiroteca, cuyos dedos pajizos se movían saludando de una manera apremiante y afectuosa.

—Perdone usted, señora doña Pepita —dijo el militar acercando su caballo al vehículo—. Hace dos días que no la veo a usted por ninguna parte. ¿Y el señor oidor cómo sigue?

Un rostro acartonado y marchito, en cuya superficie brillaban con chispa mortecina dos tristes y ya muy viejos ojuelos, apareció un momento en la portezuela, y una voz fatigada pronunció estas palabras, que parecían una especie de limosna oral:

—Buenos días tenga el señor sargento Monsalud.

Y desapareció luego dentro del coche.

—¿Apostamos —dijo la dama sonriendo— a que no me compró usted en la Puebla los polvos *a la marechala* que le encargué, ni las pastillas de malvavisco?

—Señora, ya sospechaba yo —repuso el joven— que en la Puebla no habría cosas tan finas.

p. 193—¡Ah, tunante! —exclamó ella, amenazando festivamente al joven con su descomunal abanico cerrado, que esgrimía como si fuese una espada—. Disculpas... Y hablando de otra cosa, ¿cuándo llegaremos a Francia?

—Pronto, señora. Si hay batalla al romper el día, como dicen, nosotros habremos ganado de aquí a esa hora mucho terreno, y nadie nos estorbará el paso.

El oidor dejase ver de nuevo. Era un varón de años, flaco o indolente, enfermo tal vez, y parecía muy aburrido del largo viaje.

—¡Batalla al romper el día! —dijo frunciendo el ceño—. Me parece que principia a despuntar la aurora. ¿Y hacia dónde es esa batalla?

—Hacia ninguna parte, hombre —repuso con desdén y superioridad doña Pepita—. Tu gran miedo te hace ver batallas en las puntas de los dedos. ¡Qué aburrimiento! No se puede ir contigo a ninguna parte... Recuéstate en el coche y calla, o me enojaré.

—¡Todo sea por Dios! —murmuró el oidor sepultándose en el coche.

—No se descuide usted en avisarme todo lo que ocurra —dijo la dama alzando la voz, cuando por uno de los movimientos tan propios de una marcha, el coche se alejó bastante de los jinetes.

Monsalud la saludó con galante sonrisa, mientras Jean-Jean le decía:

—Si esa señora doña Pepita, tan garbosa, con su grueso lunar velludo en la barba, sus buenas carnes, sus ojos negros, su cara un tanto arrebolada y sus quirotecas amarillas, me^{p. 194} hubiese mirado a mí desde la portezuela, apuntándome con su abanico y haciéndome preguntas diversas desde que salimos de Valladolid, a estas horas, joven guerrero, ya nos trataríamos de tú, y todos mis compañeros envidiarían al sargento Jean-Jean. Verdad que yo soy hombre muy circunspecto y no he querido decirle una sola palabra, además de que no es de caballeros quitarle su conquista a un camarada; que si llego a hablar con ella, y echo mis visuales, y disparo los tiros de mi galantería, y trazo mis paralelas, y lanzo los escuadrones, y enfilo las piezas, y pongo el sitio en regla, Monsalud, en dos horas es mía la plaza; en dos horas hago yo lo que a ti

te costará dos meses... ¿Pero en qué piensas? ¿Estás mirando las estrellas que desaparecen?... Salvador, Salvador, despierta, que estoy hablando; está hablándote todo un Jean-Jean.

Profundamente abstraído y meditabundo, Monsalud había olvidado a doña Pepita, al oidor y a Jean-Jean. Poco después de este ligero incidente, la claridad del día empezó a derramarse por tierra y cielo, bañándolo todo con las dulces y frescas tintas de la mañana. El sereno firmamento parecía suspendido sobre la frente del mortal para presidir y proteger su alegre vida, sublimada por el trabajo, por la virtud, por inocentes y castos amores. El campo estaba impregnado de la placentera atmósfera que por el aliento penetra hasta nuestro corazón, inundándolo de felicidad, o, si así puede decirse, aromatizándolo, pues parece que balsámicas esencias penetran hasta lo más hondo^{p. 195} de nuestro ser, sacudiendo los sentidos y despertando el alma con el estímulo de vagas emociones. Las altas montañas y los verdes prados se aclaraban, disipada la niebla que los cubría, mostrando su lozano verdor, compuesto de mil y mil hojuelas húmedas, que tiritaban al roce del viento. Poco después los rayos del sol se introducían por todas partes: en el seno de las nubes, entre el follaje de los árboles, en los infinitos huequecillos de los arbustos y las piedras, en la profunda masa cristalina de las aguas del río. Todo tomó color, y con el color la grandiosa existencia del día. ¡Ah!, si queréis conservar la dulce paz en vuestra alma, cerrad los oídos... Estrepitosos cañonazos resonaron a lo lejos, y el convoy entero, como si obedeciera una orden, se detuvo.

Por algún tiempo no se oyó en todo el espacio ocupado por tantos carros y hombres el más ligero rumor; pero no tardó en producirse de un extremo a otro discordante algarabía.

—Dicen que no se puede pasar de Gamarra... Los ingleses están atacando a la Puebla... También hay batalla por Subijana... y en Avechuco... y en Crispijana.

Estas frases se repetían, pasando de boca en boca, y dando ocasión a multitud de preguntas que no eran nunca bien contestadas. La respuesta aumentaba la confusión.

—¡Patarata! —exclamaba un jurado de los más vehementes, el cual había aprendido pronto la fanfarronería francesa—. El general Clausel, que está en la Puebla, les enseñará lo que pueden tres ingleses contra un

solo francés. ¿Y p. 196 qué nos puede importar la Puebla si queda atrás? Adelante.

Pero los carros y coches no obedecieron la enfática orden del bravo dragón, permaneciendo tan quietos cual si los clavarán en el suelo. El día había aclarado completamente, permitiendo ver la palidez y la extrema ansiedad de todos los semblantes... De pronto una voz pavorosa recorrió de un extremo a otro la línea del convoy, repitiendo:

—No se puede pasar. Crispijana ha sido atacada, y los ingleses y los guerrilleros han aparecido por Gamarra...

La configuración del camino por donde intentaba marchar el convoy era la más a propósito para infundir miedo a los viajeros. Altos cerros a un lado y otro formaban un estrecho callejón tortuoso, por cuyo fondo el camino y el Zadorra culebreaban, estorbándose a cada paso. Frecuentemente pasaba el uno por encima del otro, cediéndole, ora la derecha, ora la izquierda. Aunque en la noche anterior se habían tomado todas las precauciones para el paso del convoy, ocupando las alturas, aquel repetido cañoneo que se oía más arriba ponía en gran inquietud a todos. Se temía que las fuerzas destacadas se hubieran visto en la necesidad de acudir en socorro de los de Crispijana o Gomecha... Por fin, después de una hora de ansiedad, moviose la larga procesión entre gritos de alegría. Mulos, caballos, bueyes y hombres dieron algunos pasos; después se volvieron o parar. Parecía una comitiva de entierro cuando el carro fúnebre se atasca.

p. 197 Pero transcurrido otro rato de ansiedades, de angustiosas preguntas y de mal humoradas respuestas, el dragón de mil patas marchó de nuevo con bastante prisa.

—¿Qué hay?... Señor Monsalud, una palabra por amor de Dios —dijo la oidora echando fuera del coche su ostentoso lunar, su franca sonrisa, su rostro todo, no pequeño ni falto de gracias por cierto, su abanico y sus quirotecas—. Cuénteme usted lo que ocurre.

—Cuéntenoslo usted —añadió el oidor asomándose también tras de su consorte.

—No hay nada que temer —dijo deteniéndose el jinete, que regresaba de la vanguardia del convoy—. Camino franco hasta Vitoria.

—Nos hemos detenido, señora —indicó Jean-Jean, metiéndose donde no le llamaban—, porque la vanguardia ha estado reconociendo el camino.

—La batalla está empeñada por aquí, a mano izquierda —dijo Monsalud extendiendo el brazo en la dirección indicada—, y se ha roto el fuego por tres puntos distintos.

—Por tres puntos distintos, señora —añadió el intruso Jean-Jean—. Quizás pasemos por sitios peligrosos. Si gusta la señora oidora, la acompañaré a la portezuela para preservarla de cualquier accidente.

—No, gracias, retírese usted —repuso la dama con desdén—. Señor Monsalud, ¿se marcha usted tan pronto? ¿Perderán esa batalla? ¿La perderemos? ¡Ay, no me diga usted que sí!... Engañeme usted por favor.

—¡Qué se ha de perder! —vociferó el francés.

p. 198—Señor sargento —dijo el oidor—, no se separe usted de nosotros. Mi mujer tiene un miedo espantoso.

—¡Oh, sí! —murmuró la dama.

—Si por desgracia nuestra nos viésemos en peligro...

—No, no se separe usted de nosotros, señor Monsalud —dijo doña Pepita—. Mi marido cobra alientos viéndole a usted tan cerca... podría ocurrir algún accidente funesto; que nos viésemos envueltos, comprometidos... ¡Cómo retumban los cañonazos en estas montañas!... Por Dios, señor Monsalud, distráigame usted, cuénteme cosas agradables para que con la conversación entretengamos y engañemos el miedo; hablemos de asuntos placenteros, graciosos y dulces, de esos que regocijan el espíritu y matan el hastío. Hágame usted olvidar que a dos pasos de nosotros se está dando una batalla... quiero estar alegre y reír... quiero olvidar y engañarme. Engañeme usted... ¡Oh, sí! Dígame usted que no tema, tranquilíceme. Pero no oigo lo que usted me dice... ¡Oh!, no tema usted alzar la voz. Mi marido no oirá nada: es un poco sordo.

XXII

La batalla en que doña Pepita no quería pensar, y en la cual nosotros no fijaremos tampoco mucho la atención, fue del modo siguiente:

p. 199Ya sabemos la dirección y traza del camino real de Miranda a Vitoria, que va orillas del Zadorra, rozando al pasar los lindes del

condado de Treviño. Hállanse en este camino los lugares de la Puebla, Aríñez, Crispijana y Gomecha, y después de deslizarse entre altos riscos, penetra holgadamente en la llanada de Vitoria. Ocupaban los franceses la orilla izquierda del Zadorra. Otro afluente del Ebro, el Bayas, y otro camino, el de Vitoria a Bilbao, servían de base al ejército aliado, que se extendía desde Murguía hasta cerca de Subijana de Álava. Dueños los franceses del camino de Burgos a Vitoria, tenían segura la retirada, así como los pasos del río, y una posición excelente en las alturas que rodean a la Puebla. Este camino, estos puentes y estas alturas eran lo que en la mañana del 21 empezaron a disputarse las tropas inglesas, portuguesas y españolas por diversos puntos y con rapidez y energía extraordinarias. El inglés Hill y el bravo español Morillo atacaron la Puebla y sus riscos eminentes, coronados por una fortaleza feudal de antiguo llamada *El Castillo*; el general Graham, con el guerrillero Longa, atacaron la derecha enemiga en el camino de Bilbao por Avechuco, y después por Gamarra Menor. Conquistados felizmente estos puntos extremos y altos, fueron atacados todos los pasos intermedios del Zadorra, el llamado Tres Puentes, Crispijana y Gomecha. Hubo en estos ataques alternativas sangrientas de fortuna y adversidad, porque los franceses los reconquistaban a medias después de perderlos, hasta que p. 200 definitivamente los poseían los aliados. Mientras estas luchas horribles ensangrentaban el Zadorra, hacia el Norte se daba la verdadera estocada de muerte, con el movimiento de avance del general Graham y del guerrillero Longa, que cortaron al enemigo el camino de Francia. Sin otra salida que el de Pamplona, precipitose por él todo el ejército, con José a la cabeza; mas si los hombres que aún tenían piernas pudieron escapar, no gozaron igual suerte la artillería y la impedimenta, que se atascaron en el camino, como los ratones con morrión al querer huir después de la batalla con las comadreas.

Tal fue, en breves términos, la de los aliados con los franceses en las inmediaciones de Vitoria, acción que tuvo, como todas las obras maestras, una gran sencillez. Si la he descrito a grandes rasgos, no ha sido porque en ella encontrase menos interés ni menos elementos para la narración que en otras funciones de guerra, a cuyo relato di anteriormente, si no gran interés, atención considerable. Me mueve a hacerlo así, el propósito de variar la materia de estos libros, dando en el presente la preferencia a una curiosa fase de aquella campaña y de

aquella guerra, cual fue la suerte del más rico botín que un ejército invasor se ha llevado consigo al abandonar el país expoliado.

En todas las batallas hay un interés subalterno que apenas menciona con desdén la historia, y consiste en las vicisitudes de aquel fondo positivo de toda contienda entre los hombres. En todas ofrece gran interés el drama^{p. 201} oscuro que se desarrolla dentro de la alforja grande o pequeña que los ejércitos llevan a la grupa. Mientras los generales se calientan los sesos haciendo cálculos tácticos, y mientras truenan la artillería y se destrozan las falanges, allá, en la cola del ejército, una ciudad portátil, llevada por mercaderes ambulantes, tiembla por su destino. Las tiendas, los bagajes, las cocinas, las cantinas, los equipajes, los coches, los botiquines, las camillas, representan la vida y la muerte. Son la suprema necesidad y el supremo peligro de la batalla. Sin esto no se puede vencer, y con esto no se puede huir.

Todo el interés de la batalla de Vitoria estuvo en la impedimenta. Hacia aquellos cofres tendiéronse anhelantes las manos crispadas de vencedores y vencidos. Podía decirse que aquel convoy era el resumen de la guerra, y que los franceses, al perderlo, perdían la tierra trabajosamente conquistada; al verlo tan grande, tan custodiado, creerían también que no pudiendo dominar a España, se la llevaban en cajas, dejando el mapa vacío.

Y a pesar de la ruda batalla empeñada a la izquierda, el pesado equipaje seguía adelante, avivando el paso todo lo posible. Era una tortuga impaciente y azorada que ansiaba resbalar como culebra; diríase que la zozobra y anhelo de los que en ella llevaban sus intereses, impulsaban la pesada armazón. Durante cuatro horas largas no ocurrió detención alguna; pero a medida que se acercaban a Vitoria arreciaba el tiroteo, hasta que llegaron^{p. 202} a un punto en que divisaron claramente y a corta distancia las columnas en movimiento y las baterías escupiendo fuego. Allí dieron las ruedas su última vuelta, y los caballos su último paso, y los cocheros su último grito, y el afligido corazón de los viajeros el último latido de esperanza. Todo acabó; había sonado la terrible sentencia: no se podía pasar.

—Señor Monsalud, eso que me contaba usted —dijo poco antes de la detención la oidora— es tan inverosímil, que si usted no lo afirmara como lo afirma, lo dudaría... ¿Ella misma gritaba que le matasen a usted?... ¿Pero qué es esto? Nos paramos otra vez.

—Otra vez, señora...

—Y ahora será para siempre —vociferó Jean-Jean—. ¡La batalla está perdida!

—¡Perdida! —exclamó doña Pepita, a punto que el oidor sacaba la cabeza pidiendo informes.

—¿Dicen que se gana la batalla?

—No, que se pierde —repuso la dama—. No seas impertinente, ni me estrujes el cabriolé... Por Dios, señor Monsalud, ¿nos abandona usted?... ¡Qué insoportable ruido! Parece que suenan mil truenos a la vez... Salvador, deme usted la mano, a ver si me infunde valor... ¡Por Dios, la mano!

—Una dama valerosa como usted no se asustará porque perdamos una batalla —replicó el joven, alargando su mano—. Ya ganaremos otra.

—La ganaremos, sí: ganaremos una hermosa batalla —dijo Pepita recobrando sus frescos colores—. ¡Cuán cansada estoy de la estrechez del coche!... Quisiera salir un momento, un momentito. ¿Nos detendremos mucho aquí?

—*Per secula seculorum* —gruñó detrás del coche Jean-Jean—. Esto se acabó.

—¡Qué confusión por todas partes! —exclamó Pepita—. Mi marido llora, señor Monsalud: es demasiado pusilánime. Supongo que no nos harán nada... ¿Será preciso huir?... ¡Oh!, huir, y ¿cómo?

—En el coche no es posible.

—Pero sí en un caballo, ¡ay!, en la grupa de un caballo... ¡Dios mío, cómo gritan! Pues qué, ¿se ha perdido toda esperanza?

El oidor exhibió nuevamente su fisonomía, en la cual una palidez cadavérica anunciaba el miedo causado por la peor noticia que un oidor ha podido oír en el mundo.

—¡Pie a tierra todo el mundo! —gritó una voz estentórea—. Las ruedas no pueden seguir...

—Aún hay zapatos y herraduras —clamó Jean-Jean.

Casi todos los jinetes echaron pie a tierra, y muchos viajeros arrojáronse fuera de los coches, despavoridos y aterrados. El concierto de imprecaciones y lastimosas quejas, excedía a todo encarecimiento.

—Salgamos también —dijo Pepita, llevando el pañuelo a sus ojos para enjugar una lágrima—. Pero me es imposible andar... Señor Monsalud, me desmayaré sin remedio... No se separe usted ni un momento de mí.

p. 204 El oidor salió del coche, y perezosamente estiró el acecinado cuerpo para devolverle su postura y forma prístina, semejante a la que tienen los mortales cuando no han pasado ocho horas dentro de un coche. No lo consiguió fácilmente el respetable varón, cuya figura, después que a sus anchas se desperezó y dejó caer los brazos y echó sobre las piernas el liviano peso del cuerpo, se asemejaba mucho a un gran paraguas cerrado.

—¡Esto es horrible, espantoso! —clamaba la dama—. ¿Y a dónde vamos? ¿Qué se hace? ¿Qué nos pasa? ¿Hay esperanza de seguir? ¿Nos quedamos aquí?... ¿Retrocedemos?... ¿Tomaremos un bocado?... ¿Nos cogerán los ingleses?... ¿Pues y nuestro dinero?... ¡Oh, señor Monsalud de mi alma, usted que es tan bueno y tan generoso, sálveme usted!

—No es tan desesperada nuestra situación —repuso el joven, notando que el cuerpo de doña Pepita, al buscar en su brazo indolente apoyo, no era un cuerpo de sílfide, de fantástica forma ni de imaginaria pesadumbre.

—¡Qué espanto!... —añadió la dama—. ¡Los hombres gritan y blasfeman!... ¡Las mujeres lloran!... ¡Qué desolación! Señor Monsalud, andemos un poquito para desentumecernos... Todos lloran la hacienda perdida... ¿pues y nosotros? ¡traemos tanta plata, tantas alhajas!... ¡Yo también lloro, Dios mío!... ¿Será posible que nos cojan esos perros ingleses?... Adelante; vamos por aquí... Busquemos a alguien que nos dé buenas noticias... no pueden ir las cosas tan mal como dicen... ¡Oh, los ingleses! p. 205 ¡Cogerla a una los ingleses!... pero no, mil veces no, valiente joven, usted me defenderá hasta morir... Me horripilo de pensar que un inglés pondrá la mano sobre mí... Sigamos más allá... ¿No habrá nadie que diga: «La batalla se ha ganado?...» Pero ¿dónde estamos? ¿Dónde está mi marido? ¡Se ha perdido!... ¡Le hemos dejado atrás! ¡Urbanito, Urbanito!

—El señor oidor habrá ido en busca del jefe para saber la verdad de todo.

—¡Oh, qué horroroso aspecto ofrecen estas pobres gentes!... Fíjese usted en aquella pobre mujer que abraza llorando a sus niños... Estos otros no hablan más que de huir... ¡Jesús crucificado! ¿A dónde iremos nosotros?... Será preciso abandonarlo todo... ¡Aquí están diciendo que no hay esperanza!... Allí gritan: «Sálvese el que pueda.» Mire usted a esos sacando atropelladamente su ropa de las arcas. Será preciso llevarlo todo

a cuestras... ¡Oh! Los que por allí vienen, ¿no son los heridos de la batalla?... ¡Malditos ingleses!... Por piedad, Monsalud, no me abandone usted... Es imposible huir en coche... yo no sé montar a caballo... ¿podré ir a la grupa?... ¡Qué desolación!... Vamos por aquí... Los gritos, las blasfemias, los juramentos de esos hombres desesperados que parecen demonios, me hacen temblar, y me pongo mala... Por aquí... ¡Qué bullicio, qué algarabía!... ¿Y mis alhajas, y mis encajes, y mis ropas?... Corramos allá, corramos... Mas no veo a mi marido por ninguna parte. ¡Urbanito, Urbanito!

—Vamos por aquí... En estos casos es triste^{p. 206} llevar consigo el valor de un alfiler. Pobre y desvalido yo, lo mismo tengo vencedor que vencido.

—¡Qué felicidad! —continuó la dama, que, por no encontrarse bien en ninguna parte, quería estar al mismo tiempo en todas—. Así quisiera ser yo: libre como el aire, y con la galana pobreza de los pájaros que no tienen más que un vestido, y a donde quiera que van llevan consigo todo su ajuar... Huyamos de este sitio. Los llantos de esas mujeres me hacen llorar también a mí... Dicen aquellos que los ingleses nos sorprenderán aquí... ¡Esto es espantoso! ¡Los ingleses, los guerrilleros!... Me parece que muchas personas han emprendido la fuga por el llano adelante... ¿No ve usted? Llevan un lío a la espalda, y los zapatos en la mano para correr mejor... Observe usted a aquel infeliz que se da de cabezadas contra un cañón... estos de aquí hablan de quitarse ellos mismos la vida... Por Dios, si forman de nuevo, no me abandone usted... deserte usted si es preciso, deserte. Si me veo sola, me moriré de pavor... ¡Yo que pensaba ir a Francia y regresar a Madrid para el otoño!... En medio de mis desgracias he tenido la sin igual ventura de conocerle a usted, de encontrar a un joven tan leal como modesto, que está dispuesto a ampararme contra esos vándalos de ingleses... Estos pobres jurados y míseros lacayos del rey José hablan de morir matando o abrirse paso por entre los vencedores... Les será imposible, ¿no es verdad? Por Dios, no se abra usted paso, no se abra usted paso y quédese aquí...^{p. 207} más vale rendirse... Ríndase usted; nos rendiremos los dos... Vamos..., no puedo ver tanta desolación... Escondámonos en algún sitio... ¿Ve usted a mi esposo?... Busquémosle... Es capaz de dejarse dominar por la desesperación, y hará alguna locura... ¿En dónde dejamos nuestro coche?... Aprisa, aprisa, señor Monsalud;

sosténgame usted si me caigo; creo que me caeré, sí... Me caigo sin remedio... ¡Dios mío! ¿No le parece a usted que voy a caerme?

XXIII

Pero no se cayó. Corrieron ambos por entre la revuelta masa de gente y vehículos, espantados una y otro del triste espectáculo que el detenido convoy ofrecía, y antes que refiramos lo que resultó de su improvisada amistad y de las extrañas vicisitudes del viaje, es de todo punto indispensable advertir que esta gallarda dama del lunar pertenecía a la familia de Sanahuja, no siendo ella misma desconocida para nuestros lectores, pues algún incidente de sus verdes abriles tuvo cabida en otro libro.^[2] Enteramente nuevo para mí y para los que me leen es el oidor; pero recientemente han llegado a estas manos documentos y apuntes, cuyo interés me mueve a asegurar^{p. 208} una poderosa intervención de este personaje en las páginas que leerá el que las leyere. Por ahora solo corresponde decir que en aquel tumulto de lágrimas y blasfemias, de desesperación y hondo desaliento, el jurado y doña Pepa buscaban a Urbanito por todas partes, sin que Urbanito pareciese.

^[2] *El Audaz.*

Entre tanto, un suceso importante y decisivo llevó al último extremo el terror de los infelices empleados, bagajeros y conductores, y fue que por el llano adelante aparecieron varias columnas francesas marchando en desorden y con precipitación. Aparecieron luego caballos a escape, cubiertos de espumoso sudor, anhelantes y como poseídos de insensata cólera, y después muchos heridos transportados en camillas o en palanquines, o simplemente cargados entre dos por los hombros y los pies. Tras esto sintiose el rodar estrepitoso de cañones.

—¡Paso, paso a la artillería! —gritó una voz que parecía un huracán.

Los carros que obstruían el camino procuraron abrir calle; pero si lo consiguieron en un pequeño trecho, después los cañones tuvieron que hacer alto. Juraban los artilleros y votaban los carreteros. Los de infantería, desparramándose a un lado y otro del camino, siguieron

adelante. La velocidad adquirida en los primeros momentos de la retirada era tal, que no podían contenerse, y miraban hacia atrás, creyendo sentir en sus espaldas las herraduras de la caballería inglesa.

Los heridos fueron depositados en tierra, y^{p. 209} cuando el furor de las armas había cesado para ellos, sacaron las suyas los cirujanos. Con la presteza inconcebible que ponen en sus operaciones los físicos de los ejércitos, se atendió a todos ellos. Vendajes, emplastos, amputaciones, cuantos remedios se aplican a la persona humana después de una batalla fueron aplicados sobre el suelo y al aire libre. Corría la sangre sobre las camillas y por la tierra; pero los lastimeros ayes de los infelices que habían sido mutilados por el cañón y la fusilería no eran más que un accidente superficial en aquel tumulto de tan diversos ruidos compuesto, en aquella atmósfera de pánico que se extendía por todo el camino hasta más allá de Vitoria. Era de ver la frialdad de los cirujanos disponiendo se cortase un brazo o pierna, haciendo brillar a la luz del sol el fúnebre esplendor de sus instrumentos para no dar tiempo a la víctima ni aun a quejarse de su malhadada suerte. En aquella carpintería de carne humana no había consuelos morales ni físicos para el infeliz paciente, narcóticos ni atenuantes, sino la crueldad fría, desnuda, impasible, de la ciencia quirúrgica, que, como su parienta la ciencia militar, no repara en la carne y sangre de los hombres para ir a su fin.

Conforme los curaban, mal o bien, los iban trasportando a otro lugar, o a los carros que habían de llevarles a paraje más seguro; pero llegaron tantos que los cirujanos no pudieron atenderles, aunque tenían las mejores manos del mundo. Arrojados de aquí para allí, clamaban al cielo; pero el cielo debía estar ocupado^{p. 210} en otra cosa, porque no les hacía caso.

Por otro lado ocurrían parecidas escenas, porque si el ejército de Gazán emprendió su retirada por el lado de Berrosteguieta, cerca de donde estaba el convoy, los de Erlon y Reille lo hicieron más allá de Vitoria; así es que en una extensión de dos leguas largas se ofrecía el espectáculo de los soldados furiosos abriéndose camino por entre un dédalo de carros y cureñas, furgones, ambulancias y coches de viaje, cirujanos ocupados, y heridos que no podían moverse.

Aunque en todo el camino reinaba gran confusión, pudo oírse y generalizarse la orden de que la retirada no se emprendiera por el camino de Francia, sino por el de Salvatierra y Pamplona. Esto parecía una

salvación, y muchos vehículos y casi toda la artillería se dirigieron allá; pero la mala estrella de los franceses en aquel día quiso que el camino de Salvatierra estuviese lleno de zanjás y cortaduras hechas por los guerrilleros de Mina y Longa poco antes para molestar a Foy y Abbé, por cuyo motivo ninguna rueda pudo pasar más allá de Harrazo. En el camino de Francia seis o siete coches de lujo, seguidos de otros carros con equipajes y gran repuesto de víveres finos, pugnaban por retroceder hacia Vitoria para tomar la vía de Salvatierra; pero no les fue posible abrirse paso. Eran los carruajes de José y su comitiva, que, dispuestos a la cabecera del convoy para emprender la retirada hacia el Norte, habían tropezado con las tropas de Graham y Longa.^{p. 211} Hacia las tres de la tarde la irrupción de soldados en retirada aumentó de una manera horrorosa. Hambrientos y abrasados de sed, se abalanzaban a las cajas de víveres y a las cantinas, arrebatando entre aullidos siniestros todo lo que hallaban al alcance de sus manos. Agotado todo, las tropas se apoderaban de los víveres de los particulares, penetrando brutalmente en los coches para arrancar el pedazo de pan de las manos de un niño o de una mujer. No pudiendo seguir el camino, saltaban los setos y se esparcían por los sembrados en varias direcciones, siguiendo todas las veredas, con tal que llegasen a parajes lejos del malhadado Zadorra.

Pero cuando el tumulto, el delirante estrépito y el barullo llegaron a su colmo, fue cuando aparecieron, procedentes del campo de batalla, veinte o treinta piezas de artillería, furiosas, ardientes, impetuosas, no hallando ante sí bastante camino para volar; arrastradas por caballos locos, verdaderos dragones cuyo resoplido quemaba y que parecían llevar en sus venas todo el fuego que inflamara los aires durante la batalla. Aquellas máquinas, simulacro de las ignotas fuerzas que en el cielo producen el trueno y el rayo, huían para no caer en manos del enemigo. Los artilleros, semejantes a fabulosos aurigas, herían los caballos con el látigo primero, y después con los sables, para precipitarlos en delirante carrera. Todo lo atropellaban ante sí por salvarse. Si un grupo de heridos o de familias desvalidas se interponía en su camino, las ciegas máquinas,^{p. 212} compuestas de cureña, cañón, artilleros y caballos, pasaban por encima de los cuerpos humanos, como el brutal dios de la India. Las ruedas, lanzadas en furioso torbellino exterminador, dejaban hondos surcos en el suelo, aplastando todo lo que se les ponía por delante: la yerba y el hombre.

Chirrido de metales que juegan y chocan entre sí, de cadenas que se rozan, de ejes que vibran, de clavos que saltan, de tornillos que se aflojan, de cacharros de metralla que suenan unos contra otros como los cascabeles de un bufón se mezclaba a los indescriptibles rumores de las balas que iban saltando dentro de las cajas, tocando infernal música al compás de la marcha; se mezclaba al golpear de los escobillones, cuyos mangos batían contra el maderaje de la cureña; al chasquido de cien látigos que culebreaban en el aire estallando como cohetes; a los gritos de los que querían imprimir a las máquinas fugitivas el rencor, la angustia y el pánico de sus inflamados corazones.

Tras aquellas piezas vinieron otras. Calientes aún sus bocas vueltas hacia atrás, parecía que exhalaban, con los últimos vapores de la pólvora y el último mugido del disparo, sorda imprecación. Treinta, sesenta, cien cañones huían desesperados: al verlos y al oírlos, creeríase que el trueno, tomando la odiosa forma de gigantesco pólipo de hierro, se arrastraba por la tierra. Las peñas de los montes desgajándose, cayendo sobre el llano y saltando en desesperado juego y carrera infernal por arte^{p. 213} del demonio, no hubieran causado más espanto. Mientras la infantería continuaba en el fuego, dando tiempo a que el cuartel general y los cañones se pusiesen en salvo, estos ocuparon todos los huecos que quedaban en el camino, y algunos, destrozando cuanto hallaron al paso, pudieron ponerse en primera línea. Los demás, aprisionados al fin entre millares de ruedas de pesados bagajes y enormes fardos, se atascaron en el camino, agolpándose unos contra otros.

Entre la aglomeración de obstáculos producida por tanta maquinaria inútil, las infortunadas familias afrancesadas y los conductores del convoy formaban grupos aflictivos, parte en el camino, parte en los sembrados, y entre lágrimas y lamentos se consultaban sobre la determinación que debían tomar en tan extremado conflicto. Unos creían conveniente abandonarlo todo y huir para salvar lo más importante, que era entonces, como siempre, la vida; otros aseguraban que por nada del mundo abandonarían su fortuna. Muchos, encontrando una solución salvadora en medio del general azoramiento, habían echado a tierra los baúles, y abriéndolos sacaban de ellos lo más valioso, llenándose los bolsillos y haciendo líos con lo de poco peso. Hombres y mujeres, soldados y paisanos se consultaban, se movían de aquí para allí, repartíendose lo que habían de llevar, aconsejándose unos a otros,

animando los valerosos a los débiles, ayudándose en lo que podían. De pronto se oyeron en la parte del camino, más ^{p. 214} allá de Vitoria, las tremendas voces de «¡Paso, paso!»

Algunos caballos de la guardia se esforzaban en cortar el apretado gentío, y se precipitaban relinchando, aguijoneados por la espuela. Viendo los jinetes que era imposible abrir paso, esgrimieron los sables, y descargando furibundos tajos a diestro y siniestro sobre soldados, paisanos y mujeres, gritaron:

—¡Paso, paso al rey!... ¡Paso al rey!

La multitud gimió azotada con látigo de acero, y prorrumpió en imprecaciones contra José.

—¡Paso al rey! —repetían los de la guardia.

Exasperados por la resistencia, redoblaron su furor, y cargando sin piedad, aquí machacaban una cabeza, allí hundían un pecho. Arremolinándose a un lado y otro y aplastándose contra los coches, la turba se desgajó, y en su angustioso seno pudo abrirse un surco: por una calle de maldiciones, de odio y de sed de venganza, pasó a caballo un hombre pálido, con el negro y abundante cabello en desorden, fruncido, el ceño, trémulas las manos. Era José, que no había podido salvar sus coches, y huía a uña de caballo por donde Dios le encaminase, llevando en su alma todas las congojas de sus cinco años de fúnebre reinado.

Los que le abrían paso lograron encontrar salida al campo libre a la derecha del camino. Seguido del general Jourdan, que se había olvidado el bastón, y de otros generales que olvidaron el sombrero, y aun de otros que no se acordaban del honor, corrió por allí José ^{p. 215} lanzando su caballo a todo escape, aterrado, jadeante, sin serenidad, como el asesino que acaba de cometer un gran crimen y huye de su perseguidora conciencia.

Poco después de este suceso llegó el momento supremo de aflicción para los del convoy, para los artilleros, los infantes y todos los que no podían ponerse en salvo.

Una voz, cien voces gritaron con ronca desesperación:

—¡Los ingleses... los guerrilleros!

Allá lejos, hacia Vitoria, entre las columnas de infantería que se acercaban con el mayor orden posible, viose una multitud de jinetes. Brillaban en alto los sables, y los veloces caballos avanzaban con rapidez extraordinaria. Ya no quedaba más recurso que huir abandonándolo todo.

¡Horrible determinación! Viose a los artilleros desenganchar los atalajes; viose a los carreteros disponiéndose a salvar sus caballerías. Las cureñas y cajas, los furgones y las ambulancias, los coches y carromatos quedaron en un instante libres de correajes y cuerdas. Todo lo que tenía pies se puso en marcha. Aquello era un río de gente y caballos, atropellándose en violenta confusión a la desbandada. Ciento cincuenta cañones, doscientos carros de municiones y los innumerables equipajes y vehículos particulares quedaron abandonados. Sobre un solo caballo se enracimaban hombres y mujeres, empujándose para descargar el peso de aquellas tablas de salvación. El que lograba apoderarse de un caballo, defendía la grupa a puñetazos y a tiros. No había prójimo: ^{p. 216} reinaba el egoísmo en su brutalidad instintiva, y se luchaba por el caballo como en naufragios por el bote. El que caía, caía.

Apartados del camino, junto a un montón de cajas y bagajes, se encontraban tres personas que ya conocemos.

—No, no puede usted huir —decía la dama deteniéndole enérgicamente al joven y haciendo violenta presa en sus dos brazos—. ¡Qué felonía! ¡Dejarme sola!... ¡Mi pobre marido no podrá defenderme!... ¡Oh!, llora como una mujer y se arrastra por el suelo, pidiendo a Dios misericordia, sin poner nada de su parte para conjurar este gran peligro.

—¡Señora, señora!... ¡Los ingleses! ¡Los guerrilleros!

—Sí..., ya los veo... Es preciso huir... Pero ¿cómo? No hay un solo caballo.

—Corramos en busca del mío —exclamó el joven—. Lo rescataré a sablazos... Aún es tiempo.

—No... Mi esposo no puede moverse... ¿A dónde va usted?... Me quedo sola, Virgen de las Angustias, enteramente sola... Quédese usted, por Dios...

—Mi uniforme de jurado me pierde. No viviré ni un segundo después que me vean.

Con febril presteza, e iluminada por idea súbita, abalanzose la dama hacia el joven: arrojó en tierra el sombrero de este, desabotonó su levita con dedos más ligeros que el pensamiento, arrancó el uniforme como si fuera un pañuelo puesto sobre los hombros, arrancó el tahalí, la gola, el cinturón, la cartera, y en ^{p. 217} un instante no quedó sobre el cuerpo del infeliz renegado ni una sola prenda que indicara su filiación. Él la

ayudaba con igual rapidez. Las cuatro manos trabajaban en el desnudar y en el vestir cual si fueran cuarenta, y sin descansar arrojaban en tierra las prendas quitadas, sacando otras de los cofres para cubrir el transformado cuerpo; ataban las cintas, prendían los botones, abrían un hoyo en el suelo para sepultar las nefandas insignias, y lo cubrían con tierra. Las cuatro manos realizaron su obra en pocos minutos, y el renegado desapareció, dejando en su lugar a un joven que podía pasar por oidor en la sala de Mil y Quinientas. Luego las mismas cuatro manos trataron de levantar del suelo al infeliz Urbanito, que ya se creía comido por los ingleses.

XXIV

Los ingleses llegaron despiadados, horribles, hambrientos de matanza y de botín, como hombres que habían estado luchando todo el día por ambas cosas. Precipitáronse entre la multitud; mas como no podían avanzar a causa de los entorpecimientos del camino, les fue difícil perseguir a los fugitivos, y toda la saña recayó sobre los que no habían podido escapar.

El botín era el más valioso, el más rico y grande sin duda que en batalla alguna *hap. 218* podido quedar a merced de vencedor furioso. Componíase de cuanto existe: en él había armas, material de guerra, víveres, alhajas, dinero y hermosura. No puede formarse idea de la apasionada codicia, de la brutal concupiscencia, del vengativo ardor con que los ingleses primero y los guerrilleros después cayeron sobre el magnífico tesoro abandonado. La menor resistencia producía la muerte. En poco tiempo todas las cajas fueron abiertas, todos los tesoros aprehendidos, muchas riquezas holladas.

Joyas, ropas, telas finísimas, muebles, cuadros, plata labrada, monedas, víveres de lujo que constituían la despensa ambulante de José, fueron esparcidos por tierra; mil manos febriles arrebatában de un lado para otro los preciosos objetos. Según el genio de cada cual, así se iban derechos los unos al oro, otros a las mujeres, y algunos a destrozar por

puro instinto dañino cuanto veían delante. Entre las desgraciadas familias que se vieron en tan tremenda hora, hubo algún individuo que se dio la muerte antes que le pusieran la mano encima los feroces partidarios. Las señoras imploraban de rodillas piedad para sí y sus tiernos hijos, siendo muy contadas las que la alcanzaron. El vencedor es la más brutal e insensata bestia que engendra el mal en las tempestades humanas. Para esta electricidad furibunda que sabe elegir el sitio donde cae, no existe pararrayos.

En los primeros momentos, tanto salvaje atropello y brutal codicia produjeron un tumulto^{p. 219} horroroso, en el cual los lamentos de mil y mil víctimas no permitían oír las voces y mandos militares. En la vasta extensión del camino, los soldados cometieron todo linaje de excesos, robando y asesinando. En vano algunos oficiales quisieron proteger a las infelices familias de paisanos: la soldadesca, aparentando obedecer, tan solo cambiaba la escena de sus infames tropelías. Por aquí un soldado avanzaba en irrisoria apoteosis esgrimando el bastón de mando del general Jourdan, jefe de Estado Mayor del ejército fugitivo; otro cubríase acullá con el sombrero de José Bonaparte, y un tercero repartía a sus camaradas las pelucas que en vistosa y variada colección llevaba en su equipaje otro familiar del pobre rey intruso.

Atreviose un sujeto de mal genio a descalabrar a cierto inglés, porque quiso posesionarse de la menor y más hermosa de sus hijas, y este rasgo de entereza costole la vida, salvándose su esposa, una de sus hijas y dos niños de corta edad, por milagro del cielo y la intervención compasiva de otros soldados. En lo de meter mano a los cofres de dinero, a los bolsones de cuero y a las cajas de guerra, que contenían inmensos caudales, distinguíanse principalmente los aldeanos de los alrededores de Vitoria y multitud de individuos de equívoca conducta que de la misma ciudad habían acudido.

Cuando la tristísima noche empezó a cubrir de oscuridades la fatal escena, mercaderes al menudeo, trajineros y gentezuela de esa que^{p. 220} acude a todos los desastres para pescar algo, se reunieron allí en gran número. Como estos lo querían todo para sí, hubo dimes y diretes y aun porrazos con ingleses y guerrilleros. Sin encomendarse a Dios ni al diablo, los aldeanos cargaban sus caballerías de objetos preciosos, como si todo cuanto allí yacía hubiera sido siempre de su exclusiva propiedad, y mientras tanto no cesaban de aclamar a Fernando VII como el más

grande de los reyes, al *lord* como el más insigne de los generales nacidos y por nacer, y a los guerrilleros como lo más selecto entre las hechuras de Dios.

Cuando la noche se oscureció más y la vergüenza de tales hechos tuvo un manto negro con que cubrirse, otros individuos de la peor calaña se ocupaban en desnudar a los muertos y en buscar anillos, relojes y dijes en el cuerpo de los heridos... Farolitos temblorosos, semejantes a las vagabundas claridades de un cementerio, rebuscaban con su luz siniestra por aquí y por allí, iluminando semblantes lívidos y destrozados cuerpos. Por otro lado, los que habían recogido gran cantidad de dinero en duros españoles, se ocupaban en cambiarlos por oro a los ingleses, los cuales, como buenos mercaderes en toda la extensión del globo terráqueo, se hacían pagar la guinea a ocho pesos. Había quien acaparaba todas las ropas, ora sacándolas de los cofres, ora arrancándolas del cuerpo de vivos y muertos. Porque nada faltase, hasta hubo quien hizo acopio de la pólvora de los furgones, para venderla después a los guerrilleros^{p. 221} de la Montaña y el Páramo. El vino obtenía preferencia y primas escandalosas, y toda la carretería y recuas de Vitoria tuvieron en qué ocuparse. Muchos aldeanos se enriquecieron con la rapiña de aquella noche, y en Álava y la Rioja existen todavía familias ricas, cuya fortuna proviene de la batalla de Vitoria.

En cambio, si gran parte del gentío de Vitoria y de sus inmediaciones había acudido allí para recoger los restos del naufragio, muchas personas llegaban impulsadas por la simple vehemencia personal de la guerra, para contemplar el odioso imperio derrotado y sus armas perdidas; para gozar en el mísero castigo de los malos patriotas y escupir los avergonzados semblantes de los traidores. Cuentan que algunos renegados a quienes no fue posible ni huir, ni cambiar de vestido, recibieron rápida muerte todos juntos en fiera hecatombe, sin que les valiese la ardiente protesta de abjurar y volver a los amores de la patria. Una mujer furiosa cayó sobre el grupo que formaban aquellos infelices implorando piedad, y alzó en su mano vigorosa un puñado de cabellos. Rugiendo los enseñó a la muchedumbre. Otras mujeres de las cercanías que acudieron a vociferar sobre el cadáver de la Francia vencida, habían mandado a sus hijos a las guerrillas, y algunas de ellas los habían perdido. Bravas como guerreras y resentidas como leonas, cobraban de tal manera sus deudas de sangre.

En la oscuridad de la noche los chillidos de las mujeres semejaban la algazara de pájarosp. 222 rapaces picoteando aquí y allá, batiendo las fúnebres alas, destrozando con la inquieta garra. Sin callar un momento, algunas ayudaban a los hombres en el despojo, examinaban una tela ponderando su finura, recogían herramientas abandonadas, sin dejar de responder con agudos vivas a todo lo que berreaban sus hermanos, sus padres o sus hijos.

Dos o tres de estas matronas discutían el modo de conducir cierta cantina ambulante que se habían apropiado, cuando se les acercó una afligida dama que parecía ser de las del convoy. Era hermosa, aunque la palidez y el susto disimulaban su belleza. En su cabellera abundante y en su vestido no había más que desorden, un desorden de naufragio que daba más interés a su abatida persona, y con sus manos sin quirotecas se apretaba contra el pecho un chal, no bien puesto y sin duda arrebujaado con precipitación al salir de su escondite.

—Señoras —dijo acercándose con timidez a las que tomaban el tiento al tonelete de la cantina—, si tienen ustedes corazón, si son ustedes mujeres, y tienen hijos, padres, esposo, denme un poco de agua para unos pobrecitos que se mueren de sed allí donde están los arcones grandes.

—Miren la pazpuerca —gritó una de las del grupo, que era tabernera en el barrio de Villasuso en Vitoria—. Teniendo, como tendrá, todo lo que ha robado, viene a pedirnos limosna.

—Yo no he robado nada, señora —repusop. 223 la dolorida envolviéndose en el chal con todo el empeño que el pudor y el fresco de la noche exigían de consuno—. A mí sí que me han quitado cuantas alhajas y dinero tenía; pero no me quejo, ni acuso a nadie.

—Ladrón que roba a ladrón...

—Por una casualidad nos hemos encontrado mi marido, mi hermano y yo en este funesto lance —prosiguió la dama—, porque ninguno de los tres somos ni hemos sido jamás afrancesados. Españoles rancios somos los tres; íbamos a Francia (a donde mi marido llevaba una comunicación secreta de la Regencia para el rey Fernando), y quiso nuestra infeliz suerte que nos juntásemos aquí con el malhadado convoy que ayer pereció... y nos tomaron por familia de empleados traidores... Pero no he sido yo tampoco de las peor tratadas (porque al punto me conocieron los oficiales ingleses, muchos de los cuales han frecuentado mi casa en Madrid), y he podido conservar alguna ropa... Otras pobrecitas señoras

están allí envueltas en una sábana. ¿No les da a ustedes lástima? ¿No me favorecerán con un poco de agua, y si es posible un poco de comida para mi esposo, secretario del Virrey del Perú, y para mi hermano, el veedor que era en Zaragoza cuando la célebre defensa?

Las tres alavesas se miraron como consultándose sobre lo que habían de hacer.

—La verdad es —dijo una con ínfulas de autoridad sobre las otras— que si no miente la señora en lo que ha dicho y hubo casualidad, bien se le puede dar lo que pide.

p. 224—¿La vamos a creer por lo que diga? —indicó otra.

—No pido más que agua, señoras caritativas; agua por amor de Dios.

—Él la ampare.

—Bien poco es lo que pide —dijo la tercera que hasta entonces callara—. Y pues pasó ya el laberinto, hagamos una obra de misericordia. Aquí donde me veis, yo que tuve alma para arrastrar a un jurado desde el camino hasta el árbol donde le ahorcaron, me muero de pena oyendo a esta señora... Allá va el agua... y aguardiente... y estas cortezas de pan... y estas sardinas rancias... y tres pares de guindas... y una pata de gallina fiambre, que estaba en el *botiquín* del rey.

La dolorida iba recogiendo lo que la mujer indicaba al tiempo de dárselo, y corrió a donde aguardaban muertos de hambre y de sed el secretario del Virrey del Perú y el veedor de Zaragoza.

XXV

Tras la noche triste apareció el día triste también y empañado con densas neblinas. Mientras gran parte del ejército victorioso perseguía al francés por el camino de Salvatierra, el lugar donde pereció el convoy se trocaba en un campo de feria. En todas partes se hacían^{p. 225} tratos y cambios, según los negocios de cada uno. Los ingleses concretaban todas sus operaciones al numerario, despreciando las especies. La joyería había desaparecido como por encanto, sin que se supiese quiénes fueron los acaparadores de tan estimable artículo. En plata labrada aún quedaban

algunas existencias por la mañana; y como entre ellas no escaseaban las obras de arte ni en el ejército inglés los anticuarios, hubo pieza que valió a sus primitivos tomadores guinea sobre guinea.

Pero la gran mayoría de los objetos, especialmente los que eran de fácil transporte, desaparecieron en la noche. No se han visto manos más listas, ni mayor diligencia en hombres y mujeres para hacer la mudanza. Por fortuna para las artes, la parte del convoy que contenía los grandes cuadros, pudo ser salvada por haber salido de la Puebla con el general Maucune doce horas antes que los demás. Perdiéronse por entonces para España tan incomparables tesoros; mas no se perdieron para el arte, siendo en verdad providencial que se salvaran, y que, restaurado alguno de ellos, volviesen todos acá tres años después.

Ya entrado el día, muchos vecinos acomodados de Vitoria salieron para ver el campo de batalla y el lugar del convoy, que principalmente despertaba la curiosidad. Viéronse llegar frailes de distintas órdenes, canónigos de la Colegiata, señores muy graves acompañados de damiselas sensibles, jóvenes currutacos, viejos verdes y maduras matronas, todos medio locos de entusiasmo por la gran^{p. 226} victoria alcanzada. Iban de ceca en meca sonriendo ante los estragos, y haciéndose señalar por los aldeanos los lugares que fueron teatro de acontecimientos trágicos durante la batalla. El campo del convoy, ya convertido en feria, fue por su proximidad a Vitoria más visitado, y a cada momento llegaban a él alegres parejas, familias, tríos de canónigo, fraile y regidor, con más algunas damas sueltas, es decir, que no iban con nadie. Ninguno se retiraba sin llevar algún recuerdo, pareciéndose en esto a los modernos ingleses, o a los que llaman *touristas*, y los cascos de granada, las balas de fusil y hasta los botones de los uniformes de renegado pasaron a ser joyas históricas, destinadas a vincularse en el patrimonio de las familias. Aún existen en Vitoria muchos de estos pedacitos del gran desastre.

Diose orden de enterrar los cadáveres que en el llano del convoy había, no siendo tan fácil los del vasto campo de batalla, por ser en número de cuatro mil, juntas las pérdidas de unos y otros, pasando de diez mil los heridos. Mortificó a los curiosos el espectáculo de tanto hombre muerto, siquier fueran franceses y renegados, y muchos ofrecieron la cooperación de sus manos para echar tierra dentro de los hoyos que se tragaban tanta juventud desgraciada en vida y en muerte,

los amores de innumerables madres, tanta y tanta robusta vida nutrida en los pacíficos hogares para la paz y la felicidad.

Entre los curiosos que de Vitoria habían venido, era de notar un anciano de mucha^{p. 227} edad y poca andadura, con el cuerpo inclinado hacia adelante, la cabeza temblorosa, verdes espejuelos ante los ojos y apoyada la una mano en grueso bastón de nudos, mientras con la otra cogía el brazo de una linda joven rubia. Iban los dos por el camino adelante observando todo con curiosidad suma, siendo ella la que primeramente con sus volubles ojos veía los objetos y los señalaba después a la tardía atención del viejo. Él se regocijaba con la vista de tanto cañón tomado, de tanta riqueza rescatada, y a cada nueva sorpresa se deshacía en apolo^géticos comentarios de la destreza de lord Wellington, encomiando sobre todo el providente designio del Altísimo, que, como padre y ordenador de las victorias, nos había dado aquella tan completa y admirable.

—La causa de Dios triunfa y triunfará mientras haya soldados cristianos en el mundo —decía el abuelo a su linda nieta—. A estos desastres horribles son conducidos los que han intentado alevemente apropiarse nuestro suelo y mudar nuestras costumbres, haciéndonos de fieles piadosos, herejes corrompidos; de leales y pacíficos, revolucionarios y jacobinos.

—¡Ah, pobres muchachos! —exclamó la nieta, apartando con horror la vista de unos infelices cuerpos de jurados que eran conducidos a la sepultura—. Son renegados, papaíto, tienen uniforme verde, sombrero de piel con águila dorada, una cartera en la cintura con águila, y muchos botoncitos... también con águila.

—Sí, verás águilas por todas partes. Esos^{p. 228} hoyos se llenarán de ellas, y la tierra no podrá guardar en su seno tantas insignias imperiales. A eso está destinado el poder de Napoleón. Europa no tiene bastante tierra para sepultar el inmenso cadáver... En cuanto a los infelices jurados, son los que menos lástima me inspiran. Oye bien lo que te digo, hija mía; oye la voz de un anciano patriota, español y cristiano: además del infierno que existe para toda clase de pecadores, ha de haber uno con tormentos extraordinarios de inapreciable horror para los que hacen traición a su patria y a sus banderas.

—¡Otro infierno! —exclamó la muchacha con espanto, a pesar de que diariamente oía parecidos conceptos.

—¡Otro! Allá en lo profundo, los condenados ordinarios no han de querer habitar con los renegados y traidores —dijo el hombre decrepito, silabeando enérgicamente con sus gruesos labios—. Los renegados venden a sus hermanos, entregan a la patria al enemigo para que este la despoje y la deshonne a su antojo, extirpando en ella la fe religiosa, faro del mundo y único consuelo de las buenas almas. El traidor en esta guerra, donde se discuten las dos cosas más sagradas, es decir, el rey y la religión; el traidor en esta guerra, digo, es el más vil instrumento de Satanás. Solo le igualan en maldad los que yo llamo traidores y renegados en el campo de la ley, o para que me entiendas mejor, los que por favorecer hipócritamente a Bonaparte, introducen en España caprichosas leyes a estilo jacobino, y^{p. 229} constituciones, que son lazos tendidos a los pueblos por la herejía, por la licencia, por el democratismo, por la soberbia de los pequeños que quieren parecerse a los grandes, gritando y metiendo bulla... Pero Dios está con nosotros, hija mía. Dios es español.

—¡Dios es español!

—Dios, sí —añadió el viejo golpeando violentamente el suelo con su nudoso bastón—, y ya ves ahí los golpes de su mano protectora. Creo que, mediante la bondad divina y la espada del arcángel guerrero, el mal que aparece en nuestra leal España no tomará grandes proporciones. Abriránse muchos hoyos como ese, y esas bocas de la tierra española se tragarán a sus perversos hijos.

—¡Ay! —gritó la muchacha, temblando y agarrándose fuertemente al brazo de su abuelo—. Pero no es nada... nada, papaíto.

—¿Tienes miedo?

—No... —dijo la joven, reponiéndose de su sobresalto y turbación—, es que... no sé por qué me he estremecido toda y he sentido frío en el corazón al ver...

—¿Qué has visto? —preguntó el viejo deteniéndose.

—Todavía no han enterrado aquellas águilas, papaíto, aquellas águilas que brillan en los sombreros peludos, en las golas, y en las carteras, y en los botones... Sus alas abiertas, sus picos corvos, sus garras que aparentan un haz de rayos...

—¿Qué?

—Me dan miedo.

p. 230—¡Eres tonta! Adelante... Pero si no me engaño, ese que hacia aquí viene es nuestro amigo Carlos Navarro... Mira tú, a ver si me engaño...

Miraba hacia atrás la damita con la fijeza de una curiosidad vivísima. Su rostro había adquirido marmórea blancura.

—¿Por qué te detienes y miras hacia atrás? —gruñó el viejo sacudiendo el brazo—. ¿Dices que tienes miedo y miras, Jenara?... Te digo que observes si ese que se ha detenido junto a aquel cañón es Carlos Navarro, el hijo del desgraciado don Fernando Garrote.

—El mismo es —repuso Jenara observando.

—Vamos hacia él... ¡Pobre muchacho! Quizás no sepa todavía el desgraciado fin de su padre, asesinado en Aríñez por los vándalos.

Antes que nieta y abuelo llegasen junto a él, Carlos Navarro, que los vio, corrió a su encuentro. Su semblante estaba alterado por viva aflicción, y algunas lágrimas humedecieron sus ojos cuando tomó, para besarla, la mano del decrepito anciano, su amigo.

Vestía Navarro un traje que no era completamente militar, ni tampoco de paisano. Componíase de una blusa en cuyas mangas, a falta de charreteras, mostraban la arbitraria graduación del guerrillero galones diversos de plata y oro, puestos con arte y aun con cierta elegancia. Botas y espuelas muy finas eran distintivo de que guerreaba a caballo, y cubría la cabeza, no con los empinados morriones de la época, sino con una sencilla gorra verde de cuartel,^{p. 231} primorosamente bordada de oro. La sofocación del día anterior, y la pesadumbre recientemente recibida, habían dado a su rostro un tinte violáceo y como enfermizo, que parecía aumentar el negror de sus fieros ojos, afilarle la nariz y hacerle más grande la frente. Había en su cuerpo la indolencia de la victoria un poco enfatuada; pero aun así, por su alta estatura, airoso porte y grave semblante, era una de las figuras de más atractivo que podían verse.

—Señor don Miguel de Baraona —dijo con voz conmovida—, ¿ha venido usted desde Vitoria a ver el campo de batalla y el gran convoy ganado?

—Sí —replicó con entusiasmo el anciano, encendido su corazón con fuego juvenil—, he venido a ver vuestros triunfos, vuestras glorias, jóvenes sublimes, jóvenes admirables, ¡hijos queridos de España y de Dios! Ven acá —añadió echándole los brazos al cuello—, ven acá, y déjame que te estreche contra mi corazón: abrazándote, creo abrazar a

toda la España valerosa y cristiana. Me rejuvenezco, hijo mío. Que Dios te bendiga, que Dios te conserve. Tú y los tuyos sois instrumentos de su bondad divina, sois la imagen humana de su brazo omnipotente. Seguid en vuestra gloriosa, en vuestra santa tarea de limpiar esta cizaña, que no os faltará quehacer en algún tiempo, porque el mal se ha desatado en España y vendrán días de sangre... Ya sé por qué estás tan afligido, hijo mío; ya he sabido por unos jurados prisioneros que fueron anoche a Vitoria, la inmensa desgracia...

p. 232—¡Mi padre!... —exclamó Carlos cubriéndose el rostro con las manos.

—Tu padre, tu excelente padre —dijo Baraona—. Don Fernando Navarro, el gran caballero cristiano de Treviño, el hombre de ideas sólidas, el español puro, ha sido asesinado por los traidores... Lo sé, y he llorado al patriota y al amigo. También sé que murió el pobre Respaldiza.

—¡No esperaba esta desgracia! —murmuró con desaliento Navarro secando sus lágrimas—. Confiaba en Dios; me sentía protegido por la divina mano, y al ver el heroísmo de mi padre, su firme propósito de pelear por la patria y por la Iglesia, creía yo que el Señor no podía abandonarle en manos de los facinerosos.

—¡Oh! ¿Sabemos acaso sus designios profundos? —dijo con buena entonación Baraona, señalando con su palo el firmamento inundado de luz—. Hijo mío, oye bien lo que te digo, que es la voz de un patriota y de un español puro, sin mancha de afrancesamiento. Además del paraíso que Dios destina a los elegidos, ha de haber otro paraíso mejor para estos mártires de la patria, para estos defensores de los grandes principios, para estos que en primera línea han peleado por la esposa de Jesucristo, para estos a quienes debe la sociedad su fundamento, para tu virtuoso y santo padre, en fin.

—¡Otro cielo! —murmuró Jenara pensativa.

—¡Has perdido a tu padre! —prosiguió Baraona con efusión, estrechando de nuevo al joven entre sus brazos—. En mí tendrás otro desde hoy.p. 233 Carlos Navarro se arrojó en los brazos del anciano, ocultando en el hombro de este su rostro inundado de llanto.

—Hace tiempo que tu buen padre me habló de un dulce proyecto que me agradaba en extremo, Carlos —dijo el viejo mirando alternativamente a su nieta y al joven guerrillero—. ¿Sabes lo que quiero decir? Tú mismo me has manifestado de una manera indirecta la noble afición que te

inclina hacia mi familia. Carlos, hijo mío, que este día de gloria, aunque triste para ti, lo sea también de contento para los tres que aquí estamos.

Jenara se puso como una amapola.

Contra lo que Baraona esperaba, Carlos no hizo demostración alguna de contento. Mirando a Jenara con tristes ojos, dijo:

—Jenara no me quiere.

—¡Que no! ¡Mal pecado! —gruñó el viejo mirando con asombro a su nieta, que callaba—. Jenara, recuerda lo que me dijiste la noche en que salimos de la Puebla... Pero, hijos míos, vosotros os entenderéis. No es propio de mis canas intervenir como mediador de galanteos. Carlos, ven con nosotros. Tú tienes cara de no haber comido en tres días; yo y mi nieta no hemos tomado cosa alguna después del chocolate; pero como pensamos pasar aquí gran parte del día, trajimos una no despreciable refacción. Vamos allá... ¿En dónde dejamos el coche, Jenarilla? Ya... ahí; hacia aquellos olmos. Ven, Carlos; allí nos espera el señor canónigo de la colegiata, don Blas Arriaga, el capellán de las monjas de Santa Brígida y mi primo el secretario^{p. 234} de la Inquisición. Despáchate; si tienes algo que decir a tus amigos, acaba pronto; pero no convides a ninguno, porque nos quedaríamos a media ración... La merienda no es mala: viene alguna carne fiambre, lengua y una pavita. Las monjas añadieron bollos y limoncillos, y el canónigo trajo lo mejor de su bodega... Pues parece que no y tengo hambre. Este aire del campo, el regocijo de este día... En marcha, en marcha, pues.

Dirigiéronse los tres hacia el lugar donde esperaba el cochecito. En los lugares más apacibles del vasto campo, veíanse algunas meriendas sobre la verde yerba, pues los vitorianos hicieron festivo aquel día, tomando la visita al campo de batalla como una especie de romería, en la cual no podían faltar ni el buen vino, ni las buenas tajadas, ni la noble expansión euskara.

Jenara y Carlitos marchaban silenciosos; pero por los tres hablaba don Miguel de Baraona, siendo tal su alborozo que desde lejos empezó a agitar el palo, llamando con su cascada voz a los tres personajes que antes mencionara, y que vagaban por aquellos contornos. Antes de que todos los comensales se reunieran, pasaron Baraona y la nieta por el mismo paraje donde poco antes infundieran a esta tanto miedo las águilas de los insepultos jurados.

—¿Otra vez tiemblas? —le dijo el abuelo observando que la muchacha palidecía—. ¡Qué medrosa eres!

—Jenara no puede tener miedo a los muertos —afirmó Carlos con aplomo—. Jenara es una mujer valerosa.

p. 235—¡Ay, no vayamos por aquí! —exclamó la joven soltando bruscamente el brazo de su abuelo: he visto, he visto...

—¿Qué has visto?

—Ya están dentro del hoyo —dijo Baraona acercándose al grupo de gente que rodeaba la ancha sepultura—; pero falta echar tierra, mucha tierra encima.

Jenara, a pesar de su agitación, en vez de huir, acercose resueltamente al hoyo, y allí permaneció fija, inmóvil, con la vista clavada en aquella hondura donde yacían revueltos y en extrañas posturas los cuerpos arrojados dentro. Observolos a todos y a cada uno con atención profunda: ni lloraron sus ojos, ni perdió su semblante aquel grave ceño estatuario que la asemejaba en tal escena a una diosa antigua recibiendo la ofrenda de sangre humana vertida en aras de su orgullo.

—Abuelo, ya ves cómo no tengo miedo a los muertos —dijo al fin—. ¿Y tú?

—Ven, ven acá, tonta, tontísima —gritó el abuelo.

Los que contemplaban el fúnebre espectáculo se descubrieron, y empezó a caer tierra dentro.

—Dios manda que se rece a los muertos y se perdone a los que nos han ofendido —dijo gravemente Navarro descubriéndose también al pasar junto al hoyo, y contemplando los fúnebres despojos que dentro había—, pero no puedo mirar sin encono vuestro uniforme. Si tuvisteis parte en la muerte de mi padre, ¡malditos!, que Dios os condene eternamente, y sean p. 236 vuestros tormentos superiores a todo lo que puede imaginarse.

Dicha esta imprecación, que denotaba las violentas pasiones del alma de Carlos Garrote, hizo la señal de la cruz y se unió a Baraona, que ya estaba algo distante, junto a su nieta. Cuando llegaron bajo los olmos, ya el canónigo de la colegiata, el capellán de las monjas y el secretario de la Inquisición revolvían la cesta de los fiambres.

XXVI

Aquella a quien oímos primero junto a la empalizada de una huerta de la Puebla de Arganzón, y acabamos de ver y oír ahora mismo al borde de una sepultura, era una muchachuela bonita, de apariencia delicada y casi infantil. Recordaba normalmente su fisonomía la de aquellas vírgenes a quienes figuran los pintores tocando el laúd y a veces el violín en los místicos conciertos del cielo, entre aperladas nubes que hacen resaltar el oro de sus cabellos y la beatífica seriedad de sus labios sin sonrisa, pues el arrobamiento y el canto las ponen graves como doctores. Jenarita o Generosa, a pesar de su belleza virginal, tenía en ocasiones un ceño algo sombrío y un modo de mirar que no indicaba la diafanidad o, mejor, el perfecto equilibrio de espíritu de un ángel celeste. Gravemente^{p. 237} meditaba, y aunque su semblante era de esos que en otros caracteres y en la misma edad están siempre mirando a todos lados, aunque no vean más que el vuelo de las moscas, ella parecía estar dispuesta a no ocuparse nunca de cosas pequeñas. Las moscas que ella miraba no las veían los demás.

La fisonomía engaña casi siempre, y bajo aquel semblante, que recordaba a la espigadora Ruth o a la organista Cecilia, se escondía una culebrita graciosa que halagaba enroscándose, un carácter vehemente que a la edad de diecisiete años vivía atormentándose a sí mismo con aspiraciones locas, con entusiasmos delirantes, con deseos no bien definidos o que variaban a cada hora. El reptil a sí propio se mordía por no haber encontrado todavía en quién cebarse, y con la cola se azotaba la cabeza. Impresionable hasta un extremo casi inverosímil, lo que a otras entristecía a ella la ponía furiosa; lo que a otras daba gozo, infundía en aquesta una fiebre de júbilo que necesitaba un pesar para calmarse. Sus sentimientos, siempre en lucha, se manifestaban de improviso y de una manera torrencial y borrasca. Cualquier accidente externo, impresionándola como impresiona el rayo, podía hacerlos cambiar en un instante.

Sus ideas eran, sin embargo, exclusivas y fijas; ideas asimismo oscuras y extravagantes sobre la vida y la sociedad, pero arraigadas tenazmente. Tenía la terquedad de su abuelo, hombre de granito, una especie de montaña humana, formada con los seculares yacimientos^{p. 238} del ideal de la autoridad, y que no podía henderse ni desmoronarse, ni dejar de ser

montaña. Carecía Generosa de la fácil ternura que parece propia de una complexión delicada, y cuando este dulce sentimiento aparecía en ella, era enteramente superficial y simulado. Finalmente, no le faltaban dotes de inteligencia, siempre que no se tocase a las preocupaciones o a las ideas que en su consistencia geológica eran base de la familia.

Todo esto lo veremos más adelante, porque esta hermosa bestiecita, esta mujer linda y profunda, este hermoso vaso lleno de tempestades, y que, conteniendo el océano, parece una redoma de peces, ocupará lugar muy importante en las historias que van a leerse, y a las cuales sirve de prefacio la siguiente.

Sentados todos, y tendido el mantel, la cesta dio de sí todo lo que tenía, y empezó la comida.

—Es preciso sobreponerse a la tristeza que esos desagradables sucesos hayan podido ocasionar a alguno de los presentes —dijo el viejo Baraona, descuartizando la pava, mientras el capellán de las monjas de Santa Brígida aplicaba su nariz a la boca de las botellas para ver si era justa la fama de las bodegas del señor canónigo.

—Basta de melancolías, Carlitos —indicó el secretario de la Inquisición—. A lo hecho pecho, y cuando las cosas no tienen remedio...

—Dejadle que se desahogue y llore la muerte del más insigne caballero de este país —ordenó con énfasis Baraona, partiendo en lonjas la lengua de vaca, sin dar ni por un momento reposo^{p. 239} a la suya—, de aquel modelo de patricios, de aquel hombre cuyos sanos principios en todo lo relativo al gobierno de estos reinos, eran admiración y enseñanza de cuantos le oían.

—Grande y ejemplar varón ha perdido España, no puede dudarse —añadió, elevando los ojos al cielo, el capellán de Santa Brígida, tranquilizado ya respecto a los títulos de celebridad de las bodegas de su amigo—. Le lloraremos toda la vida los que conocimos su caballerosidad y aquella noble entereza de principios.

—Su muerte —dijo Baraona llenando los platos de los demás— debe quedar en la memoria de los buenos hijos de España como un recuerdo santo. Ha sido el mártir de esta gloriosa fe del patriotismo cristiano, del patriotismo cristiano, señores, entiéndase bien. Siempre habrá distancia inconmesurable entre lo que yo llamo el *patriotismo cristiano* y esa gárrula palabrería de los que se llaman *patriotas* en Cádiz y en Madrid.

—Los que nos llaman *serviles*, señor don Miguel —indicó el capellán.

—Tan infame mote —afirmó Baraona frunciendo el ceño y apretando el puño— será escrito con sangre en la frente de los que lo inventaron. ¿No es verdad, Carlitos?

Carlos, profundamente abstraído, ni comía ni contestaba sino con ligeras inclinaciones de cabeza.

—¿Saben cómo les llamo yo? —dijo Baraona con violenta cólera y dando fuerte golpe en la tierra con la botella que en su mano tenía—. ¡Pues les llamo *negros*!

p. 240—*Negros* —repitió Jenara con súbito arranque de jovialidad que contrastaba con su anterior tristeza—. Pues sea: beba usted, señor capellán; beba, señor canónigo, y usted, señor secretario.

Y tomando la botella de manos de su abuelo, a todos repartió porción bastante a humedecer los secos paladares.

—¿Y usted no bebe Generosita?

—¿Yo?... una miaja... menos, mucho menos, señor capellán: con medio dedo me basta —repuso la muchacha levantando el vaso, para impedir que el capellán lo llenase todo, como quería.

—Y aún me parece mucho —indicó Baraona—. A ver, Carlos, tu vaso.

—Ahora —dijo la doncella con animado semblante— alcen ustedes los vasos y beban a la salud de toda la gente *blanca*.

Tan entusiasta proposición, dicha con arrebatadora voz, con gran viveza en los ojos, con una sonrisa celestial que descubrió los blancos dientecitos de la víbora entre el coral de sus frescos labios, y acompañada de un gesto gracioso con brazo y mano derecha, produjo mágico efecto entre los comensales. Gritaron todos, y una aclamación recorrió aquellos campos de tristeza.

—Las mujeres —dijo Baraona— tienen el don de expresar las ideas con gracia incomparable y en forma que las hace inteligibles a todo el mundo. A la salud de toda la gente *blanca*; a la salud de la patria libre de franceses y de ideas francesas; a la salud de la religión de nuestros p. 241 padres, de nuestras santas y morigeradas costumbres, de nuestra inmutable y siempre gloriosa España, que desafía a los siglos y sobre la cual pasan y pasarán los *negros* innovadores, como hojas de otoño que se lleva el viento.

—*Amén* —murmuró el capellán.

—El pobre Carlitos no come —dijo el canónigo—. No debe uno dejarse dominar por el dolor. Hay que hacer un esfuerzo... Aquí donde me ven, aunque parece que tengo apetito, no es verdad, y necesito vencerme y luchar conmigo mismo para pasar cada bocado... Me ha ordenado el doctor que coma, y aunque es para mí un suplicio, lo acepto, porque Dios manda que se conserve la salud del cuerpo.

—Vamos, otro esfuerquito —dijo el capellán de monjas, poniendo un pedazo de pechuga en el plato, ya dos veces vacío, del inapetente canónigo.

—Carlos, hay que ser juicioso —indicó Baraona—. Jenara, te encargo que no dejes morir de hambre a nuestro heroico guerrillero.

Jenara empezó a poner en práctica el encargo, y Carlos dejábase seducir poco a poco.

—Yo me hago cargo de su tristeza —dijo el secretario de la Inquisición, a quien los médicos no habían recomendado que hiciese esfuerzos para comer—. El recuerdo del noble mártir que ha subido al cielo...

—¡Oh, sí! —exclamó Baraona, acudiendo en auxilio del capellán de monjas, que se había quedado ya sin pechuga y sin lengua—. La imagen funesta no se apartará de su mente en mucho tiempo, y más vale que así sea, señores,^{p. 242} para que no pierda los bríos ni el indomable furor de venganza que le impulsa a combatir...

—¡Es verdad!

—La muerte de nuestro valiente y caballeroso amigo —continuó el anciano— me ha inspirado una idea que voy a comunicar a ustedes.

A excepción del capellán de monjas, que hacía estudios anatómicos en el esqueleto de la pava, todos los presentes dieron reposo a los dientes para escuchar al respetable patriarca de las montañas alavesas.

—En lo sucesivo, señores —dijo este con grave y profético tono—, y atendidos los síntomas de discordia civil que presenta España por el insolente jacobinismo de los *negros*, los buenos españoles debemos adorar fervorosamente dos cruces.

—¡Dos cruces! —exclamó Jenara.

—¡Dos cruces, sí! La cruz religiosa, aquella en que Dios se dignó morir para redimirnos del pecado, aquella que desde niños adoramos, aquella que nos hicieron besar nuestras madres en la cuna, y además esta otra cruz del sentimiento patrio, en la cual ha muerto nuestro buen

amigo, el incomparable, el santo entre los santos guerreros, don Fernando Garrote, acompañado del buen cura de la Puebla. Esta cruz, que como instrumento de ignominia han alzado los franceses, los renegados y los traidores, será para nosotros, como la otra, lábaro sacrosanto que llevará a la juventud a la gloria. Murió don Fernando en ella: clavole unp. 243 clavo la traición, otro la deslealtad, otro la herejía. Expiró coronado con las espinas del democratismo, y pusiéronle el *Inri* de las ideas jacobinas, que, después de todo, son las ideas que han traído aquí el escándalo y las que aceptaron los afrancesados y quieren imponernos los llamados liberales... Señores, donde hay mártires, hay religión; donde hay cruz, hay fe. Adoremos esa cruz; llevémosla en nuestro corazón juntamente con la otra, de la cual es como un reflejo; adorémoslas a las dos, pues las dos deben ser nuestro norte y nuestra luz. ¡Religión! ¡Patria! —añadió con majestuoso, inspirado acento—. ¡Sois dos nombres, y, sin embargo, no sois más que una sola idea, una idea inmutable, eterna, fija como el mundo, como Dios, del cual todo se deriva! ¡Religión! ¡Patria!... ¡Sois dos luces espléndidas, cuyo fulgor no puede apagarse, ni tampoco cambiar como las chispas de una fiesta de pólvora! ¡Una y otra fe tenéis dogmas eminentes, que la arrogante ciencia del hombre no puede variar: una y otra fe tenéis la inmutable condición del pensamiento divino que os ha creado! Sois lo que sois, y no podéis ser otra cosa. En vuestro sagrado catecismo la mano audaz del filósofo no puede hacer la menor variación ni mudar una sola letra. Sois como el firmamento inmenso, a donde no puede llegar la mano del hombre para quitar o poner una sola estrella.

—¡Bendito sea el insigne patriarca que tales cosas piensa y tales maravillas dice! —exclamó con efusión de sensibilidad y entusiasmo Carlos Garrote, besando las manos del viejo Baraona—.p. 244 ¡Esas dos cruces grabadas están en mi corazón, la una sobre la otra! Me preservaron contra las armas de los traidores y de los vándalos, y me preservarán contra toda clase de enemigos.

El capellán de monjas, no pudiendo contener su entusiasmo, abrazó tiernísimamente a Baraona, y el secretario de la Inquisición abrazó a Garrote. Era una manifestación general de sentimientos patrióticos.

—Carlos —dijo la niña al joven guerrillero cuando la borrasca de los abrazos pasó—, en Vitoria nos dijeron que habías hecho cosas admirables en la batalla de ayer. Cuéntanos algo de eso.

—Sí, que nos cuente sus heroicidades. También he oído hablar de ellas —indicó el canónigo.

—Al instante... ¡fuera modestia! —exclamó Baraona.

Por tan distintos ruegos apremiado, trató Carlos de vencer su amarga tristeza, y cediendo principalmente a las súplicas de Jenara, que le cautivaban el alma, empezó a contar varios sucesos del día anterior, dando la preferencia a los que había presenciado, siendo actor en ellos; pero al nombrarse a sí propio, lo hacía con gravedad y modestia, no ensalzando sus acciones, sino antes bien rebajándolas para no aparecer vanidoso. En la relación ponía gran arte, para que se revelara su mérito sin dejar de ser modesto, y, siéndolo, su persona aparecía en ellos rodeada de brillante aureola.

Oíanle todos con atención profunda, y Jenara^{p. 245} con arrobamiento. Fijos sus ojos en el rostro del guerrillero, parecía que anhelaba leer en él sus ideas antes que fueran expuestas por la palabra. El relato fue muy largo, pero interesante y conmovedor, siendo muy del gusto de todos los allí presentes, que no perdieron ni una sílaba. El único que no se mostró excesivamente interesado por las glorias nacionales, fue el capellán de monjas, que, cerrando los ojos con beatífica tranquilidad, se quedó dormido.

Concluida la narración, Baraona habló de retirarse a Vitoria; pero los demás fueron de opinión que se durmiera la siesta al amparo de aquella hermosa olmeda, y así lo hicieron los cuatro personajes, quedándose en vela Jenara y Carlos. Largo tiempo transcurrió en conversación muy íntima y cordial, en la cual hubo, al parecer, confidencias, declaraciones, riñas, arrepentimientos, promesas, y qué sé yo... todos los dulces amargores de un amoroso diálogo. Al fin despertaron los durmientes, siendo el capellán de monjas el más pesado para volver en su acuerdo. Caía la tarde, y empezaron a recoger todo; mas aún no se habían levantado, cuando apareció ante ellos una señora de buena presencia, vestida con heterogéneas ropas, de una manera tan singular que más parecía tapada que vestida. Su semblante indicaba zozobra, inanición y reciente llanto. Parecía persona de calidad, y al punto comprendieron Baraona y sus amigos que era una víctima del día anterior.

—Señores —dijo—, siendo españoles, deben de ser caritativos...

^{p. 246}—Así es, en efecto, señora —repuso Baraona.

—Y siendo caritativos, ¿tendrán la bondad de darme algo de lo que de su merienda les ha sobrado?... Soy una infeliz víctima del saqueo y rapiña de anoche, a pesar de no ser afrancesada y encontrarme en el convoy por casualidad...

—Ello podrá ser cierto —dijo el secretario de la Inquisición con malicia—, pero también podrá no serlo.

—Por casualidad, sí... He sufrido el despojo sin culpa —continuó la afligida dama, llorando—. Soy una persona principal que se ve en la triste necesidad de pedir limosna para vivir. Allí, tras aquellas cajas vacías, con las cuales hemos hecho una especie de barraca, está mi esposo, alcalde de la ciudad de Bailén cuando la batalla, y mi amadísimo hermano, seminarista hasta hace poco, y después guerrillero en las guerrillas del *Fraile*, hasta que una enfermedad le obligó a dirigirse a Francia...

—Oh, señora —dijo el canónigo—, no es preciso que usted nos cuente la historia completa de sus parientes. Persona principal y decente parece usted. Deploramos la casualidad que motiva su desgracia. Caritativos somos, y no restos de nuestra comida, sino algo entero que debe quedar en la cesta le daremos... Jenarita, lléveselo usted.

La dolorida, sin poder contener sus lágrimas, no cesaba de repetir:

—Gracias, gracias, generoso señor.

—Ya podía esta señora vestirse de otra manera —dijo sonriendo el capellán al oído del canónigo—. ^{p. 247} ¿No es verdad que tal traje no es propio para ponerse delante de eclesiásticos?

Jenara se levantó para dar a la desconocida cuanto quedaba en la cesta.

—Hija, ve con ella y mira si tienen necesidad de algo de ropa —dijo Baraona—. Juraría que esa señora ha dicho verdad, y que no es afrancesada, sino rancia española... Carlos, acompaña a mi hija.

Indudablemente el guerrillero y Jenara deseaban cualquier pretexto para apartarse y perder de vista por breve momento al abuelo y compañeros de mesa. Disimulando su gozo, marcharon tras la desconocida; pero como no tenían prisa de llegar donde ella iba, la dejaron ir delante y que se alejase todo lo que quisiera.

XXVII

Principiaba a oscurecer. Viéndose solos, reanudaron su coloquio con mayor vehemencia al pie de los olmos, siendo Jenara la que con más calor se expresaba. Tomándose las manos, dejáronse ir vagabundos, abandonados a la dulce corriente que de sus palabras y de sus movimientos se derivaba.

—Jenara de mi vida —decía el guerrillero cuando ya llevaban algunos minutos de paseo, de conversación, de miradas tiernas y de apretones^{p. 248} de manos—, si es cierto lo que me dices, te perdono, y seré para ti lo que siempre he sido: un esclavo. Día de luto es este para mí; pero si algún consuelo debo recibir, consistirá en palabras de tu boca. Jenara de mi corazón, mi vida y mi persona te pertenecen. Te adoro desde que te conocí, y te idolatraré hasta la muerte.

—Carlos —repuso la joven con ardor—, si no me crees lo que te he dicho, me enojaré, me pondré enferma, me consumiré de tristeza, me moriré de pesadumbre. Carlos, no lo dudes ni un momento. Si bajé aquella noche a la empalizada de la huerta, fue porque confundí a Salvador contigo... hizo la misma señal... No había dicho dos palabras el traidor, cuando llegaste tú... ¿Lo crees, Carlos? Dime que lo crees, dime que no queda en tu alma una chispa de recelo, y seré la mujer más feliz de la tierra.

—Bien, Jenara —dijo Navarro—. Aunque no fuera verdad, debería creerlo. ¿Oíste lo que dijo tu abuelo cuando nos encontramos hace poco? Su deseo era el mismo de mi desgraciado padre, y también el mismo que ha sido por mucho tiempo y es hoy la más cara, la más dulce, la más risueña ilusión de mi vida. Dime una palabra, y nuestro destino quedará fijado para siempre, y la noble pasión de mi alma satisfecha, la elección suprema de la vida santificada por un juramento leal ante las miradas de Dios, que desde el cielo nos está mirando y nos bendice. Jenara, ¿quieres ser mi mujer?

Contestó Jenara arrojándose en los brazos del guerrillero, que la estrechó en ellos amorosamente.^{p. 249} Casi en el mismo instante, ambos jóvenes hicieron un movimiento de sorpresa y temor. Alguien les miraba: frente a ellos, y a distancia como de cuatro varas, vieron una figura delgada y sombría, un hombre completamente vestido de negro, con la cabeza descubierta. Después de dar algunos pasos, se detuvo. Tras él

veíase una especie de choza formada por cajas vacías, y en el angosto recinto, de tal manera formado, clareaba la llama de un hogar y se oían voces.

—Aquí es —dijo Navarro viendo la barraca—. Entra y da a esas pobres gentes lo que les traes.

Jenara, después de dar algunos pasos, lanzó un grito de espanto.

—¡Navarro, Navarro, defiéndeme! —exclamó con angustiosa voz, corriendo a arrojarse en los brazos del guerrillero, y dejando caer en el suelo las viandas que llevaba.

—¿Quién es, quién va? —dijo Navarro con turbación, en el breve momento que tardó en conocer la sombría figura que tenía delante.

—Defiéndeme —gritó Jenara dando diente con diente—. Ese hombre me quiere matar.

El aparecido no había hecho movimiento alguno. Llegose a él Navarro, dejando atrás y a regular trecho a la atemorizada joven, y le observó con calma.

—¡Ah!... es Monsalud... poca cosa, poca cosa... No temas, Jenara... Esto ni pincha ni corta... A fe que no esperaba verte, Salvador. Creí que habías muerto.

—Hubiera hecho muy mal en morirme —dijo^{p. 250} Monsalud— sin cobrar una deuda que tengo contigo.

—¿Conmigo?... ¡ah, ya! —añadió Navarro flemáticamente—. Cuando quieras... ¿Era para ti para quien pedía esa mujer, llamándote seminarista y guerrillero del *Fraile*?

—¿Qué dices? —preguntó Monsalud, ajeno a las jerarquías inventadas por doña Pepita.

—¡Que eres un farsante, un embustero! —exclamó Navarro perdiendo la serenidad.

—Sí: un embustero, un farsante —repitió Jenara alejándose más.

—Pero observo aquí la mano de Dios —añadió Carlos con petulancia—. Con tu disfraz y tu cambio de nombre te has ocultado de todo el ejército, pero no te has ocultado de mí.

—Es verdad —dijo Monsalud con enérgica ira—. Pues aquí me tienes. Puedes delatarme, denunciarme, llevarme arrastrado por los cabellos a donde tus salvajes amigos están haciendo cuentas por ver si algún jurado se escapó de la carnicería de anoche. Yo me salvé; pero ahora te proporciono ocasión de ganar un elogio, quizás un grado... Anda,

llévame; di que me has descubierto, que me has cogido, y quizás te den un cigarro.

—Si yo fuera tú, te delataría... —dijo Navarro dando un paso hacia adelante—. Puedes vivir y engañar hasta dentro de un rato... Pero me olvidaba de que te hemos traído de comer.

Navarro, recogiendo del suelo lo que había caído, lo arrojó a los pies de Monsalud, que no hizo ademán alguno, dando a entender que no recibía limosna.

p. 251—¿Hasta dentro de un rato? —dijo Salvador—. ¿Por qué no ahora mismo?

Doña Pepita, atraída por las voces, presenciaba la singular escena sin comprender una palabra; mas no se le ocultaba que allí había peligro para Monsalud, y llegándose al otro, le dijo con amargura:

—Señor militar, no delate usted a mi pobre hermano... No, ¿para qué mentir? No es mi hermano, es mi amigo... Es un muchacho honrado y leal. Ya que escapó, déjele usted vivir.

Una figura macilenta y oscura se arrastraba a cuatro pies por el suelo, semejándose por la oscuridad de la noche a un gran perro de Terranova. Era el oidor, que recogía los restos de la comida.

—¡Yo delatar! —exclamó Navarro—. Señora, esté usted tranquila. No haremos ningún daño a su...

—A su amigo —murmuró Jenara acercándose al grupo y clavando sus ojos con ansiedad profunda en el semblante de la desconocida señora.

—No le haremos ningún daño —añadió con ironía Navarro, tomando la mano de Jenara, como para retirarse con ella—. Pero el amiguito se muere de hambre y de miedo: cuídele usted.

Volvieron la espalda Navarro y Jenara. Después de una breve disputa con doña Pepita, Salvador se separó de esta para seguir a los prometidos esposos.

—Detengámonos —dijo Navarro a su presunta^{p. 252} consorte—. Viene detrás, y puede herirnos por la espalda.

—¡Pero aquella mujer, aquella mujer! —exclamó Jenara apretando los puños y temblando de ira—. ¿La viste? ¿Has oído insolencia igual? ¿Pues no dijo que era su...?

—Su cortejo... Salvador es muchacho de muy malas costumbres.

—¡Qué vergüenza! —añadió Jenara con la exaltación propia de su carácter en determinadas ocasiones—. ¡Oh! Navarro, no tienes alma... ¿Por qué no abofeteaste a esa infame mujer?

Baraona y los tres amigos, viendo la tardanza de los dos jóvenes, se adelantaban a su encuentro.

—Vamos, que es tarde. A prisa, niños... ¿qué habláis ahí...? ¡Como si no tuvierais tiempo de charlar hasta que se os seque la lengua!...

—A prisita, a prisita —dijo el capellán, arropándose con su manteo—. La noche está fresca.

—Ya se ve... Como ellos están en la flor de su edad y conservan todo el calor de la vida... —murmuró el canónigo con cierta expresión envidiosa.

Jenara y Navarro llegaron al fin.

—¿Qué tienes, hijita? —dijo Baraona advirtiendo mucho trastorno en el semblante de su nieta.

—No es nada —replicó Carlos—. Hemos visto escenas muy lastimosas en la barraca. ¡Cuánta desgracia y miseria en este triste campo, señor Baraona!

—Sí, lo comprendo; pero la guerra es guerra.

p. 253—La guerra tiene que ser guerra, es claro —repitió el capellán.

—Pues es claro: ¿qué ha de ser la guerra sino guerra? —murmuró el canónigo.

—Evidentemente la guerra es y será siempre guerra —añadió el secretario de la Inquisición.

—Al coche, pronto al coche.

Un vehículo, del cual no se podía decir fijamente si era coche o catedral, se acercó al sitio donde estaban los amigos.

—Carlos, supongo que no podrás venir con nosotros —indicó Baraona, subiendo penosamente con el auxilio de un criado.

—En efecto, no puedo...

—¡Ah! no había visto a esa persona que te acompaña: buenas noches, señor.. —dijo don Miguel saludando a Monsalud, el cual, siguiendo a Carlos, había quedado a cierta distancia.

—Es un amigo a quien casualmente acabo de encontrar.

—¡Ah!, muy señor mío... —dijo Baraona.

—Por muchos años... —gruñó el capellán.

—¡En marcha, en marcha! —exclamó el canónigo.

—Hasta mañana —dijo Navarro a Jenara cuando subía y se internaba dentro de la máquina—. Hasta mañana.

Jenara miraba hacia fuera con estupor.

—¿No me contestas? Te he dicho que hasta mañana —añadió Navarro ofendido de la profunda abstracción de su futura esposa.

—¡Si Dios quiere! —repuso al fin Jenara.

Y el monumental coche partió arrastrado por poderosas mulas.

p. 254

XXVIII

Ya estamos solos —dijo Navarro a Monsalud.

—Ya estamos solos, y en lugar a propósito —repuso Salvador—. Podemos alejarnos del camino. La noche está oscura...

—¿Qué armas tienes?

—Ninguna. Dame la que quieras.

—Renegado —exclamó Navarro—, estamos en el campo del convoy. Aquí dejaste tu vestido para ponerte el que llevas, aquí han de estar tus armas.

—Escondidas bajo tierra —repuso Salvador con desaliento—; pero si me fuera en ello la vida, no sabría encontrar entre tanta confusión el sitio donde las pusimos.

—Salvador —gritó el guerrillero con ira—, si de esa manera piensas evadirte de tu compromiso...

—No me insultes, no eches más ignominia sobre mí —dijo Monsalud con emoción profunda, y antes que colérico, conmovido y sin aliento—. Soy un desgraciado, el más desgraciado de los hombres. Si no tienes lástima de mí, guárdame al menos la consideración que merece el infortunio... ¿Me aborreces? ¿Te estorbo? ¿Te soy odioso? ¿Te molesta que viva? ¿Te mortifica que respire el aire que Dios hizo para
255 todos? Pues delátame, denúnciame... Marcha delante y te seguiré.

—¡Qué miserable cobardía! —exclamó Navarro, acompañando sus palabras de un enérgico gesto—. Si tienes miedo, si quieres renunciar a tu compromiso, dilo, y no me llames delator.

—Vamos a donde quieras —murmuró Monsalud dando algunos pasos—. Nada te costará buscarme el arma que más te guste.

—Vamos —repitió Garrote.

Ambos dieron algunos pasos: Navarro, decidido, impetuoso, resuelto; Salvador, indolente, desmayado... Pasaban junto a un árbol próximo a la cerca del camino, cuando el infeliz renegado apoyó sus brazos en el tronco y echó la cabeza hacia atrás, diciendo:

—No puedo más... me muero...

Sus piernas se aflojaron y cayó de rodillas. Ni la energía de su alma, ni la emoción que en aquel momento sentía, ni la presencia de su enemigo, que renovaba en él odios implacables, podían vencer el desmayo de su cuerpo, en el cual apenas había entrado algún mezquino alimento durante cuarenta y ocho horas.

—¿Qué mimos son esos? —preguntó Navarro.

—Me muero... —murmuró Salvador—. Si tienes prisa y quieres acabar pronto, saca tu espada y atraviésame. No puedo vivir; no tengo ánimo para defenderme.

La extrema palidez y extenuación del desgraciado joven no se ocultaron a su enemigo. Navarro comprendió cuán indigno sería provocar a duelo a un moribundo. Compasivo y generoso,^{p. 256} acercose al joven, y echándole ambos brazos al cuerpo, le levantó.

—Vamos, no has comido hoy —dijo—. Debí empezar por lo primero... mas para todo hay tiempo. Ven conmigo.

Monsalud se dejó levantar y conducir maquinalmente, apoyado en el brazo de su rival. Así anduvieron largo trecho, despaciosamente y sin hablar palabra. Parecían dos tiernos amigos, dos cariñosos hermanos, de los cuales el fuerte sostenía y amparaba al débil. Nadie al verlos hubiera dicho que entre ellos y en torno a ellos, envolviendo sus hermosas cabezas con fúnebre celaje, flotaba el fantasma horroroso de la guerra civil. Caía la frente del uno sobre el pecho del otro, se enlazaban sus manos, se confundían sus alientos; pero no había ni la más mínima porción de afecto en aquel abrazo de muerte. Quizás el aborrecimiento mismo impulsaba al fuerte a ser generoso; quizás la propia causa impulsaba al débil a ser condescendiente.

Llegaron a una gran barraca, improvisada con cajas y lienzos, de la cual salía humo, mucha bulla, y un olor fuertísimo a aceite frito y a guisotes de campaña. Los dos jóvenes entraron. Soldados y guerrilleros bebían y comían allí, sin dar reposo a la lengua un solo momento. Entraban o salían atropelladamente, trayendo y llevando víveres y pellejos de vino.

Monsalud se dejó caer en el suelo, mientras Navarro decía, dirigiéndose a uno de los más alborotadores:

p. 257—Roque, da de comer y de beber a este amigo.

Fijáronse todos en la abatida persona de Monsalud, que parecía moribundo.

—¿Es jurado? —preguntó uno.

—Es un hermano del cura de Nájera; es mi amigo —repuso Navarro—. Iba a Francia, cuando tropezó con el convoy y me le dejaron como le veis... ¡Eh, señor Soldevilla! —añadió sacudiéndole a Salvador por el brazo—, ahora se pondrá usted como nuevo... Désele primero un buen vaso de vino.

—Mejor es un par de tajadas... —indicó un guerrillero que era riojano y conocía al señor cura de Nájera—. ¡Por vida de...! Conozco a todos los Soldevillas de Nájera y de Cameros, y juro que esa cara no es de ningún Soldevilla de aquella tierra... Como que yo conozco esa cara.

—Y yo también —añadió otro del mismo estambre.

—Y yo.

—Despachaos, pedazos de plomo —gritó Navarro, sentándose resueltamente al lado de su enemigo, con objeto de evitar cualquier ofensa que pudiera hacersele...

Para disipar las sospechas de sus camaradas o hacerles entender que estaba decidido a defender al infeliz jurado, entabló con él familiar diálogo en esta forma:

—Eso pasará pronto, amigo Soldevilla. Buena suerte fue para usted tropezar conmigo, que le asistiré en cuanto sea menester, y le protegeré, aun a riesgo de mi vida, contra todo aquel que intentara hacerle daño.

p. 258—Gracias, muchas gracias —dijo Monsalud, bebiendo con febril ansiedad en una taza que le presentaron.

—Tengo que comunicar a usted una triste noticia, y es que mi excelente padre, el señor don Fernando Navarro, amigo de su familia de usted, ha sido asesinado por los infames renegados.

—¡Asesinado! —repitió sordamente Monsalud, engullendo el pan y las magras que le dieron—. ¡Infeliz suerte!... Quizás no moriría de esa manera.

—Sí; pero los viles que pusieron la mano en aquel hombre insigne no vivirán mucho tiempo —dijo sofocadamente Navarro ofreciendo a Monsalud un vaso de vino—. Revolveré la tierra por encontrarlos, y uno a uno caerán en mis manos, de las cuales pasarán al infierno.

—¡Al infierno! —balbució Monsalud—; gracias, gracias, señor Navarro; voy recobrando la vida. ¡Ah!, pero ahora recuerdo... oí hablar de usted... Sí; antes que cayésemos en poder de los ingleses trabé conversación con un joven jurado. Díjome que el señor don Fernando se había dado a sí mismo la muerte por no caer en manos de la vil canalla, que, después de sacrificar ignominiosamente a cierto clérigo, quería martirizarle a él de la misma manera.

—También me lo han dicho así.

—Y el joven que me habló de este asunto, amigo Navarro, añadió que él mismo, después de prestar varios servicios al desgraciado don Fernando, le había suministrado el medio de eximirse, por un acto enérgico, de la bochornosa^{p. 259} muerte que le tenían preparada. Dijo también que el ilustre señor, vencido de la extenuación y del pánico, perdió en sus últimos momentos el juicio, cayendo en singulares locuras y manías.

—Tantos detalles no habían llegado a mi noticia —dijo el guerrillero—; y en cuanto a las palabras de ese renegado que con usted habló, no les doy fe.

—¿Por qué?

—Porque no.

—Es uno que dijo llamarse... ¿a ver cómo? ¡Ah! Salvador no sé cuántos.

—Me lo figuraba... —contestó Navarro con diabólica risa—. Uno de los que busco... y de los que no se me escapan, a fe mía... Es un reptil que ha querido mordirme y que he de aplastar sin remedio. Traidor renegado, ha hecho migas con los franceses, y es uno de los más crueles sayones que tiene la canalla para atemorizar a las gentes inofensivas de este país. Embrollón, embustero, farsante y lleno de fatuidad, atreviose a poner sus ojos en un ángel del cielo a quien idolatro, y que no puede ser sino para mí... ¡Oh! nuestra rivalidad es ya un poco antigua... pero se ha

recrudecido recientemente, señor Soldevilla de mi alma, desde que ese miserable ratoncillo, que no merece roer la suela de mis zapatos, se ha atrevido a manchar la buena fama de la mujer que adoro, engañándola con miserables artes, y obteniendo de ella ciertos favores por el más vil y repugnante medio... Tome usted más carne, señor Soldevilla —añadió presentándosela—; tal^{p. 260} vez necesite recobrar todas sus fuerzas para esta noche... Pues sí, como decía, empleando infames medios...

—Gracias, gracias, señor Navarro —dijo Salvador rechazando la carne—. Debe de ser un gran tunante ese joven.

—Como que para hablar con Jenara y arrancarle algún honesto favor, remedaba mi persona y mi voz en la oscuridad de la noche...

—No quiero nada más —dijo Monsalud secamente—. Me encuentro bien.

—Poco ha comido usted...

—Lo necesario para afrontar cualquier peligro.

—Pues sí, amigo Soldevilla —añadió Navarro—, perdone usted que me haya exaltado al oírle nombrar persona tan aborrecida para mí. He jurado matarle, matarle sin piedad, y me parece que mientras él viva me está robando con su aliento la existencia que Dios me dio para vivir y el aire para respirar.

Sacudido por viva excitación nerviosa, Monsalud se levantó del suelo en que yacía.

—¡Oh!, no se levante usted... descanse usted más, señor Soldevilla —dijo Navarro con ironía semejante a la del diablo cuando sonrío a las almas en el momento de cargar con ellas—. Tome usted fuerzas, amigo mío, que quizás las necesite pronto, sí, muy pronto... Si quiere usted dormir, duerma sin cuidado; y por si tuviese recelo de que mis compañeros le hagan algún daño, esté tranquilo, que no me moveré de su lado hasta que abra los ojos.

^{p. 261}—No quiero dormir —repuso Salvador poniéndose en pie—. Agradezco a usted lo que ha hecho por mí... Y ahora que recuerdo, cuando ese jurado, que antes mencionó, hablaba del trágico fin del señor don Fernando Garrote y de su funesta locura, hacíalo con tanta compasión, que parecía haberse interesado vivamente por él.

—¡Buen caso haría yo de las hipócritas palabras de ese necio! —dijo Navarro sin disimular su ira—. ¡Oh!, solo el oír en su boca el sagrado nombre de mi padre, me parece un insulto... A ver, señor Soldevilla —

añadió tomando el sable de un guerrillero que dormía—, ¿qué le parece a usted este sable?

—Magnífico —respondió el jurado, pasando el dedo por el filo y apoyando la punta en el suelo para probar la flexibilidad de la hoja.

—Si no recuerdo mal, me rogó usted que le proporcionase un sable. Quédese, pues, con el que tiene en la mano. Este borracho de Roque es de mi compañía, y mañana me entenderé con él.

—¡Gracias, gracias! —dijo Monsalud con extraordinaria animación. ¡Cuántos favores debo a usted!

—¿No duerme un ratito?

—No.

—Es verdad. Tiempo tiene usted de dormir —dijo Navarro levantándose—. Sí; de dormir mucho, muchísimo.

Casi todos los guerrilleros que antes había en la barraca, o habían salido a tocar la guitarra sobre el campo, o dormían como p. 262 troncos. Monsalud y Navarro salieron. Cuando se hallaban a buen trecho de la tienda, el renegado dijo a su enemigo:

—¡Navarro, Navarro!... Dios que nos mira sabe que no te tengo miedo... Acabas de hacerme un beneficio; mi corazón se oprime al pensar que puedo darte la muerte... Aguarda, por Dios, a que te ofenda de nuevo; aguarda a que esta gratitud se disipe... Te aborrezco; pero un secreto respeto enfría mis rencores cuando pienso que vamos a batirnos. A pesar de los horribles insultos que hace poco me has dirigido, te ruego que esperes, que esperes hasta mañana siquiera. Creo que debemos esperar.

—Adelante —repuso Navarro con enérgico acento—. No tienes que agradecerme nada. No te he perdonado, no te perdonaré, si no me confiesas que fingiste mi persona y mi voz para engañar o Jenara.

—¡No lo confesaré porque es mentira! —exclamó Salvador lleno de ira.

—¡Pues te mataré porque es verdad! —rugió Navarro—. Miserable, ¿piensas que el hombre que ha hablado a solas con esa mujer puede insultarme respirando el aire que yo respiro y viendo la luz que yo veo?

—No una, sino muchas veces he hablado con ella —dijo Salvador.

—¡Mientes, bellaco! —gritó Navarro abalanzándose hacia él con el sable desnudo—. Defiéndete, hijo de nadie, miserable espúreo.

Monsalud sintió que por sus venas corría fuego, que su cerebro era un volcán. Ciego, loco de ira, se puso en guardia, gritando:

p. 263—Defiéndete, salvaje. Mátame; pero antes de hacerlo, sabe que eres un bandido, y tu Jenara una vil mujerzuela.

—Canalla, toma el camino del infierno... ¡Corre..., anda..., allá vas!

No hablaron ni una palabra más; los aceros chocaron.

Estaban en un sitio solitario, y la noche era oscurísima. Durante breve rato las dos hojas de acero se rozaban con discordante sonido. De pronto Carlos dio un grito terrible; inundado de sangre, cayó al suelo.

—¡Dios mío!... ¡Muero!... —exclamó con un rugido, en el cual parecía que echaba el alma.

Y luego, con voz expirante, añadió:

—¡Padre!...

Monsalud hincó una rodilla en tierra y le miró el rostro, sin advertir que algunos hombres se acercaban.

FIN